

Laurie Colwin
Tantos días felices

Traducción de Marta Alcaraz



se

Guido y Vincent son amigos desde niños, estudian en Cambridge (Massachusetts) y comparten sueños: Guido quiere escribir poesía y a Vincent le gustaría ganar el Premio Nobel de Física.

Cuando Guido se encuentra con la extravagante Holly a la salida de un museo se enamora perdidamente de ella, pero presiente que no tendrán una relación fácil. Vincent, más abierto y alegre, conoce a Misty en el trabajo y, aunque ella es una misántropa terrible, estaría dispuesto a darlo todo por salir con ella.

A través de las relaciones de estos personajes, de sus cortejos, celos, rupturas y reconciliaciones en el Nueva York de finales de los setenta, *Tantos días felices* retrata a cuatro personas inteligentes y bienintencionadas que no pueden dejar de creer en el amor. Una maestra en la narración de sentimientos y relaciones afectivas, Laurie Colwin es uno de los secretos mejor guardados de la literatura norteamericana. Su prematura muerte en 1992 le privó del éxito que sin duda merecía; aun así, el número de devotos de sus peculiares comedias de costumbres no ha dejado de crecer desde entonces.



Laurie Colwin

Tantos días felices

ePub r1.0
Titivilus 20.12.15

Título original: *Happy All The Time*
Laurie Colwin, 1978
Traducción: Marta Alcaraz Burgueño

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Ann Arensberg

PRIMERA PARTE

1

Guido Morris y Vincent Cardworthy eran primos terceros. Nadie recordaba ya qué Morris se había casado con qué Cardworthy y a nadie le importaba salvo en las grandes reuniones familiares, cuando de vez en cuando alguien sacaba el tema y lo sometía a benévola consideración. Vincent y Guido eran amigos desde su más tierna infancia. Los habían llevado de paseo juntos en el mismo cochecito y, ya de niños, solían reunirse en la casa que los Cardworthy tenían en Petrie, Connecticut, o en casa de los Morris, en Boston, para jugar a las canicas, trepar a los árboles y poner petardos en buzones y en cubos de la basura. De adolescentes habían bebido cerveza a escondidas y habían probado a fumar los puros del padre de Guido, que en vez de marearlos solían dejarlos muy contentos. Ya de mayores, ambos disfrutaban muchísimo con un buen puro.

En la universidad, los dos habían hecho el tonto, habían gastado dinero y se habían preguntado qué sería de ellos cuando fueran mayores. Guido quería escribir poesía en dísticos heroicos y Vincent pensaba que acabaría ganando el Nobel de Física.

A los veintimuchos volvieron a encontrarse en Cambridge. Guido había estudiado Derecho, y como varios años en un bufete de abogados de Wall Street le habían descubierto que su trabajo no lo entusiasmaba, había vuelto a la universidad para hacer un posgrado en lenguas románicas y literatura. Era bastante mayor para los estudios de posgrado, pero había decidido concederse unos años de placer improductivo antes de que las auténticas responsabilidades de la vida adulta se le echaran encima. Al final, Guido terminó recalando en Nueva York para administrar la fundación de la familia Morris, la Fundación Carta Magna, dedicada a la financiación de proyectos de arte público, de artistas de todo tipo y de asociaciones dedicadas a la conservación de monumentos y al embellecimiento de las ciudades. La fundación editaba una revista de arte bimensual que se llamaba *Runnymede*. El dinero que lo costeaba todo salía de la pequeña fortuna que un antiguo capitán de barco llamado Robert Morris había amasado a principios del siglo XIX en el sector textil. En uno de sus viajes, Morris se había casado con una italiana, y a partir de entonces todos los Morris habían llevado nombres italianos. El abuelo de Guido se llamaba Almanso, y su padre, Sandro. En esos momentos, el administrador de la fundación era su tío Giancarlo, pero se estaba haciendo ya muy mayor y Guido había sido elegido para, a su debido tiempo, sucederlo.

Vincent había estudiado en la Universidad de Londres y había vuelto al Massachusetts Institute of Technology. Su primera incursión la había hecho en el urbanismo, pero lo que de verdad le

interesaba era lo que se conocía como gestión de residuos, a los que Vincent, sin embargo, siempre llamaba «basura». Lo fascinaban su producción, su eliminación y sus posibles usos. Gracias a sus monografías sobre el reciclaje, publicadas todas ellas en la revista *City Limits*, empezaba a hacerse un nombre en su campo. También había patentado un aparatito doméstico que transformaba las mondas de las verduras, los periódicos y otros desechos de la cocina en valiosísimo mantillo, pero la cosa no había llegado muy lejos y Vincent había acabado trasladándose a Nueva York para dedicar su talento y su energía al Consejo de Planificación Urbana.

Con el futuro más o menos asegurado, se instalaron tranquilamente en Cambridge a pensar con quiénes iban a casarse.

Una tarde de domingo de enero, Vincent y Guido contemplaban muy detenidamente una exposición de vasos griegos en el Museo de Arte Fogg. Afuera, el aire estaba cargado y había demasiada humedad. Adentro, la calefacción estaba demasiado alta. Era uno de esos días que te obligaban a salir de casa y luego no te daban nada a cambio. Como en casa estaban inquietos y en la calle, nerviosos, habían decidido ir al museo pensando que la contemplación de vasos griegos los calmaría. Dieron varias vueltas. Guido impartió toda una conferencia sobre la forma y la figura. Vincent dio una breve charla sobre el urbanismo de la ciudad-estado griega. Nada de eso logró apaciguarlos; los dos tenían ganas de acción, sin saber de qué tipo y sin ganas de ir a buscarla. Vincent estaba convencido de que el deseo infantil de pegar patadas a neumáticos y estrellar botellas contra las paredes nunca se perdía; de adultos, lo que hacíamos era relegarlo al subconsciente, donde ese deseo iba dando brincos y creando la tensión que él sentía en ese momento. Un sudoroso partido de frontón y un par de petardos bien tirados les habrían hecho a los dos muchísimo bien, pero para jugar hacía demasiado frío y ambos eran demasiado distinguidos para lo otro. Así que se quedaron solos con sus nervios.

Cuando se dirigían a la salida, Guido vio a una chica sentada en un banco. Era esbelta y de huesos finos, y tenía el pelo más negro, más lacio y más brillante que Guido había visto jamás. Lo llevaba como lo llevan los niños japoneses, solo que más largo. Y la cara de aquella chica pareció quedar impresa en su corazón de forma indeleble.

Se paró a mirarla, y cuando ella por fin le devolvió la mirada, estaba cargada de odio. Guido le pegó un codazo a Vincent y los dos se acercaron al banco en el que estaba sentada.

—La perspectiva es perfecta —dijo Guido—. La inconfundible sutileza de la línea y de la intensidad del color.

—Muy pictórica —dijo Vincent—. ¿Qué es?

—Voy a tener que consultarlo. Parece una mezcla de escuelas. Esa inconfundible inclinación de la nariz: una ligerísima deformación que da la impresión de absoluta limpidez. —Señaló el cuello del vestido de la chica—. Los exquisitos pliegues alrededor del cuello y el ropaje del resto de la figura, inconfundibles.

Durante aquel recitado la chica había permanecido completamente inmóvil. Luego, con mucha parsimonia, encendió un cigarrillo.

—El inconfundible arco que describe el brazo —continuó Guido. La chica abrió su boca perfecta.

—La debilidad mental que entre los estudiantes mayores pasa por ingenio. ¡Inconfundible! —dijo ella. Entonces se levantó y se fue.

Cuando Guido volvió a verla, ella acababa de subir al autobús. Hacía un frío atroz y, muy apurada, trataba de sacar cambio del monedero, pero los guantes le molestaban. Por fin se quitó uno con los dientes. Guido la miraba embelesado. Iba abrigada con un gorro de piel y dos bufandas, y mientras avanzaba entre los asientos, Guido se escondió detrás de su libro y se quedó mirándola hasta que llegaron a Harvard Square, destino que resultó que compartían. En el quiosco se vieron las caras. Ella lo repasó de arriba abajo y se marchó.

Al cabo de dos semanas, volvió a aparecer ante Guido en circunstancias más felices. Entró en un salón de té con una chica que se llamaba Paula Pierce-Williams, a la que Guido conocía de toda la vida. Paula lo saludó con la mano y él se acercó tranquilamente a su mesa.

—Guido, Holly Sturgis —dijo Paula—. Y Holly, él es Guido Morris.

—Ya nos conocemos —dijo Holly Sturgis.

—No te veo nunca, Guido —dijo Paula—. ¿Sigues trabajando en la tesis?

—Ya casi he terminado —respondió Guido.

—No hay manera de que me acuerde de qué trata —dijo Paula.

—Del derecho patrimonial medieval y su relación con el amor cortés —dijo Guido. Holly Sturgis disimuló una risita.

Guido no tenía por costumbre enamorarse de las chicas a las que veía en el autobús o en un museo. Había tenido dos relaciones serias y contados encuentros superficiales. De esos, que lo habían dejado perplejo y herido, trataba de no acordarse. En los tiempos modernos que corrían, él era un hombre a la antigua, se decía Guido, esclavo de la idea de que todas las relaciones auténticas conducían al matrimonio. De no hacerlo eran, por fuerza, falsas, basadas en la mala fe o en la falta de verdadero sentimiento. Y, por tanto, en cuanto terminaban eran malas, sin importar lo ardientemente que uno las hubiera empezado. Los encuentros superficiales Guido los atribuía al mero impulso: algo que no dura más que un día no puede llamarse relación. Vincent trataba de explicarle que esas cosas formaban parte de un proceso, del proceso de madurar, pero eso a Guido no le servía de consuelo. En el caso de sus dos relaciones serias, la despedida había sido serena pero difícil de entender: las dos chicas se habían casado y le habían enviado felicitaciones de Navidad. ¿Dónde habían quedado los sentimientos?, se preguntaba él.

A punto de entrar en la treintena, Guido creía que en el amor uno iba cometiendo errores hasta dar con la certeza absoluta. Y esa certeza halló su objeto en Holly Sturgis. Él era muy serio para los asuntos del corazón y muy serio para los asuntos de estética y algo en Holly lo había tocado profundamente: una mirada había anunciado su elegancia y su precisión. Todo en ella —lo calculado de sus movimientos, la elegancia con la que caminaba, que se hubiera quitado los guantes con los dientes— lo conmovía. Según Guido, el deseo no era más que otra manera de referirse a la estética y la intuición. Deseaba a Holly Sturgis, lisa y llanamente. Deseaba poder tocarle ese pelo japonés tan brillante y lleno de vida. La deseaba desnuda entre sus brazos desnudos. Imaginaba el fresco olor a jazmín de sus hombros.

Como la gente que fantasea en vez de analizar, Guido sabía que Holly sería una persona complicada, seguramente, extravagante y de convivencia difícil. Era meticulosa, eso era evidente, meticulosa hasta en el pelo. Todo eso Guido lo sabía porque sus fantasías solían ser muy precisas; era un pensador visual, como le decía Vincent. Y, así, se imaginaba tumbado con Holly sobre las

almidonadas sábanas blancas del Hotel Ritz-Carlton. No se molestaba en imaginar cómo podrían haber llegado hasta allí o qué habría dado pie a aquella situación. Habría anémonas en la mesilla de noche. Sobre la almohada, el pelo de Holly parecería un pincel de marta cibelina, y en la fantasía de Guido ella fumaba sosteniendo el cenicero en equilibrio sobre el estómago. El humo empañaría la luz de las últimas horas de la tarde. Holly guardaría un silencio absoluto. A él, por supuesto, el momento lo habría dejado consumido —sería la primera vez que estaban juntos—, y se veía mirando cautelosamente a Holly, incapaz de saber lo que ese rostro inteligente y encantador expresaba u ocultaba.

Paula Pierce-Williams sirvió el té y luego se marchó a hacer una llamada telefónica.

—¿Esto lo has planeado tú? —preguntó Holly.

—Por supuesto que no —dijo Guido—. No puedo evitar que me sigas por todos lados.

—No me hace gracia. ¿Qué quieres?

—Quiero que seas más gentil con aquellos que se postran a tus pies.

—No veo que te hayas postrado a mis pies.

—Puede que no sepas mirar bien —dijo Guido. Vio que Paula se les acercaba y al instante le preguntó a Holly si querría cenar con él. Para su sorpresa, le dijo que sí.

Su primer encuentro no tuvo lugar en el Ritz-Carlton, sino en casa de Holly. En vez de las anémonas con las que Guido había fantaseado, había unos helechos que colgaban sobre la cama y que, cuando te incorporabas, se te metían en los ojos. Las sábanas estaban almidonadas, pero no eran blancas, sino con un estampado de violetas. Las fundas de las almohadas tenían unas rosas azules. Holly fumaba, y el cenicero que sostenía en equilibrio sobre el estómago era un platito de Wedgwood decorado con enredaderas negras.

El apartamento de Holly era blanco y espacioso y tan meticuloso como Guido había imaginado. Holly hacía unas composiciones pequeñas y perfectas. Sobre una mesa reposaban un nido de pájaro, una figurita egipcia de piedra azul, una caja de cerillas rusa y un tintero de plata. En la cama, antes de deshacerla, podrían haber hecho rodar una moneda de diez centavos. Las sábanas y las almohadas olían a lavanda.

Aquello era mejor que cualquier fantasía, mejor que esos sueños adornadísimos que, por la mañana, dejan tras de sí un dulce sabor de felicidad inexplicable. Guido se volvió hacia Holly y le tocó el pelo negro y brillante. Llevaba unos pendientes de coral del tamaño de unos gemelos y nada más. Era una tarde de sábado de finales de marzo, fría y lluviosa, y las sensaciones abrumaban a Guido. Todo le parecía extraordinariamente intenso: el estampado de las sábanas, los motivos de la colcha hecha de retales, el pelo y los pendientes de Holly, todos tan relucientes. Los hombros le olían a jazmín, sí. Cuando Guido se volvió a mirarla, vio en su cara esa mirada que sabía que iba a encontrar: una mirada con la que, de tan reservada e impenetrable y ambigua, todo lo que él pudiera decir estaría un poco fuera de lugar.

Holly era la nieta de Walker Sturgis, el profesor de clásicas. Su padre era ejecutivo de una empresa que se dedicaba a la extracción de cobre y su madre escribía novelas históricas para niños. Era hija única y nieta única y era casi perfecta. Tenía sus cosas, Holly. Todo lo metía dentro de cristal, y los largos estantes de la cocina eran fila tras fila de tarros llenos de jabón, lápices, galletas, sal, té, clips sujetapapeles y alubias. Era capaz de advertir si alguna de sus

composiciones se había movido un cuarto de milímetro, y siempre volvía a ponerlas en su sitio. En casa ajena, parecía en lucha permanente contra la necesidad imperiosa de enderezar los cuadros. En su apartamento, la colección de acuarelas botánicas se veía absolutamente recta. Los zapatos de su armario estaban rellenos de papel de seda de color rosa, y tenía los cajones llenos de saquitos de lavanda. De los rincones de su armario colgaban bolas de olor.

Tomaba el té en una bandeja y le gustaban las piezas de porcelana desparejadas. La bandeja que le llevó a Guido contenía unas tazas con nomeolvides, una azucarera con muguete, una jarrita para la crema con amapolas rojas, y una tetera cubierta de acianos y rosas rojas. Esa bandeja, dispuesta sobre la cama, intensificó la sobrecarga sensorial de Guido. Pensar que Holly se había esforzado tanto solo por él lo conmovió, pero al conocerla mejor descubrió que ella también se preparaba bandejas idénticas cuando estudiaba.

Guido se había preguntado si Holly cocinaría bien. Su aire ligeramente místico no lo presagiaba, pero su meticulosidad indicaba que sí, que sabría cocinar; cocinaría como los japoneses. Guido esperaba que sus cenas parecieran cuadros. Y resultó que Holly era un portento. Guido quedó sorprendido por lo absolutamente delicioso que estaba todo: una comida tan buena, se dijo, debía nacer de un espíritu realmente bondadoso y caritativo, sin duda. Pero la caridad no parecía formar parte del vocabulario emocional más inmediato de Holly. Tras una espectacular tarde en la cama, habían pasado el resto del día en un silencio educado, y la cena casi lo liquida: no solo tenía un sabor maravilloso, sino que su aspecto también era maravilloso. Guido catalogó a Holly como una firme defensora del sensualismo doméstico. Tenía un auténtico don para la buena vida, pero él no era más que una visita: esa buena vida la había construido desde mucho antes de que se conocieran.

Pasó la noche en vela al lado de Holly, muy consciente, incluso cuando dormitaba, de estar durmiendo en la cama de una desconocida. Tras unos sueños breves e inconexos, se despertó de repente sin saber dónde estaba. La visión de Holly no lo ayudó a situarse de inmediato: parecía tremendamente irreal e inaccesible. Estuvo mirándola un buen rato y se dio cuenta de que no quería dormir. No quería perdersela ni un minuto.

Pero sí que se durmió, y al despertar la encontró acurrucada a su lado. ¿Se acurrucaría tan dulcemente cuando ya no durmiera? Holly se despertó con un leve encogimiento de hombros y se apartó. Guido se incorporó y el pelo se le enredó en el helecho que colgaba. Estaba soñoliento y acosado por los impulsos: se sentía desbordado. Quería convertir a Holly en agua y bebérsela. Quería postrarse ante sus pies. Quería postrarse ante ella, toda. Holly se dio la vuelta y lo miró.

—Vaya —le dijo—, ¿te importaría ir a comprar los periódicos?

Y así, el domingo por la mañana, día de su primer desayuno juntos, Guido acabó andando bajo la llovizna para ir a comprar los periódicos. En el camino de vuelta tuvo una tímida premonición: ¿había sido la petición de Holly el requerimiento íntimo de una amante o solo había querido sacarlo de casa? ¿Les pediría a todos sus amantes que fueran a comprar el periódico? ¿Y si se olvidaba de él mientras estaba fuera y no lo dejaba entrar?

Guido había tardado dos arduos meses en meterse entre los brazos de Holly, dos meses de

cenar, de paseos, de conversación, de tardes de museo y de largos paseos nocturnos. Él nunca había ocultado sus intenciones. Aunque nunca había dicho que estuviera enamorado, sí que le había anunciado que andaba en busca del amor, y Holly le había dicho que tendría en cuenta su búsqueda. Fuera de eso, ella se mostraba inflexible, imperturbable, incommovible y completamente distante. Había seguido saliendo con él, y a él solo le quedaba preguntarse a qué pruebas lo estaría sometiendo y si podría superarlas.

Una noche, cuando el deseo ya lo tenía absolutamente confundido, Holly se acercó al escritorio y, con un bolígrafo dorado, escribió una lista que luego le entregó. Era, le dijo, una lista de las cosas que le gustaban de él. Decía así: ojos, manos, hombros, ropa y altura. Guido insistió para que le diera más información.

—Odio las manos suaves —le dijo Holly—. Las tuyas son fuertes y bonitas. ¿Cómo te has hecho esos callos?

—Construyendo estanterías y pescando. Continúa.

—Bueno, admiro tu altura y me gusta cómo te comportas. Siempre he sentido debilidad por los ojos color avellana, y quien sea que te corte el pelo ha dado con el equilibrio perfecto entre dejado y arreglado. Me gustan los hombres de pelo oscuro. Y me gusta cómo llevas la ropa.

Aquella relación había puesto a Guido tan nervioso que tuvo que resistir el impulso de correr al espejo para ver si era él ese hombre al que ella estaba describiendo. ¿Tenía los ojos color avellana? ¿Era alto? El pelo, ¿lo tenía negro, ni dejado ni arreglado?

En aquel momento, al doblar la esquina rumbo al apartamento de Holly con los periódicos bajo el brazo, se preguntaba cuándo se habría decidido Holly a su favor. Estuvo dispuesta a pasar la tarde de sábado con él, y el modo en el que iban a pasarla estaba clarísimo. ¿Pero qué significaba eso? Lo trataba exactamente igual que antes, solo que ahora eran amantes y él parecía uno de esos maridos adormilados que, envueltos en su abrigo, volvían a casa con los periódicos del domingo. Al verlos, le entró envidia. Los imaginaba de vuelta a matrimonios seguros, a esposas adoradas que los recibirían con cálidos besos y un plato de huevos o que seguirían durmiendo —a gusto, calentitas y cómodas—, con sus batallas románticas ya muy lejos. A Guido no se le había ocurrido que algunos de esos hombres pudieran ser solteros o divorciados ni que estuvieran sometidos a una tortura amorosa igual que la suya. Aquella seguridad imaginada le dolía: no iba a un refugio sino al encuentro de una desconocida en casa de esa desconocida.

Holly se despertaba siempre a las ocho de la mañana, y ese día no había hecho una excepción. Guido apareció con los periódicos a las ocho y media, consiguió llevar a Holly de vuelta a la cama y durante un rato se sintió el rey del universo. Tres horas después, terminaban de desayunar mientras leían el periódico, pero a Guido las noticias no le decían gran cosa. Lo que a él le parecía un acontecimiento de enorme importancia no había alterado la rutina de Holly en absoluto, quien todos los domingos leía el periódico siguiendo un orden determinado. Y ese domingo no hizo ninguna excepción. Primero leyó las páginas de sociedad para ver quién se había prometido o se había casado. Luego leyó las necrológicas para ver quién se había muerto. Leyó la sección de cultura y ocio prestando especial atención a la página de jardinería a pesar de no tener jardín. Leyó al menos dos artículos de la revista, estudió la receta de la semana con ceño crítico y luego hojeó las páginas de moda para ver si había algo que mereciera su aprobación. Mientras Guido

sufría un ataque de deseo, ella leyó un largo artículo sobre la ética y la genética y luego se concentró, totalmente abstraída, en un ensayo que resumía las bondades y los peligros de enseñarles a los bebés a nadar. Estaba claro, Holly no quería que le hablaran. Estaba sentada muy derecha en su silla de respaldo recto, hecha un pincel con un camisón de lino. Mirándola, Guido empezó a entender por qué la mayoría de los delitos de sangre se cometían en el hogar: quería estrangularla, quería tomarla con las manos y hacerla suya. Por fin acabó de leer el periódico. Los platos ya estaban fregados y Holly se disponía a empezar el crucigrama cuando Guido la agarró.

—Maldita sea, Holly. ¿Es que nada de esto significa nada para ti?

—¿Nada de qué?

—Acabamos de pasar nuestra primera noche juntos y aquí estás tú, con tu maldito crucigrama.

—Lo hago todos los domingos —dijo Holly—. Y pensaba que esta era la primera de muchas noches. Todo esto me agobia bastante, además; por eso me gusta normalizar las cosas. No quiero una de esas aventuras que te dejan de los nervios, con unos kilos de menos y una sensación de desdicha permanente.

Guido no supo qué responder. La primera de muchas noches, había dicho ella. Esa frase, con la voz serena y mesurada de Holly, lo desarmó. Y ella hacía bien en querer que todo mantuviera la normalidad. Aquella decisión, como todo lo demás en Holly, le conmovió profundamente. Porque él sí que estaba metido en una de esas aventuras que te dejan de los nervios, con unos kilos de menos y una sensación de desdicha permanente.

Pero Holly dejó el crucigrama y rodeó el cuello de Guido con sus brazos. Holly sabía bien lo frágiles y sensibles que son los hombres para esas cosas, sin duda.

Cuando volvieron a salir de la cama ya era media tarde. Guido tenía la sensación de que el tiempo se había congelado en un bloque sólido y él estaba perdiendo el rumbo. Se sentía abrumado por los detalles: la mirada de Holly, su pelo, su cuerpo, esas sábanas, esa tostada francesa, el recuerdo de esa bandeja del té tan formal y de una Holly desnuda que le llenaba la taza decorada con flores. Necesitaba urgentemente un cambio de contexto. Tenía que sacar a Holly de su territorio, ni que fuera solo un rato. Quería llevar a Holly a su apartamento para que se sintiera incómoda, para equilibrar la balanza. La imagen de Holly sentada en su butaca pondría límite a su realidad de una vez por todas.

Holly lo cogió del brazo mientras caminaban, y cuando empezó a lloviznar se acurrucó contra él bajo el paraguas. Hablaba de los apartamentos que tienen los hombres.

—He visto unos cuantos —le dijo—. Lleváis la camisa bien planchada y los zapatos relucientes y a la mesa os comportáis como auténticos caballeros, pero tenéis el jabón lleno de pelos y todos los platos mal fregados. O, al contrario, vais hechos un desastre y vuestro apartamento parece la celda de un monje o una foto salida de la revista de los *boy scouts*, con la manta del campamento en la cama y las cañas de pescar bien ordenadas en un rincón. Enormes cuadros de alces muertos y butacas y esos taburetes con los pies hechos de colmillo de elefante. Horroroso. Nunca he estado en un apartamento en cuya chimenea no hubiera, sobre la repisa, una invitación de boda con un emblema ducal.

El apartamento de Guido estaba limpio y ordenado. No había grabados de cacerías ni colmillos de elefante ni invitaciones de boda con emblema ducal. Holly admiró sus dos dibujos

enmarcados y la pantera de bronce, un pisapapeles que había pertenecido al abuelo de Guido. Pasó los dedos por su caja de puros de nogal. Se quitó el abrigo y luego hizo algo que logró que a Guido le diera un vuelco el corazón: se puso a inspeccionar los armarios de la cocina y la nevera, cogió copas de las estanterías y las acercó a la luz para examinarlas, levantó la cortina de la ducha, ya en el baño, para mirar bien el borde, y le echó un vistazo al jabón para ver si tenía pelos.

—¿Te importa? —le preguntó a Guido.

Guido se había quedado estupefacto. Aquel era el gesto más ambiguo que había visto en la vida. No tenía ni idea de lo que significaba. ¿Estaría examinándolo? ¿Lo que sentía por la disposición de su apartamento era curiosidad, mala fe o interés? ¿Querría asegurarse de que estaban hechos el uno para el otro? ¿Aquello era una broma o trataba de acostumbrarse a su apartamento?

De repente la emprendió contra él.

—O tienes novia o señora de la limpieza o eres un maniático perdido —le dijo.

—Soy muy ordenado —contestó Guido—. De vez en cuando un chico de la agencia de estudiantes viene a hacer una limpieza a fondo. Te sorprendería lo eficientes que pueden llegar a ser los futuros sociólogos e historiadores.

Holly se sentó como si estuviera en su casa. ¿Pero cómo iba a sentirse feliz en un lugar sin bandejas?, se preguntó Guido.

Salieron a cenar fuera y Holly se quedó a dormir en su casa. Dejó la ropa muy bien colgada del respaldo de la butaca de Guido. Él se habría metido en la cama con la ropa de Holly de mil amores: quería hacerse con tanto de ella como fuera posible. Nunca había deseado nada tan ardientemente en su vida. En mitad de la noche se despertó a reflexionar sobre esa carencia que sentía, aunque le bastaba con estirar el brazo para alcanzar el objeto de sus deseos. Ahora le pertenecía, ¿o no? Holly dormía sin esfuerzo alguno. Ella ya había tomado una decisión sobre Guido, en un sentido o en el otro; pero se la reservaba. En la satisfacción que ella había demostrado mientras desayunaban, en su inspección del apartamento o en la parsimonia con la que le había abierto los brazos, cualquier idiota habría visto señales de que lo había escogido, pero Guido no era cualquier idiota. Ya había tenido tiempo de estudiar a su fría e imperturbable amada. Se retraía como si retraerse fuera tan natural como beber café, y no hacía declaraciones de afecto. ¿Se retraía o se escondía, o acaso lo encontraba todo a su entera satisfacción? Aquella actitud lo tenía sumido en la confusión, aunque él sabía que al principio de una relación todo el mundo se sentía raro.

Guido no era partidario de precipitarse. Había mostrado lo que sentía, sin más, sin decir nada. Sabía de siempre que en cuanto sus afectos quedaban firmemente depositados, los excesos no tardaban en llegar. Lo que ahora sentía era el equivalente emocional de una sed tremenda: quería pasar la noche despierto mirando a Holly, que se había quedado dormida y lo había abandonado.

Vincent Cardworthy era la persona más abierta, tolerante, inteligente y alegre que Guido había conocido. Aunque cuando se trataba de su propio corazón solía hacerse un auténtico lío, en materia de relaciones ajenas Vincent era un hacha. Y Guido, por tanto, se hacía aconsejar por un hombre que siempre acababa prendido —que no prendado— de misteriosas rubias que estaban a

punto de prometerse o acababan de dejar a su marido o estaban recuperándose de una gran pasión o estaban a punto de salir de viaje a recorrer Europa o eran europeas y estaban a punto de regresar a su país de origen. Guido pensaba que aquellas chicas no lo merecían, pero a Vincent eso no parecía importarle, o al menos no parecía importarle cuando terminaban. Las aventuras las empezaba con mucho ánimo y luego se aburría enseguida, pero él nunca rompía: era demasiado amable o demasiado distante para una cosa así. Él prefería dejar que la vida misma se hiciera cargo de la situación, y como ninguna de aquellas relaciones estaba destinada al éxito simplemente se evaporaban. Vincent nunca era ni cruel ni desagradable. Y aunque sus elecciones eran terribles, a las elegidas siempre las trataba muy bien. Su mujer ideal era huesuda y sanota. Le gustaban las chicas que parecían recién salidas de una pista de tenis o recién llegadas de una larga caminata por el campo. Le gustaban las chicas de Vermont que después de haber dejado atrás su afición a los caballos tenían telares o moldes para hacer velas. Le gustaban las chicas de Filadelfia soñolientas y dientudas que criaban spaniels y colaboraban con los republicanos de la zona. Le gustaban las chicas de los montes Berkshire que jugaban al fútbol americano. Guido se refería a esa propensión como «el síndrome de la hija del entrenador», aunque Vincent no había conocido nunca a hija de entrenador alguno. No iba en busca de esas chicas sino que, en el curso de su vida, se había ido tropezando con ellas. Que todas esas chicas parecieran ser la misma era algo que a ojos de Guido no presagiaba nada bueno, pero Vincent sostenía que estaba echando los dientes a nivel afectivo y que si esas chicas parecían tan poco adecuadas para él era porque estaba tan ocupado que no tenía tiempo para salir en busca de alguien apropiado, búsqueda que, en su opinión, era como la del Santo Grial. Él no tenía nada en contra de los pesos pluma, afirmaba Vincent. Guido decía que si alguna de sus chicas hubiera sido todavía más liviana, habría salido volando por el aire como un diente de león a finales de julio, pero Vincent, como Guido, estaba convencido de que siempre hacemos el tonto hasta que acertamos. En la época en la que Guido conoció a Holly, Vincent andaba algo descontento con su vida amorosa, pero el asunto no parecía preocuparlo demasiado.

Sencillamente, no estaba angustiado. Su concepción de la actividad mental era exterior; estaba relacionada con el urbanismo, con la estadística, con los ordenadores y con los estudios. Guido, por su parte, era esclavo del interior, y la visión de las cosas que tenía Vincent le parecía muy reconfortante.

Una tarde, mientras Holly estaba de concierto con su abuela, Vincent se dedicó a escuchar a Guido.

—Quiero casarme con Holly —dijo Guido.

—La semana pasada decías que te costaba comunicarte con ella.

—No me importa. Todos tenemos problemas.

—A los dos juntos se os ve de maravilla, desde luego, pero tú dices que es innecesariamente complicada.

—Y así es, pero no me importa.

—Estás diciendo «no me importa» con muchísima frecuencia.

—No me importa —dijo Guido—. Nunca había estado tan seguro de algo en toda mi vida. Me da igual como sea ella.

—Según Freud, cuando se trata de asuntos serios como con quién casarse, lo único que importa es qué siente uno.

—¿Y eso Freud dónde lo dice?

—No lo sé —contestó Vincent—. Me lo dijo Daphne Meranty.

—¿Daphne cuál es?

—La de Bangor. Su padre es pastor y está muy interesado en Freud. Ha obligado a todos sus hijos a que lo lean, y también se lo ha dado a leer a sus feligreses.

—¿Es la de los Airedale terriers?

—Esa era Ellie Withers, y eran terriers de pelo blanco.

—No vas a casarte con Daphne Meranty, ¿verdad? —preguntó Guido.

—¡No! Está prometida. Yo fui su última aventura. El tema salió precisamente por eso. Bueno, pues buena suerte. Con Holly, digo.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Bueno, si dices que nunca habías estado tan seguro de nada en toda tu vida, ¿qué más voy a decir?

Guido se quedó mirando a su mejor amigo y primo tercero. Guardaban un ligerísimo parecido en la caída de su cabello espeso y también un poco en los pómulos. Vincent era pecoso y rubicundo. Cuando le daba el sol, el pelo se le veía rojizo. Sus ojos claros estaban salpicados de verde. Nunca conseguía que la ropa le quedara en su sitio. Como odiaba los puños, siempre se remangaba las mangas. Con ese torso tan largo que tenía, la camisa siempre acababa saliéndosele de los pantalones. Cuando un botón de la camisa se le abría, solían seguir dos más. Mientras que Guido era elegante, ágil y sensual, Vincent era relajado, ligero y entusiasta.

A Guido le parecía curioso que Vincent —que, como científico, se dedicaba a analizar— se limitara a vivir, mientras que él, que no hacía más que vivir, se pasara la vida analizando. Vincent estaba sentado delante de su falsa chimenea, atando moscas bajo una luz muy potente.

—Bueno, di algo —dijo Guido.

—Por todos los santos, si tú crees que casarte con Holly puede ser divertido, cástate con ella. Sé que todo esto es muy serio, pero antes o después uno de los dos tenía que ponerse serio. Supongo que seré el padrino y que tendré que organizarte una fiesta o algo así, ¿no? Lo que te pasa es que lo piensas todo demasiado. Le das vueltas a todo. Yo nunca pienso en mí, es claramente el mejor sistema. Y ahora tú tienes un asunto entre manos que no puede pensarse en absoluto. Cástate con ella y ya está. ¿Se lo has pedido?

—No.

—Pues ya puedes ir poniéndote manos a la obra, por el amor de Dios. ¿Cómo voy a ser tu padrino si no te has declarado? Tu problema, Guido, es que eres un hombre de reflexión y no de acción. Pídeselo. Seguro que te dice que sí. ¿Por qué no se lo has pedido? Por el amor de Dios.

—Me da pánico —dijo Guido.

Al cabo de una semana, Guido estaba sentado en el salón de Holly mirándola mientras ella, de puntillas, regaba las plantas. Las regaba dos veces a la semana, siempre los mismos días. Desapareció en el dormitorio con la regadera. Guido conservó su imagen: su cuello de cisne, ese mechón de pelo, el arco que dibujaban sus pies al mantener el equilibrio de puntillas.

—Guido —lo llamó—. Ven.

Él se quedó en la puerta del dormitorio.

—Hay una cajita azul en el helecho. ¿La has dejado tú ahí?

—Sí —dijo Guido.

—¿Por qué lo has hecho?

—Ha sido un impulso romántico.

—¿Es un anillo?

—Sí —contestó Guido.

—Entiendo. En ese caso, creo que tendríamos que hablar.

A Guido el corazón le dio un brinco. Y a ese brinco le siguió un dolor agudo. Solo había una cosa de la que hablar: iba a rechazarlo. Que Holly tuviera la cajita firmemente sujeta no lo consoló.

—Voy a pasar una semana fuera —le dijo Holly—. Necesito estar despejada durante un tiempo para poder pensar. Suelo ser muy introspectiva, pero ahora tengo la sensación de estar dejándome llevar. Y así no puedo pensar. Me refiero a que no puedo pensar en nosotros cuando estamos los dos juntos, ¿sabes a lo que me refiero?

—No —contestó Guido.

—Lo que quiero decir es que esto es muy serio. Lo que quiero decir es que, si voy a casarme contigo, creo que debería darle algunas vueltas al asunto, y si estamos juntos me confundo.

—No te he pedido que te cases conmigo —dijo Guido.

—¿Entonces por qué has dejado una cajita con un anillo en mi helecho?

—Lo he hecho por un impulso romántico. —Guido se sentó a su lado, en la cama—. Ábrelo.

Dentro de la cajita azul había una montañita de terciopelo azul noche sobre la cual reposaba un anillo de oro amarillo muy pesado con una turquesa mate en el centro.

—Sé que odias las piedras preciosas —dijo Guido—. Y sé que odias el oro que no sea amarillo. Y sé que te gusta el peso.

Guido sabía más cosas: que Holly odiaba las sábanas sin planchar; que el bronceado, a menos que se debiera al trabajo, le parecía algo muy ostentoso; que creía que las cartas debían escribirse con pluma; que estaba en contra del hielo en las bebidas; que también estaba en contra, y con igual vehemencia, de todos los colores chillones menos del rojo, y que aunque naranjas sí que comía, nunca comía nada que tuviera sabor a naranja. Guido estaba profundamente enamorado de esas manías, bajo las que, decía él, identificaba un todo. Guido creía en el significado y la integridad de los gestos. Las costumbres de Holly, sus rituales y sus opiniones representaban su manera de ver el mundo: expresaban una idea general de la vida y del lugar que las cosas ocupaban en ella. La perfección y la meticulosidad de Holly eran una noble resistencia contra la dejadez. Sin embargo, eso era todo lo que él sabía. Ella no le había contado nunca nada. Lo que Guido entendía en ese momento era que ella tenía intención de casarse con él, pero Holly estaba sentada en la cama con el anillo en la palma de la mano y sin decir palabra.

—¿Te gusta? —preguntó Guido.

—Es perfecto —dijo Holly—. Me encanta.

No se le veía la cara. Tenía la cabeza inclinada, y lo único que quedaba a la vista de Guido era su reluciente pelo de marta cibelina.

El anillo se ajustaba a la perfección, por supuesto.

—Quiero casarme contigo —dijo Guido—. Quiero que te cases conmigo, quiero decir.

Holly levantó la cabeza y lo miró sorprendida. ¿No estaba ya decidido?, parecía querer decir.

—Ya solo es cuestión de fechas —dijo Holly—, pero primero quiero irme. Quiero saber qué se siente al estar sin ti para poder saber qué se siente al estar contigo. ¿Te parece lógico?

—No —contestó Guido.

—Bueno, lo que quiero decir es que estoy acostumbrada a la conexión que tenemos y me gustaría poder desconectar para sentir la fuerza de esa conexión. Y eso es imposible a menos que vuelva a conectar, y para conectar hará falta que desconecte. Deja de mirarme así, Guido.

—Acabo de darme cuenta de que estoy a punto de casarme con alguien sin una pizca de sensatez.

—Claro que soy sensata —dijo Holly—. Lo que pasa es que no soy capaz de ver las cosas de cerca. Y la idea de la distancia me intriga.

Guido sintió un brevísimo escalofrío. En esas palabras creyó oír una frase que un día recordaría.

—¿Holly?

—¿Sí?

—No tengo ni idea de lo que sientes por mí.

—No seas tonto. Claro que lo sabes. Voy a casarme contigo, ¿no? Solo vamos a estar una semana separados.

Durante esa semana, Guido trató de fingir que no la había conocido nunca. Fue a la biblioteca. Escribió el último capítulo de su tesis. Fue a ver un partido de baloncesto con Vincent y luego salió y bebió demasiada cerveza. Como Vincent se negaba a hablar de Holly, hablaron de la máquina de mantillo de Vincent, de la Bolsa y de dónde iban a vivir en Nueva York.

Cuando Guido llegó a casa, el apartamento le pareció oscuro y sofocante. Encendió las luces, abrió la ventana y dejó que el frío y la brisa entraran flotando. Lo que sentía no era tristeza, sino desánimo y decaimiento. No se sentía ni solo ni desdichado, sino carente de propósito alguno. Se sirvió una copa de brandy y se sentó al lado de la ventana. No estaba muriendo de amor, advirtió. Lo que pasaba, sencillamente, era que sin su objeto Guido se sentía apagado. Holly no lo obsesionaba, sino que lo enriquecía; sin Holly la vida seguía teniendo valor, sí, pero tampoco demasiado; Holly marcaba el inicio de su edad adulta; era esa persona con la que se había comprometido para siempre. Antes de acostarse, Guido cogió un ejemplar del *Lai de la sombra*, pero descubrir que en el siglo XIII Jean Renart había tenido su mismo problema no lo consoló. Leyó:

*Amor le lanzó una flecha
que le penetró en el cuerpo hasta las plumas,
introduciéndole en el corazón
la gran belleza y el dulce nombre de una dama*

Transcurrida la semana, Holly lo llamó y le pidió que fuera a verla. Cuando Guido llegó a su

apartamento, la vio con el brazo enyesado. Llevaba un fular de seda de cabestrillo.

—Me he roto la muñeca —le dijo—. ¿Me sueltas el nudo, por favor? He tardado cuarenta minutos en hacerlo.

Valiéndose del brazo libre, Holly se apartó el pelo del cuello y Guido le desató el nudo del fular. Con el olor del hombro de Holly y la proximidad de su cuello, Guido casi se marea. Esperaba que el yeso tuviera flores, como la porcelana y las sábanas, pero solo era blanco.

—¿Cuándo te pasó? —preguntó Guido.

—Hace tres días. Me caí por las escaleras.

—¿Qué escaleras?

—Ya sabes qué escaleras.

—No me dijiste adónde ibas, Holly.

—¿No? Estaba convencida de que te lo había dicho. Bueno, puede que no me lo preguntaras. Paula Pierce-Williams y yo fuimos a casa de mi abuela, en Moss Hill. Me caí por las escaleras. Me tropecé con la alfombra de la escalera, vaya. Paula me llevó al hospital. No es más que una pequeña fractura, pero te lo prometo, Guido, oí el chasquido. No puede haber un sonido igual: oír que algo se te rompe dentro del brazo. Cada vez que me acuerdo siento una especie de calambre.

—¿Por qué no me llamaste?

—Te dije una semana y la semana todavía no había pasado.

—Pero, Holly, te rompiste el brazo. Tu brazo significa mucho para mí.

—Y para mí. No tienes ni idea de lo que es dormir con medio kilo de yeso en la muñeca.

—Espero poder descubrirlo —contestó él.

Guido apoyó las manos en el frío yeso y pasó los dedos por su rugosa superficie.

—Esto lo noto —dijo Holly, y luego rompió a llorar—. Es muy desesperante. No puedo atarme el cabestrillo ni lavarme el pelo ni nada. —Y luego, con un hilillo de voz tan lloroso que a Guido le costó creer que fuera suyo, le preguntó si le lavarían el pelo.

—Sí, claro que te lavaré el pelo —contestó Guido—. Al fin y al cabo, vamos a casarnos, pero antes, antes de lavarte el pelo y de casarnos, quiero saber si voy a lavar el pelo de alguien que me quiere.

Holly le apoyó la mejilla en el hombro y su desdicha era tan evidente que él no quiso insistir.

Guido nunca le había lavado el pelo a nadie y la actividad le pareció muy agradable. Fue formando espirales con el champú por el cuero cabelludo y luego se lo aclaró bajo el grifo; el pelo brillante le caía por la muñeca como denso alquitrán. Cuando Holly se incorporó tenía los ojos empañados. Se peinó con aire distraído y luego dejó el peine con un ruidito seco.

—Pues claro que te quiero —dijo Holly—. ¿Cómo no te iba a querer? Nunca me comportaría así delante de alguien a quien no quisiera. En realidad, nunca me había comportado así antes.

—¿Comportado cómo? —preguntó Guido.

—Como alguien que va a casarse.

—¿Y estás segura de que me quieres lo bastante como para casarte conmigo?

—No seas tonto —respondió Holly—. Claro que estoy segura.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—No puedes acribillarme a preguntas sobre el tema, Guido. Ya te di una lista de las cosas que

me gustan de ti. Te dije por qué te quería. A ver, ¿por qué no puedo quererte y ya está, sin estar hablando siempre del asunto?

—¿Estás segura de que basta con que mis ojos y mis manos te gusten? ¿Y mi carácter?

—Estoy enamorada de ti y basta —dijo Holly—. No puedo hablar de estas cosas. Tu carácter es tu pelo. Está todo integrado. No veo el asunto igual que tú. Yo siento las cosas, nada más.

Guido le cogió con delicadeza la muñeca rota y le besó todos los nudillos de esa mano. Tenía los dedos fríos y desvalidos.

—Te quiero porque haces cosas geniales como esta —le dijo Holly—. ¿Me atas el cabestrillo?

Guido le hizo un nudito de seda en la nuca y ella mantuvo la cabeza bien quieta, igual que un niño paciente.

SEGUNDA PARTE

Una mañana, Vincent Cardworthy se levantó en un dormitorio de Sewickley, Pensilvania, al lado de una mujer que no acababa de identificar del todo. Sabía que estaba en Sewickley: la víspera la había pasado allí, y estaba segurísimo de no haberse subido a ningún avión desde entonces. La mujer acostada a su lado tenía el pelo rubio claro y mejillas sonrosadas. Llevaba una camisa de dormir de algodón.

Vincent se incorporó. El recuerdo le cayó encima como si de una soga se tratara: aquella mujer era Rachel Montgomery, una amiga de los amigos que lo alojaban ese fin de semana. Vincent había ido a Pittsburgh para dar una conferencia sobre residuos y aguas residuales en el departamento de urbanismo y habían invitado a Rachel a cenar el sábado. Los recuerdos de la cena eran borrosos; todos habían bebido mucho. A Rachel, recordó Vincent, la habían llevado en coche a la cena, y él, muy galante, se había ofrecido a acompañarla a su casa por estar más sobrio que el anfitrión.

Rachel estaba divorciada o a punto de divorciarse, y era muy locuaz. Él la había acompañado hasta la puerta de su casa y luego ella lo había invitado a tomarse la última copa. Para entonces, Vincent ya estaba agotado y borracho como una cuba. No tener ni idea de cómo volver a la casa de su anfitrión no le había importado.

Rachel lo había sentado en el sofá y había empezado a disparar: el que pronto sería su exmarido era banquero y estaba en las Bermudas jugando al golf con su hermano y su cuñada. Entre tanto, Rachel había quedado a cargo del hogar, y de la pista de tenis correspondiente, con el pequeño Hugh, de tres años, y con Sophie, de cinco. En sus ratos libres, andaba enamorada del abogado que le llevaba el divorcio y él andaba enamorado de ella. Pensaban casarse cuando el divorcio de él estuviera resuelto. Rachel ya había enviado por correo los últimos papeles; esa misma semana sería una mujer libre.

—Qué detalle que Annie y Richard me invitaran para completar la mesa, ¿verdad? —dijo Rachel. Se acercó a Vincent.

—Es tardísimo. Creo que tendría que volver ya.

—Tómame una copita nada más —dijo Rachel. Se levantó del sofá de un brinco y dejó a Vincent solo, contemplando el entorno. El sofá sobre el que estaba sentado era de cuadros escoceses, igual que las pantallas de unas inmensas lámparas de mesa que tenían una garrafa de cristal por base, y que la alfombra del suelo. Las butacas eran de las que hay en los clubes privados masculinos. Cada una tenía una mantita de cuadros escoceses en el respaldo. Vincent examinó la estancia en busca de algún maletín en el que pudiera guardarse un arma, pero no vio

ninguno. Lo que sí había eran fotografías enmarcadas en las que se veía a dos niños, a Rachel y al futuro exmarido de Rachel, tenía que ser él, todos vestidos con ropa de montar. Había fotografías de los niños montados en ponis y de adultos montados en caballos. En las mesitas auxiliares había jarrones con flores de papel y vasitos de plata de bebé llenos de cigarrillos viejos y rancios.

Rachel volvió con dos copas en vasos largos.

—Es demasiado tarde para volver a casa ahora —dijo.

—Creo que lo mejor será que me enseñes el camino —dijo Vincent. Ni la idea de acabar secuestrado por una mujer que no estaba sobria ni la de ser un mal invitado le hacían ninguna gracia.

—Uy, no —dijo Rachel—. Esa es una responsabilidad que no puedo asumir. Es demasiado tarde y está demasiado oscuro y has bebido demasiado. Te perderías. Tendrás que quedarte aquí. Si te salieras de la carretera y te mataras o algo, la culpa no me dejaría vivir.

—Y yo creo que es importante que me lo enseñes ahora —le dijo Vincent.

—Bueno, la verdad es que no estoy muy segura, porque a la cena me llevó la canguro, y ahora ya no está. El familiar tiene los frenos hechos polvo y el coche pequeño se lo ha llevado Aurélee.

—¿Aurélee?

—Es la chica francesa —respondió Rachel—. Vive en casa y cuida al pequeño Hugh y a Sophie para que Artie y yo podamos salir de fin de semana.

—¿Artie?

—Mi abogado. Voy a vengarme de él contigo. Le dije que tenía una semana para ponerse las pilas y para ir despachando papeles. Le dije que si no se movía, me buscaría a otro, y ese eres tú.

—No les has dado a Artie ni una semana —dijo Vincent. Rachel se le iba acercando—. ¿Y no podría acompañarme a casa Aurélee con el coche pequeño?

—Aurélee ha cogido el coche para ir a no sé dónde a ver cómo migran los halcones. Esta es la semana durante la que migran y ha ido a verlo. O sea que no está aquí. Además, una pequeña venganza me sentará bien.

Rachel se sentó bien derecha y Vincent se fijó en que era una buena pieza. Tenía las mejillas rojas, el cuero cabelludo rosado le brillaba justo donde la raya separaba su brillante pelo rubio, y se la veía acaloradísima de lo sanota que estaba. Llevaba una falda escocesa que a él le costaba distinguir del sofá. Vincent se bebió la copa de un trago y no volvió a acordarse de nada más hasta la mañana siguiente, cuando ya recordó demasiado y cayó en la cuenta de que tenía una resaca impresionante.

Al mirar por la ventana sopesando la enorme carga de su remordimiento, se encontró de repente con que Rachel estaba sentada a su lado.

—O eres un auténtico caballero o un inútil o solo de oler el alcohol ya quedas fuera de juego —le dijo ella.

Vincent ladeó un poco la cabeza; la tenía derecha, era como si alguien lo estuviera apuñalando.

—¿Y eso qué significa? —susurró.

—Significa que no cumpliste —dijo Rachel—. Ni te imaginas lo disgustada que estoy.

El dato dejó a Vincent aliviadísimo. Él creía que el sexo tenía que ver con el destino. En caso de que entre los dos hubiera pasado algo, él habría acabado subiéndose a un avión todos los fines de semana para ir a verla hasta que ella se cansara de él.

—Una verdadera lástima, odio las oportunidades perdidas —dijo Rachel. Miró el reloj de la mesilla—. Si Aurélee estuviera en casa, habría tiempo para un poco de acción, pero Aurélee no está. Ya es demasiado tarde. Es hora de desayunar. Puedes usar mi cepillo de dientes a menos que tengas la fiebre aftosa. En el cuarto de invitados tengo uno para los invitados, pero no quiero que andes rondando por toda la casa. La máquina de afeitar eléctrica de Artie está escondida detrás del talco. Las toallas están en el armario de debajo del lavabo. Cuando bajes a desayunar, te ruego que al pequeño Hugh y a Sophie no les digas nada comprometedor. Tienen una idea de la autoridad masculina muy confusa.

El pequeño Hugh y Sophie eran delicadas criaturas de ojos saltones y pelo suave y rizado. Se parecían al padre, eso estaba claro. Vincent encontró a Rachel y a los niños en el rincón del desayuno, una habitación amarilla con cristaleras que daban a la pista de tenis. El pequeño Hugh estaba pegándole con el puño a un bollito de pan y cantando solo. Sophie comía cereales de avena, pero la llegada de Vincent acaparó toda su atención: la niña siguió comiendo, pero la cuchara fue a parar cerca de su mejilla.

—Buenos días —dijo Vincent mientras se sentaba. Sophie se quedó mirándolo y lo saludó con la cuchara. Sobre el regazo de Vincent cayeron pegajosas gotas de gachas. El pequeño Hugh siguió cantando y aplanando su bollito con el puño.

—Dadle los buenos días al señor Cardworthy, niños —dijo Rachel.

—Tú no eres Artie —dijo Sophie.

—Es verdad. Soy Vincent.

—¿Qué es un Vincent? —preguntó Sophie.

—Vincent es un nombre de hombre —le explicó Vincent.

—¿Eres un hombre? —preguntó Sophie.

—Sí.

—¡Pues demuéstralo! —gritó Sophie. Se echó a reír violentamente. La cuchara se le cayó al suelo y aterrizó en el zapato de Vincent.

—Ya basta —dijo Rachel—. Ve a la cocina a buscar unas tostadas.

Sophie salió brincando hacia la cocina, pero el pequeño Hugh se acercó a inspeccionar. Se quedó al lado de Vincent y le apoyó la cabeza en la rodilla. Babeaba. Miró fijamente a los ojos de Vincent y luego se marchó dejándole en los pantalones dos manchurrónes mantecosos.

Rachel le tendió a Vincent un bollito y una taza de café.

—Últimamente es difícilísimo saber si están en fase oral o anal —dijo. Soltó un suspiro y bebió café. Mientras Vincent se terminaba el desayuno, Rachel llamó a los anfitriones de Vincent para pedirles indicaciones y luego lo despachó.

—Artie ha llamado mientras estabas en la ducha —le dijo Rachel—, así que más vale que te largues de aquí bien rápido. Espero que no hayas dejado ningún rastro. Niños, venid a despediros del señor Cardworthy, tan amable.

Vincent vivía en Nueva York desde hacía casi tres años. Durante dos y medio había trabajado en el Consejo de Planificación Urbana solucionando todo tipo de problemas. El Consejo, que no

dependía de ningún ayuntamiento, era un laboratorio de ideas de urbanismo. Vincent era el experto en basura: en su producción, en su eliminación, en sus riesgos y sus usos potenciales, en su conservación y en sus políticas. La basura, en el Consejo de Planificación Urbana, no se llamaba basura. Recibía el nombre de «materiales post-consumo no productivos». Como apagafuegos, Vincent viajaba muy a menudo para dar charlas sobre gestión de residuos en ayuntamientos, agencias gubernamentales y congresos. Su apartamento de Nueva York, por tanto, era bastante monástico, igual que el resto de su vida extralaboral. Buena parte de su escasísimo tiempo libre lo pasaba con Guido y con Holly, de cuya boda, hacía ya tres años, había sido padrino.

A raíz de la publicación de los dos últimos artículos de Vincent, el Consejo había decidido que era demasiado valioso como para andar recorriendo el país, así que las tareas de apagafuegos recayeron en uno de sus subordinados. Vincent se quedaría en Nueva York y, cuando se diera la ocasión, trabajaría para el gobierno.

Ahora que ya estaba más asentado, Vincent se había buscado un amorío, una aventura que no le daba nada, una aventura que no le procuraba ninguna felicidad y que tampoco tenía futuro. Se llamaba Winnie Minor y estaba casada con un corredor de bolsa llamado Henry al que ella se refería como «Sapo» o «el Sapo». Todos los amigos de Henry también lo llamaban así, le había dicho ella. Un buen día, Winnie había entrado tan tranquila al Consejo para asistir a un seminario sobre educación urbana. Winnie se dedicaba a evaluar el nivel de lectura de los alumnos del instituto Tift Memorial, famoso por su equipo de baloncesto y por su bajo nivel de lectura. Como la compilación de datos era algo que a Winnie se le resistía, Vincent, que tenía tiempo de sobra, se había ofrecido a ayudarla para diseñar un programa informático. Su encuentro había tenido lugar al amparo de la curva normal, decía Vincent.

Guido y Holly habían visto a Winnie una vez y los dos se habían quedado muy preocupados. Holly creía que, de todas las «aleladas ausentes de Vincent», como las llamaba ella, Winnie era la peor y Guido creyó ver en Winnie la viva imagen de algo terrible en la vida de su amigo. Winnie era miope, pero incluso con gafas, que se ponía muy a regañadientes, su cara estaba tan desprovista de expresión alguna que hasta la miopía parecía una afección más animada e interesante. La ropa que llevaba era como la que la Reina Madre se pondría para ir a pescar truchas: *tweed* y perlas.

Vincent no estaba enamorado de Winnie y tampoco la encontraba atractiva. Ella no estaba enamorada de Vincent y nunca parecía alegrarse de verlo. Con todo, los dos se embarcaban en lo que Winnie llamaba «sus momentos furtivos». Estos tenían lugar cuando el Sapo estaba de viaje de negocios o dedicaba la tarde a jugar al *squash*. La única señal positiva que Guido le veía al asunto era que a Vincent se lo veía infeliz, y en el optimista Vincent, la infelicidad era buena señal, pensaba Guido.

Y Vincent sí que era infeliz. El incidente con Rachel Montgomery lo había dejado auténticamente horrorizado: lo que él había tomado por una vida social absurda y despreocupada empezaba a convertirse en indicio de una cosa, y esa cosa lo tenía muy deprimido. ¿Estaría condenado a hacer el tonto toda la vida? ¿Sería su destino el de acabar eternamente liado con rubias casadas? ¿Tenía él algún trágico defecto? ¿Era su suerte producto de sus propios designios? Vincent empezó a rumiar sobre su comportamiento en materia amorosa; no estaba acostumbrado a esa forma de pensamiento, que le volvía su concepción del mundo patas arriba. Seguía viéndose con Winnie cuando la agenda del Sapo lo permitía, pero lo hacía con desazón. Cuando marcaba el

número de Winnie, apretaba los dientes, como si ella fuera una especie de penitencia. Luego celebró su cumpleaños con Holly y Guido. Tras esa noche cálida y feliz, al verse solo en su casa se sintió muy desgraciado. Holly y Guido tenían el apartamento que Vincent había imaginado para ellos: estaba en la décima planta de un edificio viejo y parecía una pequeña casa de campo francesa en el cielo. Holly le había preparado su plato favorito y Guido le había servido su vino favorito. Después de cenar, se habían sentado delante del primer fuego del otoño a comer manzanas y a beber brandy. Vincent quería quedarse allí para siempre. Cuando se marchó, lo hizo con la sensación de que la felicidad doméstica empujaba al hombre que estaba de más por la puerta y lo sacaba a las calles solitarias.

Un descubrimiento en el Consejo de Planificación Urbana lo había dejado todavía más apesadumbrado. Ahora que Vincent ya no viajaba, tenía tiempo de estudiar a sus colegas, y una mañana Vincent reparó en una chica que se llamaba Misty Berkowitz. La vio sentada en su despacho, encorvada sobre su anticuada calculadora y removiendo el café con una estilográfica. El pelo color ámbar le caía sobre los ojos y unas gafitas de montura dorada le resbalaban por la nariz. Desprendía aburrimiento y misantropía. Al verla, el corazón de Vincent pegó un brinco inesperado. Asomó la cabeza por el umbral de su puerta y le dio los buenos días muy alegremente. Misty Berkowitz levantó la cabeza.

—Lárgate y déjame en paz —gruñó.

Al cabo de un rato fue al despacho de Vincent a disculparse.

—Las mañanas son un infierno —le dijo. Cuando Vincent iba a ponerse a charlar con ella, Misty Berkowitz ya se había desvanecido.

Después de aquel intercambio, Vincent se descubrió buscándola, y solía encontrarla. La expresión habitual de Misty, observó él, era entre desdeñosa y malévola, aunque en una ocasión Vincent la pilló desprevenida: estaba mirando por la ventana de su despacho y no sabía que la observaban. En reposo, Vincent advirtió que era muy guapa. Nunca sonreía, eso Vincent ya lo había visto. De hecho, Misty daba la impresión de pasar la vida al borde del desgarró. Por la mañana entraba en su despacho como un vendaval, vestida con un abrigo de ante verde que arrojaba sobre la silla. Mientras trabajaba hablaba entre dientes, rompía lápices y los tiraba al suelo. Solía soltar unos tacos horribles. Cuando se dignaba a darle los buenos días a Vincent, lo hacía con un susurro hostil.

Husmeando por la oficina de personal, Vincent descubrió que Misty era de Chicago, que había estudiado en Chicago y que había hecho los estudios de posgrado en la Escuela de Altos Estudios de París. Su especialidad era la lingüística y el Consejo la había contratado para coordinar el Centro de Información sobre el Lenguaje Urbano, que estaba llevando a cabo un estudio sobre los efectos de la vida urbana en el español que hablaban los hispanos de Nueva York. Su fecha de nacimiento no salía en la ficha de personal sino en otra en la que él no podía fisgar. Vincent calculó que tendría veintimuchos. Como Misty lo intimidaba demasiado como para hablar con ella, él se guardó la información, que llevaba consigo como si de un arma secreta se tratara.

Entre tanto, sus momentos furtivos con Winnie continuaban, aunque eran menos frecuentes. Cuando tenían lugar, no se veían en el desnudo apartamento de Vincent, sino en el cine o en partidos de baloncesto. Él empezó a hacer las veces de canguro de Winnie, y si ella echaba en

falta el aspecto más físico de esos momentos furtivos, se lo calló.

A pesar de su optimismo, Vincent no era un tipo desenvuelto. Con las mujeres mostraba una timidez algo campechana, y solía planear sus acercamientos muy a conciencia, pero un día se sorprendió a sí mismo cuando, al pasar al lado del despacho de Misty Berkowitz, entró y le preguntó si quería comer con él. Ella le dijo que sí, y como Vincent no había tenido intención de proponerle nada, cuando ella aceptó él se vio sin un plan del que echar mano. Durante el almuerzo, lo disparatado de su acción se hizo patente.

—¿Por qué querías comer conmigo? —le dijo Misty.

—¿Necesito un motivo?

—Sí.

—Me parece muy atractiva. ¿Ese motivo basta?

—No —respondió Misty.

—Bueno, siento curiosidad por ti. ¿Mejor así?

—No.

—Oye —dijo Vincent—, ¿no conoces ninguna palabra de más de una sílaba?

—Sí.

—Entiendo. ¿Por qué no puedo llevarte a comer y ya está?

—Las acciones nunca son casuales —dijo Misty—. Las personas tienen motivos para hacer lo que hacen. Además, si lo que querías era una chica atractiva, ¿por qué no bajabas al departamento de relaciones públicas? Eso está lleno de especímenes atractivos.

—No quiero a ninguno de esos especímenes atractivos. —Vincent hizo una pausa—. Te quiero a ti.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer cuando me consigas?

—Llevarte a comer —dijo Vincent.

—¿De verdad? Bueno, pues que me lleven a comer es algo que yo no me permito.

—¿Es un gesto militante?

—No —respondió Misty—. Yo no soy una chica de esas. No soporto eso tan maravilloso de hacer vida social. Me parece estúpido y repugnante.

—Entiendo. No eres muy simpática, ¿no?

—No.

Al día siguiente, Vincent decidió intentarlo de nuevo.

—¿Sopesarías la posibilidad de volver a comer conmigo? —le preguntó—. Vamos a medias, por supuesto.

—Muy bien.

—¿Estás segura?

—Si digo que estoy segura, estoy segura —respondió Misty.

Esa otra ocasión fue bastante más cordial. Durante el almuerzo, Vincent se enteró de que Misty

sabía hablar francés, ruso y alemán, y leía arameo. También había estudiado portugués y xhosa.

—¿Eso qué es? —le preguntó Vincent.

—Lo aprendí en una asignatura de lingüística. Cuando tenga bastante dinero para salir de este agujero, voy a ir donde se habla, a hablarlo.

—¿Dónde se habla?

—En África —dijo Misty.

—Y dime, ¿Misty es tu nombre, el de verdad, o el diminutivo de algo? —En su ficha de personal solo había consignado sus iniciales: A. E. Berkowitz.

—Es el auténtico —dijo Misty.

—¿Cómo te pusieron un nombre así?

—Porque mi madre es imbécil —contestó Misty con un gruñido.

—¿Y por qué te dan tanto asco tus compañeros de trabajo?

—Míralos. Es que son repugnantes. Limpísimos. Educadísimos. Tan a gusto consigo mismos. Tan bien alimentados. Los ricos me dan asco.

Al final del día, Vincent coincidió a solas con Misty en el ascensor. A esas alturas estaba algo aterrado: ¿sería él repugnante, limpio y educado? ¿Estaría a gusto consigo mismo y bien alimentado? ¿También él le daba asco?

Salieron del edificio juntos, y como hacía un día de otoño fresco y soleado, siguieron caminando. Vincent se preguntó si a ella le importaría que él la acompañara, pero pensó que si se lo preguntaba ella le pediría que se largara. Pero no se lo pidió. Lo cierto es que Misty estaba casi agradable, o lo que es lo mismo, no lo había atacado desde el primer instante, y a Vincent se le pasó por la cabeza que tal vez pudieran ser amigos. Él nunca había tenido una amiga. El trato entre los dos no había sido precisamente amistoso, era evidente, pero Vincent nunca había salido a almorzar con alguien como Misty o con nadie que se le pareciera.

Misty vivía en una calle flanqueada de árboles cerca del Museo de Historia Natural. Estaba claro que no iba a invitarlo a que pasara. Lo que hicieron fue quedarse al lado de las escaleras de entrada al edificio para proseguir su conversación sobre las realidades de la estadística. La acompañó a la puerta. Ella lo miró a los ojos y sonrió. Aquello era más mueca que sonrisa, pero le iluminó la cara.

—Eres un poco merluzo, ¿sabes? —le dijo Misty—. Pero eres listísimo.

Vincent notó que un impulso incontenible le serpenteaba columna arriba. Cogió a Misty Berkowitz de los hombros y la besó en la boca. Luego, horrorizado por lo que había hecho, masculló una excusa y echó a correr por la calle.

Esa noche era una de las que el Sapo pasaba fuera, y Vincent se había comprometido a hacerle compañía a Winnie. Para no tener que hablar con ella, la llevó a un partido de baloncesto, pero ella se empeñaba en que se lo explicara todo. Vincent se perdió unos minutos de una defensa brillantísima explicándole a Winnie qué era la falta sin balón, la regla de los veinticuatro segundos, el bloqueo ilegal y la presión en todo el campo. Aquello lo ayudó a dejar de pensar en el tacto de los labios de Misty Berkowitz y en el olor limpio y dulce de su pelo. Durante el crucial

último minuto del partido, Winnie le dio un golpecito en el hombro.

—¿Cuál equipo es cuál? —le preguntó al oído. Vincent se lo explicó.

—¿Y entonces cómo es que cada uno persigue a un tipo distinto? El cuatro perseguía al diecinueve, pero ahora va detrás del veintiuno, y al diecinueve lo persigue ese del siete.

—Eso es un cambio —dijo Vincent—. Y ahora cállate, por favor. Quedan seis segundos de partido.

Sonó el bocinazo. El partido había terminado. Vincent cogió a Winnie del brazo y, por la tribuna descubierta, la llevó hasta las escaleras mecánicas. Allí, ante sus ojos, apareció Misty Berkowitz del brazo de un hombre alto y flaco. Se reía. Estaba muy guapa, él nunca la había visto tan guapa. Entonces ella lo sorprendió. Durante unos instantes sus miradas se cruzaron. La de ella era una mezcla de burla y desdén. Luego Misty y su acompañante desaparecieron entre la multitud por las escaleras mecánicas.

Al día siguiente, viernes, Vincent estaba fuera de sí. Se quedó agazapado en su despacho, temeroso de recibir esa mirada de puro odio. Había triunfado en su objetivo de esconderse, pero a la hora de comer la cabeza le hervía y se escabulló hasta el vestíbulo para ir en busca del consuelo de Guido. Cuando pasó por el despacho de Misty, lo vio vacío.

Guido no estaba de humor para consolarlo. Él tenía sus propios problemas, todos tenían que ver con la Fundación Carta Magna.

Durante su primer año en la fundación, Guido había estado a las órdenes de su tío Giancarlo, quien lo había puesto al tanto de cómo iba todo. Ya llevaba dos años trabajando solo y la fundación daba muestras de vitalidad y energías renovadas: los proyectos que financiaban eran cada vez más nobles y encomiables. Al decir de las revistas de arte, la Fundación Carta Magna estaba transformando el paisaje cultural. Guido había creído que aquello era una referencia a su interés por el embellecimiento del espacio público, aunque en la fundación seguían manteniendo la costumbre de financiar al típico artista solitario, como los llamaba el tío Giancarlo. La fundación concedía ayudas y subvenciones a muralistas, para que pintaran sus obras en edificios y escuelas de la ciudad, a iglesias interesadas en la restauración de sus gárgolas, a canteros que querían decorar las fachadas de edificios antiguos, a arquitectos que restauraban los antiguos locales de reunión de la Orden de los Protectores de la Agricultura, a asociaciones para la conservación de los monumentos históricos, a escultores que querían levantar cajas cromadas ante las sedes de grandes empresas, y a otros artistas más tradicionales que immortalizaban al héroe local en monumentales estatuas de bronce. Además, también destinaban fondos para novelistas, poetas, pintores, tejedores de tapices y alfareros. Guido estaba al cuidado de todo menos de los asuntos de dinero, controlados por un consejo de administración cuya presidencia simbólica recaía en Guido. El resto de la junta lo integraban banqueros e inversores que sí sabían de sumas y restas. *Runnymede*, la revista de la fundación, había nacido como un folletito en papel cuché dirigido a los patronos de la fundación. El tío Giancarlo quería transformarla en una publicación que generara ingresos, pero no lo había conseguido. Con Guido al frente, la revista floreció. La vendían a estudiantes, librerías, bibliotecas y museos. También podía encontrarse en los vestíbulos de los hoteles más elegantes, y, según descubrió Guido, era una de las preferidas en los despachos de los rectores de universidad, los dentistas caros y los cardiólogos.

Guido no solo se había hecho cargo de la administración de *Runnymede* y de la fundación, sino que también había heredado a una joven inglesa, una belleza de porcelana que había sido la secretaria del tío Giancarlo. Se llamaba Jane Motherwell. Cómo había sido el tío Giancarlo capaz de soportarla era algo que Guido no alcanzaba a imaginar. Jane le derramaba el café en las cartas, tenía una capacidad de concentración que no superaba los diez minutos, y cuando estaba sola en el despacho, buena parte del tiempo lo dedicaba a limarse las uñas o a salir a cortarse el pelo. Si no había salido, se quedaba haciendo un sinfín de llamadas telefónicas personales durante las cuales se negaba a responder el intercomunicador. Además, era muy arisca. Guido le transmitió el problema a Giancarlo, quien le explicó que había contratado a Jane Motherwell para reemplazar a la vieja señora Trout, su mano derecha durante muchos años. La señora Trout se había jubilado a los sesenta y cinco y el tío Giancarlo, que había decidido retirarse a los setenta, había contratado a Jane. «A mi edad —le había dicho el tío Giancarlo—, la belleza importa mucho más que la eficacia».

El día en que Vincent se presentó en la fundación con el ánimo por los suelos, Jane acababa de dejar el trabajo y de endosarle a Guido un teléfono que sonaba sin que nadie lo contestase, un montón de cartas sin abrir y un cuaderno lleno de la correspondencia que llevaba dictándole a Jane desde hacía semanas. Estaba escrito en taquigrafía. Guido era incapaz de descifrarlo. Guido estaba reventado. Se daba cuenta de que se había acostumbrado a Jane como uno se acostumbra a las punzadas de un dolor constante, y el alivio que sentía en ese momento lo tenía muy confundido.

—Estoy en un buen lío —dijo Vincent.

—Oye, ¿crees que podrías descifrar cómo funciona el contestador? —le preguntó Guido—. ¿Qué ha pasado? ¿El Sapo se ha enterado de lo tuyo con Winnie y quiere liquidarte con la raqueta de *squash*?

—No es Winnie —dijo Vincent enredando con la máquina—. No voy a quedar más con ella. Se lo dije anoche. A ella le dio igual. Oye, Guido, esta máquina parece medio al revés. Tienes que apretar el botón que dice *REPLAY*, luego el *START* y luego el *RECORD*. No, no es así. Ahora he borrado toda la cinta. Lo siento. Pero si aprietas el botón de *START* primero, rebobina hasta el principio. ¿De dónde la has sacado?

—Tírala. El tío Giancarlo la compró de saldo hace un millón de años. Y si tu problema no es Winnie, ¿qué pasa entonces?

—Estoy teniendo un comportamiento extraño —dijo Vincent—. Ayer besé a una chica.

—Eso lo haces siempre —dijo Guido—. No tiene nada de extraño. ¡Por el amor de Dios! Haz el favor de mirar este cuaderno de Jane. Tres semanas de cartas sin pasar a máquina. Tú no sabes taquigrafía, ¿verdad?

—No me había propuesto darle un beso a esa chica en particular. Era lo último que se me habría pasado por la cabeza. Y ahora me siento fatal. Anoche llevé a Winnie al partido de baloncesto y la chica a la que había besado estaba en el estadio con un tipo y me miró como si me odiara. Claro que ella suele mirar así.

—¿Quién es la chica? —preguntó Guido.

—Trabaja en el Consejo. Es lingüista y me trata fatal.

—Ya es todo un avance. La mayor parte de las otras parecían incapaces de acción humana alguna.

—Las acciones de esta chica son humanísimas —dijo Vincent—. Se llama Misty Berkowitz y

lo odia todo.

—¿Misty?

—¿Te parece mala señal? Dice que es su auténtico nombre y que se lo pusieron porque su madre es imbécil, pero no se llama así de verdad. Sus iniciales son A. E.

—Todavía no veo cuál es tu problema —dijo Guido.

—La acompañé a casa andando —respondió Vincent—. Y luego la besé. Y luego va y me la encuentro cuando voy con Winnie del brazo. Ella estaba con alguien. Se reían. Estarían riéndose de mí.

Guido estaba a punto de acusar a Vincent de inmaduro, pero se contuvo. Nunca lo había visto tan afectado. Las mujeres lo molestaban o lo enfurecían o le provocaban remordimientos, pero nunca había visto a Vincent nervioso por una chica. El faldón de la camisa le asomaba bajo la chaqueta; la corbata, con el nudo flojo, le colgaba torcida; tenía el pelo como si llevara toda la mañana peinándose con los dedos. Ante aquella situación, Guido se sintió viejo y sabio. Tenía la impresión de que a Vincent iban a romperle, por fin, el corazón, y que impedirlo sería de mal amigo. Vincent necesitaba que alguien le rompiera el corazón: una experiencia con una mala chica le enseñaría un par de cosas que sus incursiones en la vacuidad nunca le habían dado. Un corazón roto, pensaba Guido, no era lo peor que podía pasarle a un hombre inteligente que en materia de amor siempre tomaba decisiones estúpidas. Y, además, Guido creía que Vincent nunca había estado enamorado. Ahora presentaba todos los síntomas: nerviosísimo, comportamiento extraño, besos inesperados y melancolía.

—¿Por qué no lo averiguas? —le dijo a Guido con delicadeza.

—¿Averiguar qué?

—Si se reía de ti.

—¿Crees que debería hacerlo? —preguntó Vincent—. Quizá sí. Qué buena idea. Eso es lo que voy a hacer. Muy bien. Me largo. —Y salió del despacho. Guido se sentía como el padre que deja que su hijo se aventure solo en el mundo por primera vez.

Vincent estaba sentado en su despacho, cada vez más descorazonado. Había visto a Misty con el rabillo del ojo y lo que le había parecido una buena idea pintaba ahora difícil y arriesgado. La idea de ser un hombre dado a la reflexión le atraía. En su lugar, Guido se habría quedado dándole vueltas al asunto todo el día, pero ese no era el estilo de Vincent, ¿acaso no era él un hombre de acción? Cogió el auricular y luego volvió a colgar el teléfono. ¿Qué iba a decir?

—Misty, quiero que vengas a tomarte una copa conmigo —dijo en voz alta. Carraspeó y luego repitió la frase mirando tímidamente a su alrededor por si alguien, pasando cerca de su despacho, lo había oído.

Descolgó el teléfono y marcó el número del despacho de Misty.

—Misty. Soy Vincent. Vincent Cardworthy. Quiero que vengas a tomarte una copa conmigo. A la salida del trabajo, quiero decir. Si no tienes otro compromiso, claro.

—No bebo —dijo Misty.

—Bueno, sal a tomarte un vaso de leche.

—No bebo leche.

—Entiendo —dijo Vincent—. En fin, ¿tienes otros planes?

—No.

—¿Significa eso que saldrás a tomar algo conmigo?

—No.

La cabeza de Vincent reposaba en su mano, pesada. No se había sentido tan desgraciado en su vida.

—¿Y qué me dices de una cena? —preguntó Vincent.

—Que sí —respondió Misty.

—No lo entiendo —dijo Vincent. El alivio inundó sus músculos como si fuera morfina—. ¿Cómo es que quieres cenar conmigo si no saldrías a tomar una copa?

—No bebo —dijo Misty—. Y odio los bares.

Estaban sentados a la mesa de un restaurante que quedaba a la vuelta de la esquina del apartamento de Misty. Ella examinaba el mantel y Vincent miraba fijamente su whisky. Las únicas palabras que habían pronunciado tanto el uno como el otro las habían dirigido a la camarera que les había tomado nota. Vincent creía que aquel silencio era buena señal, no sabía muy bien de qué. Una de las cosas que Misty le había dicho era que odiaba las conversaciones triviales. Eso le ponía las cosas un poco difíciles a Vincent, acostumbrado a mantener esa clase de charlas con las mujeres. Decidió dar el primer paso diciendo lo primero que le pasara por la cabeza.

—Siento haberte molestado —dijo.

—¿Molestado? ¿A mí? —dijo Misty.

—Por haberte llamado por el intercomunicador y todo.

—¿Qué todo? ¿De qué molestias estás hablando?

Vincent inspiró profundamente.

—Era una frase hecha —dijo.

—Odio las frases hechas —repuso Misty muy tranquila.

Vincent volvió a inspirar profundamente y continuó.

—Lo que quería decir es que siento cómo te besé ayer, así, de esa manera.

Misty levantó la mirada del mantel. Por sus labios cruzó la sombra levísima de una sonrisa.

—¿De verdad que era eso lo que querías decir?

—Eso pensaba yo.

—Vuelve a pensarlo —le dijo Misty. La sombra se había convertido en una auténtica sonrisa, una sonrisa que incluso parecía cálida. Era, por supuesto, una señal excelente—. ¿Te empeñaste en que fuera a cenar contigo para decirme que no querías besarme, es eso? —Sonreía.

—Lo siento. Lo dije por decir algo.

—¿Decir algo sobre besar? —preguntó Misty—. Muy interesante.

—Lo que quiero decir es que quería besarte pero no tenía intención de hacerlo.

—Bueno, eso lo aclara todo, sin duda. Tú y yo tenemos ideas muy distintas sobre las intenciones y sobre los besos.

—Que no puedes ir por el mundo besando a la gente, quiero decir —explicó Vincent.

—Tú sí que pudiste —dijo Misty. Lo miró con aire pensativo—. ¿Sabes qué?

—Y, además —interrumpió Vincent—, quiero saber si el tipo con el que te vi anoche... Bueno, me preguntaba quién sería.

—¿Te lo preguntabas? —dijo Misty—. ¿Sabes cuál es tu problema? Que eres inteligente, pero la inteligencia la aplicas mal. Primero me besas. Luego me dices que no querías besarme. Luego me ves mientras llevas a una miope colgada del brazo y luego quieres saber quién es el tipo con el que me viste. ¡No me digas!

El alivio abandonó a Vincent de repente. Qué error tan mayúsculo había sido su vida. Misty parecía muy serena y tranquila, en su cara no se apreciaba ninguna expresión en particular. ¿Sería buena señal que hubiera advertido la miopía de Winnie o aquello no sería más que otro detalle que estaría usando de munición? Su serenidad no podía ser más intimidante. Como no se le ocurría otra cosa, Vincent decidió seguir haciendo el tonto, como de costumbre.

—La chica con la que me viste es una amiga sin la mayor importancia —dijo Vincent—. O lo era, mejor dicho.

—¿Lo de «amiga sin la mayor importancia» también es una frase hecha?

—Me acostaba con ella —dijo Vincent—. Sin motivo alguno.

—Tus repugnantes costumbres sociales no me interesan —dijo Misty.

—Está casada con un tipo que se llama Sapo.

Una inmensa sonrisa iluminó la cara de Misty.

—Sapo —dijo—. Qué adorable. ¿A qué se debe esa manía que tenéis los de clase alta de poner nombres de reptil?

—De anfibio —dijo Vincent—. A ver, ¿quién era ese tipo?

—No tengo ninguna obligación de contarte nada.

—Yo te lo he dicho. No es justo.

—¿No? —dijo Misty—. Bueno, pues ahí va una revelación: en este mundo no hay que ser justo.

—Te pago para que me lo digas —dijo Vincent. Cogió la billetera de la chaqueta.

—Dios. Estás fatal. Bueno, muy bien. El tipo era mi primo Stanley, que tiene diecinueve años.

Se quedaron callados. Una camarera le trajo unos espaguetis a cada uno. Vincent no tenía apetito, pero Misty atacó su plato.

—Tendrías que comerte la cena antes de que se enfríe —le dijo Misty.

—Ya voy —dijo Vincent, pero no cogió el tenedor. Tenía la sensación de que los tópicos sobre la confusión se los habían inventado todos para él. Navegaba en un mar de dudas. Iba a la deriva, había perdido el norte.

Misty comía con mucha delicadeza, enrollando hábilmente los espaguetis en el tenedor. Cuando levantó la copa, Vincent advirtió que el color ambarino de su pelo era el mismo que el del vino. Tenía los ojos de color castaño claro. A la luz de las velas, reparó él, su piel se veía color albaricoque. Tenía las manos pequeñas y delicadas, y uñas pálidas y ovaladas. Su única joya era un reloj de oro muy sencillo.

—Tu problema —dijo Misty— es que te empeñas muchísimo en ser educado y hacer siempre lo correcto.

Vincent se quedó mirando sus espaguetis fríos sin decir nada.

—Si no fueras tan educado, no tendrías que haber llegado al extremo de invitarme a cenar para disculparte por tu errático comportamiento.

Vincent levantó los ojos. Misty sonreía.

—Tendrías que ser más como yo —dijo ella.

—¿Ah, sí? ¿En qué sentido?

—Yo soy el azote de Dios.

Vincent permanecía inmóvil escuchando los latidos de su corazón. Misty volvía a sonreír, y aquella sonrisa le descubrió a Vincent que su comportamiento no era ni de lejos errático: estaba enamorado.

—Estaba preocupado por lo de ayer —le dijo a Misty.

—Para preocuparte tendrías que haberme besado mucho más.

El nombre de pila de Misty Berkowitz era Amelia Elizabeth, se lo habían puesto por su abuela y su bisabuela, pero el nombre por el que de pequeño la llamaba su primo, con su pronunciación incorrecta, era el que había acabado pegando. Misty se tomaba el asunto de sus nombres muy estoicamente. Ni Misty ni Amelia hacían ya que se muriera de vergüenza. Pensaba que todas las chicas deberían llamarse Mary, pero como ese no era su nombre tendría que aguantarse, aunque el hecho de que su carácter no tuviera nada de nebuloso le procuraba un placer macabro e irónico.

Tras dos años en la Escuela de Altos Estudios, había regresado con un buen dominio del francés, un baúl repleto de libros, un abrigo de ante verde y el corazón roto. Ese corazón roto se lo debía a un niño de la embajada que atendía al nombre de John Bride y organizaba sesiones de cine americano en la orilla izquierda, donde pasaba películas de segunda, todas policíacas y de vaqueros. Durante uno de sus ataques de añoranza, Misty rompió su promesa de no ver películas en inglés mientras estuviera en Francia: un gélido día de invierno entró en Le Cinéma Américain para ver *Rush Street Episode*, una película ambientada en Chicago. No había nadie en la sala. Misty pasó toda la película llorando y al final se dio cuenta de que tenía a alguien sentado a su lado. Ese alguien era John Bride.

Misty había tenido dos relaciones. Ninguna había resultado satisfactoria, y las dos la habían dejado con la idea de que, en términos generales, no era demasiado atractiva; que solo los hombres raros e intensos podrían llegar a enamorarse de ella. Jon Bride era de los que nunca llegaron a enamorarse. Él no era ni raro ni intenso. Era el típico hombre al que verías paseando por la calle con una modelo colgada del brazo. Era alto y distante y tenía una de esas bocas en las que las mujeres con más experiencia reconocen a un hedonista que no acostumbra a besar demasiado. Era muy hábil. Le dio a Misty un pañuelo y le dijo:

—Apuesto a que eres americana, de Chicago. Nadie más saldría un día como este a ver una película tan mala y terminaría llorando.

Misty era lo bastante joven como para quedar deslumbrada. Se sintió comprendida de inmediato. Le cogió el pañuelo y se secó los ojos.

—¿Qué me dices de una taza de auténtico café americano? —le dijo John Bride.

Bajo un viento helador, la llevó a tomar un café y comer una hamburguesa a un bar restaurante americano, donde esbozó una sonrisa fría mientras ella se desnudaba ante él. Sabía qué preguntas hacerle, y es probable que también supiera qué respuestas iba a recibir. De haber sido mayor, Misty habría reconocido los mecanismos de esa forma de ataque despiadado, pero no supo verlos. Nunca había conocido a un donjuán. Al día siguiente, él pasó a recogerla por su casa y la llevó al

museo de Cluny y a cenar. Siguieron varias cenas. Una noche la llevó a tomar una copa, y mientras se la tomaban se dio cuenta de que a Misty le temblaban las rodillas.

—Te noto tiritar debajo de la mesa. ¿Crees que deberías acompañarme a mi casa?

A Misty se le ocurrió que una aventura era exactamente lo que necesitaba. Su vida social en París consistía en larguísimas conversaciones muy serias con jóvenes economistas y estudiantes de lingüística, y en cenas caras con jóvenes americanos que pasaban seis meses trabajando en la Société Générale. Era como si John Bride hubiera radiografiado sus deseos. Lo acompañó a su casa. Por aquel entonces Misty no sabía distinguir muy bien entre el amor, el deseo, la confusión y la nostalgia, y en la mezcla de todo aquello creyó ver amor del verdadero. Así las cosas, aunque aquella unión entre los dos no fue para tanto, a ella la transformó. Le permitió conocer algo para lo que, ahora lo sabía, ya era demasiado mayor: esa privación emocional tan característica de un amor imposible.

Las mujeres nunca dejaban a John Bride; él las dejaba a ellas. Y al dejarlas estaban mejor que cuando las había encontrado; a fin de cuentas, habían podido disfrutar de la experiencia de su compañía. Él no era alguien a quien se pudiera poseer, les explicaba. Las relaciones no le interesaban. Lo que él buscaba eran experiencias.

Misty siempre había sabido que no atraía a todo el mundo. El hombre del montón no quería a alguien extravagante como ella. Sus amigos habían sido siempre muy precoces; las tardes de su infancia las había pasado en el Museo de la Ciencia y la Industria, y las de su adolescencia, donde la orquesta sinfónica. Con los chicos que se habían enamorado de ella en la universidad había mantenido largas conversaciones sobre el marxismo, sobre el sistema de notación de Freud y sobre los «nuevos filósofos». John Bride encarnaba al hombre normal, lo que significaba que era guapo y se sentía cómodo en compañía de las mujeres. Con Misty no mantenía largas conversaciones sobre nada: la besaba en los callejones, la llevaba a bailar, le decía que le parecía preciosa... y hasta la persona más inteligente del mundo se vuelve loca al oír algo así. John Bride representaba a todos aquellos hombres que quedaban fuera del alcance de Misty. Y aunque de pronto se había visto con uno a su lado, la cosa no había durado mucho.

Esa relación le había provocado a Misty un dolor breve e intenso. Y cuando el dolor pasó, Misty tuvo una revelación. Con John Bride había aprendido que los anhelos constituían un pasatiempo que exigía mucho tiempo y que no eran particularmente útiles. Había aprendido que incluso un hombre que no fuera ni intenso ni miope, un hombre que no tuviera miedo de bailar o que no quisiera besarla en público, podría encontrarla atractiva. Había aprendido que, si quería, podía coquetear. Y el beneficio más duradero de aquella relación había sido una visita a una peluquería de la orilla derecha donde le hicieron un corte perfecto. Se lo había hecho por John Bride.

Pero su convicción de ser un caso aparte había quedado confirmada: solo otro caso aparte podría amarla de verdad, y como los casos aparte no abundaban y Misty no era de las que hacían concesiones, vio claro que lo más probable era que acabara flotando por la vida sola. Los John Brides de este mundo no eran para ella.

La personalidad de Misty era una creación hecha muy a conciencia. Ella no se veía muy distinta a una de esas conchas tan elaboradas que no son sino la caja que protege a un animal muy tierno.

Cuando de la propia personalidad se trataba, Misty no le veía el sentido —ni la gracia— a caer en la falacia imitativa, sobre todo cuando esa personalidad que alojabas se conmovía ante cualquier escena de bondad humana. Y como dejar que el mundo entero supiera con cuánta facilidad se conmovía no le parecía muy prudente, se guardó el secreto. Ni siquiera John Bride, que se comportaba como un ser de otro planeta que hubiera bajado a la Tierra para divertirse con sus criaturas, llegó a intuir lo profundos que eran los sentimientos de Misty.

En París sintió que su niñez había llegado a su fin. Regresaba a Estados Unidos más segura de sí misma. Un golpe dado por un hombre indigno pero bellissimo no era lo peor que podía pasarle a una mujer de principios: propiciaba el descubrimiento de las propias debilidades, enseñaba qué era el estilo, limaba aristas.

De regreso a Nueva York, Misty no tenía intención de enamorarse de nadie. A ella nunca le había interesado lo que se entiende por vida social. No quería ni invitaciones a cenar ni pretendientes. Ella buscaba absolutos como la pasión o el honor, todo lo demás le parecía tibio e intrascendente.

Vincent Cardworthy, sin embargo, era otro caso aparte: torpón, inofensivo, de esos hombres que sobre las emociones saben tanto como un bebé sobre la física del plasma. Su simpleza despertaba ternura, y parecía de los que quieren que las mujeres jueguen con ellos. Debía de tenerlo todo muy fácil, pensó Misty. Y no veía razón alguna para ponérselo fácil ella también. Que Misty pensara en él a menudo y que las pecas de sus mejillas, su cara rubicunda y sus ardientes ojos azules le parecieran cautivadores era asunto suyo y de nadie más.

El Consejo de Planificación Urbana lo había fundado Hubert McKay, el célebre urbanista y pionero de la planificación urbana, como centro para la reflexión, el trabajo y la intervención sobre la ciudad y sus problemas. Cada año, sus miembros publicaban libros, estudios y monografías, y los empleados podían ser transferidos temporalmente al gobierno federal, a gobiernos estatales y locales, y a países en vías de desarrollo.

El director del Consejo era Denton, el hijo de Hubert McKay, un elegante ejemplar de cuarenta y cuatro años que llevaba chaquetas inglesas y botas. Tenía el pelo castaño y encrespado, unos ojos azules, grandes como platos y de mirada ausente, muy admirados por el personal femenino de la institución, y un despacho lleno de cañas de pescar, bonsáis y fotografías de sus hijos. Además, tenía un revés magnífico, utilísimo para engatusar a funcionarios del gobierno y a filántropos con vocación de servicio público y sacarles un buen fajo de billetes para el Consejo. Denton había contratado a Misty para que se uniera a los empleados más jóvenes y la había puesto a trabajar en una de las plantas de abajo. Ahora, como miembro más joven de los empleados de categoría superior, la habían trasladado a la undécima planta, donde había llamado la atención de Denton McKay. Cuando Misty no llevaba ni una semana allí arriba, un buen día, Denton McKay entró en su despacho como si tal cosa, se sentó en la esquina de su escritorio y le cogió un cigarrillo. Lo encendió y echó una voluta de humo azul.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó.

—Me llamo...

—Tu nombre ya lo sé. Creo. ¿Quién te ha contratado?

—Usted —respondió Misty.

—¿Ah, sí? Vaya por Dios, no me acordaba. ¿Y para qué te he contratado?

—Empecé en el estudio sobre el lenguaje de la política y ahora estoy en el proyecto sobre los cambios que está sufriendo el habla de los hispanos... —respondió Misty.

—Muy bien, muy bien. ¿Ese qué proyecto es?

—Es el del efecto de los patrones lingüísticos presentes en los...

—Sí, sí —dijo McKay—. Bueno, ¿y esto te gusta? Eres nueva, ¿no?

—Llegué hace casi un año.

—Eso. Bueno, pues cuando te hayas hecho a esto ven a decirme qué te parece. Me gusta que el personal me tenga al día.

Al cabo de cuatro semanas, McKay volvió. Cogió un cigarrillo y dijo:

—Bueno, veamos. Estás trabajando en el proyecto sobre el transporte, ¿me equivoco?

—Se equivoca —dijo Misty.

—Bien, veamos. En el de optimización del puerto.

—Vuelve a equivocarse.

—Otro intento. En el microestudio sobre la clase media alta y su postura sobre el transporte colectivo.

—No —respondió Misty.

—¿No? ¿En qué estás, entonces?

—En el proyecto sobre el habla de los hispanos.

—Eso. Eso. ¿Y esto te gusta? Llevas aquí un par de semanas, ¿no?

—No.

—Sí —dijo McKay. Esbozó una sonrisa distraída y se marchó.

Misty no tardó en deducir que Denton McKay jugaba a la ruleta con los despachos. Nunca sabía dónde iba a aterrizar. Deambulaba por los pasillos y entraba en el primer despacho que le llamara la atención, aunque nunca sabía muy bien quién lo ocupaba. Y siempre tenía un montón de planes en la cabeza. Un día se sentó en la mesa de Misty, la miró dando ligeras muestras de haberla reconocido, y le dijo:

—Acabo de volver de Washington, de una conferencia muy importante sobre la rotación en el trabajo. Una idea magnífica. ¿Qué te parece? Creo que convendría que los de publicidad se implicaran más en la actividad del Consejo. Que asistan a las reuniones de planificación. Enseñarles a programar y cosas así. Que los investigadores bajen a la planta de los de relaciones públicas para que todo el personal pueda entender qué nos traemos entre manos. Creo que los de mensajería también tendrían que subir. Creo que tendrían que saber qué están enviando. ¿Qué te parece?

Misty se quedó callada.

—Soy un gran defensor de la rotación laboral. Que también suban los de recepción. ¿No te parece una idea genial?

—Me parece la peor idea que he oído jamás. O casi.

—Vaya por Dios —dijo McKay.

Parecía alicaído. Cogió otro cigarrillo, que se guardó detrás de la oreja, y salió del despacho. Misty estaba convencida de que todavía no era capaz de ponerle nombre. Cuando la veía por los pasillos, la llamaba, con aire distraído, «joven», la expresión cariñosa con la que también se

dirigía a sus niños y a los colegas a quienes no lograba identificar.

A Denton McKay le gustaban los planes y le gustaba cambiarlos. Convocaba reuniones de personal que luego cancelaba. Había hecho llegar un memorándum a cada uno de sus empleados para pedirles que detallaran el proyecto en el que estaban trabajando, pero aquella iniciativa para la mejora del funcionamiento de la empresa no había despegado. Buena parte de su tiempo parecía dedicarlo a gorronearles cigarrillos a personas cuyos ingresos anuales apenas alcanzaban una quinta parte de los suyos, lo que le procuraba un mínimo contacto con sus empleados.

El segundo de Denton McKay era Roy Borden, un hombre pálido que llevaba gafas de montura rosada y que tenía en el despacho fotografías de los golden retriever que criaba su mujer. Buena parte de las sonoras risas que se echaban Roy Borden y Denton McKay ocultaban un odio esencial, y el personal se resentía mucho de aquella animadversión. Cuando Roy Borden daba una orden, Denton McKay la revocaba, y los proyectos que Borden aprobaba debían esperar la firma de McKay. Los empleados solo le prestaban atención al asunto cuando entorpecía su trabajo, entonces no les quedaba más remedio que acudir a McKay, reacción que a Roy Borden no le pasaba desapercibida y le sentaba muy mal. Los empleados que tomaban partido se dividían entre el Bando de Borden y el Bando de MacKay. Misty, que se quedaba trabajando en su despacho, no pertenecía ni a un bando ni al otro. En realidad, no supo de su existencia hasta la semana a la que los empleados del Consejo acabaron refiriéndose como «el sitio».

Portazos, reuniones convocadas a toda prisa, jefes de departamento sentados en salas bebiendo café frío y esperando a que Denton McKay o Roy Borden hicieran acto de presencia: andar por los despachos era como entrar en un campo minado, pero nadie sabía a qué obedecía esa tensión.

Una mañana, Misty se aventuró a salir al pasillo para averiguar qué pasaba. La única persona a la que se le ocurría preguntarle era Maria Teresa Warner, cuyo cargo era el de «coordinadora». Todos los proyectos del Consejo pasaban por sus manos. Misty nunca había mantenido una auténtica conversación con ella, pero sí habían charlado un poco en el pasillo. Cada una le había tomado las medidas a la otra, y aunque ninguna había dado un solo paso hacia la amistad, se habían aprobado tácitamente.

Misty se plantó delante de la puerta de Maria Teresa. Maria Teresa estaba al teléfono. Tenía el pelo corto como un casquete y de color castaño oscuro, unos grandes ojos castaños, y cuando sonreía dejaba a la vista un hueco entre los dos incisivos que a Misty le daba mucha envidia. Tenía una voz grave y modulada. Cuando hablaba por teléfono, tratar de escucharla a escondidas era imposible: la modulación se convertía en murmullo. Levantó la cabeza y le indicó por señas a Misty que entrara. Luego colgó.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Misty.

—No grites —dijo Maria Teresa—. Siéntate y habla en voz baja.

—Muy bien. ¿Qué está pasando aquí?

—La típica lucha de poder. Roy está presionando a Denton y Denton está fuera de sí, aunque tampoco es que suela estar muy centrado, claro. Es todo tan estúpido y complicado que ya ni me acuerdo de cuál es el problema. ¿Y qué más da? Este Consejo se mueve a golpe de capricho.

—¿Qué quiere Roy?

—Roy quiere el puesto de Denton, según parece.

—¿Para tener el puesto de Denton no hay que ser hijo del padre de Denton?

—Roy no lo ve así —dijo Maria Teresa.

—¿Y cómo es que Denton no despide a Roy?

—Denton lo contrató. Nadie lo quería, pero él se empeñó.

—No lo entiendo —dijo Misty—. Pensaba que los jefes de departamento eran asesores.

—¿En qué planeta vives? Aquí la sartén por el mango la tiene Denton, y bien que se asegura de que todo el mundo lo sepa. No le gusta que nos sintamos seguros aquí, puede que tú ni te hayas dado cuenta. Tiene a todos temblando de miedo. Una vez me dijo que la seguridad entorpecía el trabajo creativo. Luego se fue a un seminario en Wisconsin y volvió diciendo que los entornos estables hacían que el trabajo creativo se desarrollara al máximo. ¿Te lo imaginas? Y gorroneando cigarrillos a diestro y siniestro. Como yo no fumo, me roba el *Times* y se me bebe el café. Y Roy, Roy es un monstruo.

—¿Ah, sí?

—Claro que sí. Lleva dos años aquí y lo único que ha hecho es fusilar ideas. Como con Betty Miller, tú todavía no habías llegado; ella llevaba todo el trabajo del proyecto piloto sobre la conversión de las escuelas en empresas privadas y él se atribuyó todo el mérito.

—¿Y a ti te asquea todo esto? —preguntó Misty.

—¿Soy rentista? ¿Mi abuelo inventó algo tan útil como el aire o las chinchetas? ¿Me gusta la comida y un techo bajo el que vivir? ¿Captas la idea?

—La capto —dijo Misty.

—En fin. Ya sabes lo que decía Eugene V. Debs: «Guerra de clases, sí; guerra imperialista, no». Yo me limito a estar aquí, aburriéndome por dentro.

Vincent era totalmente ajeno a los equilibrios de poder del Consejo. No tenía ningún motivo para prestar atención: al ser uno de esos pocos tipos auténticamente creativos a los que Denton tanto admiraba y temía, él trabajaba en un ambiente exclusivo. La publicación de un artículo sobre el ahorro que ahora era un clásico en su campo, además, había convertido a Vincent en una especie de estrella; así, a él lo dejaban en paz y lo peor que tenía que soportar era el peloteo de Roy Borden y las excesivas atenciones de Denton McKay.

Los chismes de oficina solía olvidarlos enseguida, pero ahora veía claramente que se estaba cociendo algo malo. Lo convocaban a reuniones que se cancelaban precipitadamente o cuya finalidad, de llegar a celebrarse, no les quedaba nada clara a los asistentes. Recibía memorándums contradictorios. Oía conversaciones entre dientes en el aseo de hombres. Por primera vez desde que ocupaba su cargo en el Consejo, proliferaban las puertas cerradas.

Misty no era una excepción. Se quedaba en el despacho tratando de trabajar, pero el malestar del Consejo la afectaba. Un mediodía, mientras apretaba con desaliento los botones de la calculadora, apareció Maria Teresa Warner.

—Más vale que no te muevas mucho —le dijo—. Estás en la línea de fuego.

—¿Yo? ¿Qué he hecho?

—Nada. Tú solo eres un peón en esta partida, como quien dice. Hace tres semanas Denton le pidió a Roy que despidiera a tres empleados que no resultaran imprescindibles. Roy le dijo que él no iba a hacerlo. Entonces Denton decidió que no podía prescindir de nadie pero Roy quiere actuar y tú estás en la lista.

—¿Pero por qué yo? —preguntó Misty—. ¿Qué he hecho?

—No lo entiendes. Esto no tiene nada que ver contigo. Denton te contrató. Roy quiere echar a tres personas a las que haya contratado Denton y tú eres una de ellas.

—Pero yo no he hecho nada.

—Eso da igual. Roy está decidido a tomárselo muy en serio y Denton se ha empeñado en echarle a la arena un par de cristianos, por así decirlo. ¿Qué suponen un par de cristianos para un león?

—No lo entiendo —dijo Misty.

—Y yo no entiendo que tú no lo entiendas. Esto es el internado de los adultos. Están en pleno tiroteo. Denton tiene más dinero que Roy y es socio de clubes más exclusivos, y eso a Roy lo saca de quicio. Creo que Roy es uno de esos tipos a los que los chicos como Denton pegaban en el colegio, y ahora Roy quiere vengarse. ¿Lo captas?

—¿Voy a tener que preocuparme por cómo pago el alquiler mientras esos dos tarados resuelven sus traumas adolescentes? ¿Pero por qué me han escogido a mí?

—Recuerda lo que Samuel Johnson decía de los maestros —le dijo Maria Teresa—: «Hombres entre los niños y niños entre los hombres».

—Los ricos me ponen enferma.

Misty pasó el resto de la tarde en su despacho con la puerta entornada. Estudió su talonario de cheques y la cartilla de la cuenta de ahorro y calculó en la máquina a cuánto ascendía su coste de la vida mensual. Unos ruidos en el pasillo la sobresaltaron. Cuando paseó la vista por el despacho, los ojos se le llenaron de lágrimas. Le encantaba su trabajo, ¿y dónde iba a trabajar una lingüista con títulos de la Universidad de Chicago y de la Escuela de Altos Estudios si esa lingüista no quería dedicarse a la enseñanza? El trabajo le estaba yendo muy bien, y ahora todo iba terminar. Volvió la silla giratoria hacia la ventana y se quedó mirando muy triste a una chica que, en el edificio de enfrente, regaba las plantas de su despacho. Estaba a punto de llorar, pero Vincent la interrumpió. Se lo veía alegre y tranquilo. Le bastó con echarle un vistazo a Misty para darse cuenta de que la cosa no pintaba bien.

—¿Quieres cenar conmigo? —le preguntó.

—Vete al infierno. Están a punto de despedirme.

—Ah, eso —dijo Vincent—. ¿Te lo has tomado en serio? Acabo de enterarme. Denton viene a hablar contigo, ya está de camino. No van a despedir a nadie. Eso no era más que otro choque entre los ineptos ejércitos de Denton y Roy. Ahora resulta que lo que Roy quería era reír el último. Acaba de dimitir. Por lo visto, tenía un puestazo esperándole en Washington y quería amargarle un poco la vida a Denton antes de irse.

Misty se puso pálida. Sobre sus ojos cayó un telón rojo de furia. Cogió lo primero que encontró y lo arrojó contra la pared. Era un pesado cenicero de cristal, y antes de hacerse añicos en el suelo, abrió un agujero en el tabique de yeso. Luego Misty se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —le preguntó Vincent.

—A decirle a Denton que se meta el puesto donde le quepa.

Antes de que él pudiera detenerla, Misty ya había salido por la puerta. Vincent se sentó a su mesa y se preguntó si de verdad habría tratado de retenerla. Creía que no. Misty iba a enfrentarse a Denton, y él estaba preocupado y orgulloso a la vez, sentimientos a los que se unían la admiración y la ternura. Lo embargaba el amor. Sentado en la silla de Misty, en el despacho de Misty, Vincent se sentía muy unido a ella, pero cuando miró a su alrededor reparó en que no había mucho a lo que sentirse unido. El abrigo de ante colgaba de una silla y en el suelo estaba el cenicero de vidrio hecho añicos; en la mesa reposaban un plato de cerámica lleno de clips, la calculadora y un montón de papeles sobre los que una bujía hacía las veces de pisapapeles. No había ni plantas ni pósters ni fotografías. Vincent encendió un puro. A la preocupación, el orgullo, la admiración, la ternura y el amor se les sumó el sentimiento de culpa: estaba tan acostumbrado a la displicencia de las personas como Denton que ya casi ni reparaba en ella. Eso no era algo de lo que enorgullecerse, pensó. Quería echar a correr por el pasillo y, de un puñetazo, hundirle a Denton los dientes en la garganta y salvar a Misty, pero al pensar en ella, a Vincent se le ocurrió que tal vez alguien tendría que acudir al rescate de Denton.

Al cabo de una hora, Misty regresó.

—¿Por qué sigues aquí? —le dijo mientras cogía el abrigo. Se la veía pálida y malhumorada.

—Te esperaba.

—Entonces sácame de aquí y llévame a algún sitio.

Misty no habló en el ascensor ni en el taxi ni ya sentada en el banco del restaurante caro al que Vincent la llevó. Cuando apareció el camarero, Misty no fue capaz de decir palabra. Vincent pidió un whisky con soda.

—¿Tú qué tomas? —le preguntó a Misty.

—Una de esas cosas que beben en las películas antiguas —murmuró ella.

Vincent le pidió un gin fizz. El silencio volvió a imponerse hasta que el camarero les trajo las bebidas, intervalo que Vincent aprovechó para contemplar varias posibilidades. Si Denton había echado a Misty y él no iba a poder verla cada día, tendría que postrarse a sus pies antes de lo previsto. Si no la había echado, todavía le quedaban unos meses. La miró fugazmente con el rabillo del ojo. Estaba acurrucada con el abrigo verde puesto y expresión malvada.

—Muy bien —dijo Vincent—. Ya están aquí las bebidas. Dale un buen trago, por favor, y cuéntame qué ha pasado.

Misty dio un trago.

—Uy, esto está asqueroso. Bueno, ahí va. Ví a Denton bajar por el pasillo buscándome y le dije que yo estaba buscándolo a él. Entramos en el despacho de Roy porque era el que teníamos más cerca. Debió de darse prisa en marcharse, porque allí ya no quedaba nada. Entonces le dije a Denton que era un hijo de puta y que puede que hasta entonces se hubiera salido con la suya jodiendo los empleos ajenos, pero que no iba a joderme el mío y que lo dejaba. Le dije que lo dejaba porque esa actitud de propietario displicente, esos caprichos suyos, estaban a punto de amenazar mi sustento y era evidente que o él no veía relación entre las dos cosas o no le importaba. Le dije que no quería trabajar para un niño de colegio privado.

—¿Eso le dijiste? ¿Y qué dijo él?

—Puso cara de angustia. Dijo que confiaba en que me quedara, que el asunto se había salido de madre y que nadie iba a irse a la calle. Le dije que debería buscarse un trabajo para averiguar qué se sentía siendo un empleado.

—¿Y qué dijo?

—Se disculpó.

—¿Se disculpó? ¿Denton? —preguntó Vincent.

—Sí. Y dijo que lo sentía y me pidió que me quedara.

—¿Y tú le dijiste...?

—Le dije que me quedaría y que si volvía a usarme de peón, lo mataría o lo demandaría. Vengo de una familia de rojeras y de abogados. No nos andamos con tonterías.

—Vaya. Increíble.

—No, no es increíble. Es repugnante. Lo terrible de la gente como Denton es que consiguen que personas como yo acaben haciendo estas cosas. ¿Crees que a mí me gusta actuar así? Pues te equivocas, amigo. Esa es mi peor cara. No puede usarme como usa al resto, no señor. Si los demás quieren hacerle la pelota, es cosa suya. Yo no voy a dejar que me trate así.

—Creo que eres maravillosa —dijo Vincent.

—¿Ah, sí? Pues haces bien. No soy maravillosa. Soy el azote de Dios. A ver, ¿de verdad tengo que beberme esto?

—Sí —respondió Vincent—. Hasta la última gota. Te vendrá bien.

Lo que hizo fue subírsele derecho a la cabeza. Las copas de la larga barra de caoba empezaron a guiñarle el ojo. El jarrón de flores de la mesa que había contra la pared adquirió un intenso brillo rosado. Apoyó la cabeza contra el tapizado.

—Tal vez debería tomarme otra —dijo Misty.

—Sabia decisión.

—¿Vincent?

—¿Sí?

—¿No podríamos quedarnos aquí un rato emborrachándonos? —preguntó Misty.

—Excelente idea. Me encantaría verte borracha. ¿Te pones violenta cuando te emborrachas?

—No lo sé. De repente, todo me parece muy blando.

—Buena señal —dijo Vincent. Se levantó de la silla y, deslizándose por el banco, se sentó al lado de Misty.

—No me beses ni nada por el estilo.

—No te prometo nada —dijo Vincent.

El camarero dejó ante ella un gin fizz. Misty lo bebió despacio con ojos un poco vidriosos.

—No tontees conmigo estando como estoy —dijo Misty—. Voy a decirte algo que no sabes. Estoy contentísima de estar aquí contigo. Si esto lo usas en mi contra, me encargaré yo misma de matarte.

La sede de la Fundación Carta Magna era una *L* larga y elegante. Los grabados de las paredes eran casi todos Dureros con castos marcos de fina madera dorada. En la antesala había portadas de *Runnymede* enmarcadas. Las ventanas daban a las azoteas del centro de Manhattan y al Central Park. Guido tenía su despacho en una pequeña estancia con las paredes revestidas de estanterías

llenas de números antiguos de *Runnymede* encuadernados en verde, de libros de autores subvencionados por la fundación y de informes encuadernados en espiral sobre los proyectos y las obras en marcha. En una larga mesa que había al lado de la ventana reposaban los tres grandes cuencos chinos tallados en cristal de Pekín que pertenecían al tío Giancarlo y que ya formaban parte del despacho. Había una regadera de latón llena de agua y cáscaras de huevo, mezcla que Holly le había sugerido para que las plantas del despacho vivieran mejor. El tío Giancarlo nunca había sido amigo de las plantas de interior, pero Holly había llevado al despacho una gardenia, un naranjo y ese helecho que había tenido colgado sobre la cama. Cuando veía el helecho, a Guido solía asaltarle la nostalgia. En el pasillo había una neverita de imitación de raíz de nogal que, abierta, dejaba a la vista una botellita con forma de lima verde llena de zumo, botellas de agua con gas y tres latas de crema de gambas. Al fondo había una pequeña sala de reuniones con un sofá, una mesa larga y dos butacas bien tapizadas.

Guido tenía en su mesa un marco con una fotografía de Holly sentada junto a un muro cubierto de rosales. Estaba tranquila, impecable y absolutamente preciosa. La frecuencia con la que se quedaba mirando esa fotografía tenía a Guido preocupado. Al otro lado de la mesa había otra fotografía, también en un marco. Era de Vincent y Guido, y se los veía estupendos a los dos. Holly se la había hecho una tarde en la que se sentían muy satisfechos de sí mismos. Tenían las manos bien metidas en los bolsillos, hasta el fondo, y la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás. Parecían hombres bien avenidos con el aire libre: despeinados, guapos y con un aire deportivo. La fotografía la había propiciado su buen humor: se sentían invadidos de un bienestar casi anacrónico. «Con lo a gusto que estamos, deberíamos tener un recuerdo del momento», había dicho Guido.

Entre los dos, pero prácticamente oculta por los hombros bien cortados de sus americanas, había un manchurrón en la fotografía que era Jane Motherwell. Ahora ya no trabajaba allí, y todavía no le habían encontrado sustituta. Guido estaba sentado a su mesa. Había llamado a una agencia de trabajo temporal para que le enviaran una mecanógrafa y a una agencia de colocación para conseguir secretaria. Con el trabajo hecho y ganas de estar ya en casa, pensaba en Holly.

Guido echaba de menos su casa. Echaba de menos las cenas de Holly. Echaba de menos a Holly. El ascensorista le había dicho que era el único hombre que por la tarde parecía contento, y aquel hombre acertaba de pleno. Los tres años de casado se le habían pasado en un suspiro, aunque los pequeños detalles, como los de los mejores cuadros, saltaban a la vista de inmediato. Lo que Holly pensaba, sin embargo, seguía siendo un misterio para él. Aunque a juzgar por sus acciones lo amaba ardientemente, Holly no parecía vivir en el reino de las emociones: ella sentía, exteriorizaba sus sentimientos y ya no volvía a darle vueltas al asunto. Las complejidades del amor y del matrimonio eran cosas que aceptaba y vivía, sin más. Guido, para quien pensar y sentir eran una única cosa, estaba aprendiendo que era posible vivir con alguien cuyo sentido de la vida no era el mismo que el tuyo. Holly se llevaba de maravilla con el mundo, que nunca la cogía por sorpresa ni le reservaba chascos, preocupaciones o garrotes con los que pegarle en la cabeza a quien pasara por ahí. Ella no tenía grandes planes ni ambiciones secretas. Sus ideas sobre las cosas eran tan íntimas que apenas si hablaba de ellas, pero, a pesar de eso, era la mejor compañera que Guido había tenido.

Holly no tenía ninguna meta digna de mención excepto la de ir pasando los días de forma agradable. Como disponía de dinero para llevar a cabo esa única ambición, consagraba su vida al

genio doméstico. Iba al jardín botánico del Bronx a dar clases de arreglo floral japonés y bonsáis. Asistía a unas clases de cocina china de cuyos resultados Guido disfrutaba. Había descubierto que, sin bien no tenía ningún talento para el dibujo, sí sentía una gran atracción por la cerámica. Después de unos tímidos intentos en el torno, Holly había hecho un inmenso tabor negro y plateado, pero se aburrió y se embarcó en un estudio sobre el arte chino. Leía docenas de novelas de suspense, y también novelas victorianas, *belles lettres* francesas y voluminosos libros de historia del arte. Lo mucho que sabía y lo poco que hacía con ello tenía a Guido asombrado. Cuando se conocieron, ella estaba escribiendo su tesis sobre la porcelana china de exportación. La habían animado a que la publicara, pero cuando salía el tema, ella bostezaba y decía que ya lo haría algún día. La educación, decía, era algo que enriquecía tu vida, no algo con lo que hacer cosas. Holly le recordaba a Guido a una ciudad-estado: fuerte, bien defendida y totalmente autosuficiente. Holly sabía cocinar, sabía hacer labores, jugar al tenis y pescar. Había estudiado caligrafía, la cursiva y la minúscula carolingia, y también restauración de cuadros y porcelana. Podía hacer cuadrar el talonario al céntimo, preparar una masa quebrada perfecta, identificar casi todas las flores del noreste de Estados Unidos y vendar heridas leves. Sabía hacer el pino y el salto del ángel y reparar lámparas y se conocía las colecciones de casi todos los grandes museos. Guido le recitó a Vincent la lista en una ocasión, sin olvidarse de que Holly sabía francés e italiano.

—¿Holly vuela en líneas regulares? —le había preguntado Vincent.

—Pues claro que sí. ¿Por qué?

—Porque no hay avión capaz de soportar el peso de tamañas dotes —respondió Vincent.

Guido vivía muy contento con los frutos de esas dotes. Holly le equilibraba la vida y se la hacía más agradable; pero despertaba en él una añoranza feroz, hasta cuando estaban en la misma habitación, como si él nunca pudiera saciarse. A veces le parecía un cristal de cuarzo grisáceo. Podías ver a través de él y también en su interior, y su perfección te dejaba boquiabierto. Buscabas información sobre él para saber cómo se había formado. Te lo llevabas a casa y lo guardabas como si fuera un tesoro. Se quedaba en el estante para que lo admiraran en todo su esplendor sin nunca, jamás, revelar el menor dato sobre sí mismo.

Cuando Vincent se presentó en el despacho para lo que se había convertido en el almuerzo de todos los miércoles, Guido ya había contratado a una secretaria. Las dos eventuales habían concertado una cita y luego lo habían dejado plantado. Habían llamado cinco candidatos: una actriz que lo advirtió de que viajaría a menudo, un joven que le comentó que estaba escribiendo una novela con la ayuda de un ordenador, uno más que no sabía escribir a máquina, otro que sí que sabía mecanografía pero no quería atender el teléfono, y el último, que no hablaba bien inglés. Una persona llamada Betty Helen Carnhoops se impuso sin despeinarse. Era una chica cuadrada de piernas gordas, pelo corto y práctico de ningún color en particular y gafas de montura color verde jaspeado adornadas en cada esquina con una rosa dorada en cuyo centro había un brillantito de bisutería. Escribía noventa y cinco palabras por minuto, sabía taquigrafía y atendía las llamadas de manera rápida, enérgica y profesional. Cuando el tío Giancarlo la conoció por fin,

dijo con un suspiro:

—¿Cómo has podido reemplazar a mi precioso tigre de la ira por semejante caballo del saber? Aquí damos subvenciones para embellecer las cosas, y ahora esta caja de cartón va a convertir el despacho en un lugar eficiente.

Vincent creía que algunos de sus mejores trabajos los había redactado en el despacho de Guido, en cuya mesa del fondo había escrito varios artículos. Su despacho, como la mayoría de los del Consejo, era horroroso. El Consejo tenía su sede en un antiguo edificio cuyo recargado vestíbulo de mármol no dejaba entrever la sordidez del resto de plantas, y como allí no creían en los lujos, llevaban años sin pintar los despachos. El de Vincent tenía las paredes de un amarillo grisáceo que los desconchones y las marcas de clavos, testigos de las tentativas de adorno de sus antiguos ocupantes, empeoraban todavía más. Aquel era un entorno profesional, pero cuando lo que buscaba era la pura inspiración, Vincent se acercaba andando hasta las dependencias de Guido, más limpias y elegantes.

Vincent entró muy contento y animoso. Guido estaba sentado en la antesala con aire satisfecho, bebiendo un vaso de agua con gas y zumo de lima.

—Por fin he contratado a una secretaria —dijo Guido—. ¿A qué viene tanta energía?

—Misty —dijo Vincent—. Anoche me dio una manifestación expresa de afecto.

—Oh. ¿Has traído los sándwiches? Vas a tener que comer deprisa y luego largarte. Tengo que dejarlo todo listo para Betty Helen.

—¿Has contratado a alguien que se llama Betty Helen?

—Y al parecer tú estás enamorado de una chica llamada Misty Berkowitz —dijo Guido—, así que cierra el pico.

Vincent odió a Betty Helen nada más verla.

—¿Cómo has podido contratarla después de Jane? —preguntó Vincent.

—Porque, a diferencia de ti, yo tenía que trabajar con Jane; tú solo tenías que coquetear con ella.

—Esta es horrible.

—Esta es agradable —dijo Guido sin levantar los ojos de las pruebas que estaba corrigiendo—. Conoce el valor del auténtico trabajo. No hace falta que te acostumbres a ella. No tiene manías. Es una chica agradable y eficaz, y como ya está casada, no tengo que sufrir las secuelas de una vida emocional ajetreteadísima.

—¿Casada? —preguntó Vincent—. ¿En serio que está casada? Dios, ¿y quién estaría dispuesto a casarse con ella?

—En cuestiones de físico, eres un esnob. Puedes refunfunar cuanto quieras, pero yo tengo un trabajo que sacar adelante. Me ha costado dos años que esto empezara a marchar. No tienes ni idea de lo chalado que el tío Giancarlo estaba al final. Se aburría y empezó a dar dinero a tipos que querían forrar el Empire State Building de macramé. Quiso subvencionar a un escultor que creía que la poligamia era una estructura y que una pequeña comunidad polígama en el sureste vendría a ser un terraplén. Empezó a publicar poemas en turco en la revista. Yo, en cambio, he

publicado unos números de *Runnymede* no solo excelentes sino también rentables, y lo he hecho sin la ayuda de Jane. Ahora tengo ayuda. ¿Por qué no calculas la cantidad de basura que generan Betty Helen y su marido y me dejas en paz?

—¿Te casarías con ella? —gimió Vincent.

—Está casada con un ingeniero químico. Lo llama una vez al día. Es una llamada breve. Cuando Jane estaba aquí, cada mes me encontraba con llamadas sin justificar a Río y a París en la factura del teléfono.

—La cantidad que produce un solo individuo al cuadrado —dijo Vincent.

—¿No tendría que ser multiplicada por dos?

—Al cuadrado. Esa chica es una taza de caldo rancio.

—Es muy agradable. Y estoy muy satisfecho conmigo mismo.

—¿Cómo puedes ser tan inocente, Guido? Esta chica es como el moho. Se quedará aquí, debajo de los fluorescentes, y las rarezas empezarán a crecer como setas. Está al acecho, créeme.

—Pues es mi secretaria —dijo Guido—. Y a mí me parece agradable.

El asunto quedó zanjado. Betty Helen hizo una pausa para el almuerzo de una hora exacta. Pasaba casi todo el día sentada detrás de la máquina de escribir, tecleando a toda velocidad mientras miraba por la ventana. Se sentaba muy derecha en su silla. No hablaba con Vincent y él tampoco hablaba con ella. Para mantener a Vincent alejado de su vista, Guido decidió que sus almuerzos los harían en la habitación trasera.

—Podrías decirle hola —le dijo Guido.

—Ya he saludado con la cabeza. Y, además, sus gafas me deslumbran.

Caminaba nervioso de arriba abajo comiendo crema de gambas de una lata. Se había olvidado de Betty Helen Carnhoops. Estaba pensando en Misty.

—Tenemos la vida a las puertas —dijo muy desanimado mientras hacía rebotar la lata vacía en la pared para que cayera en la papelera.

—¿Y eso qué vendría a significar? —preguntó Guido.

—Que estamos en lo mejor; estamos en la flor de la vida. ¿Te sientes todavía como un niño? Yo sí. ¿Por qué llevo una vida tan inútil? ¿Por qué sufro por una chica complicada a quien solo le gusto cuando está agobiada? Debería dedicarme a cosas concretas y duraderas. Dios, si Betty Helen puede casarse y ser normal, ¿por qué yo no?

—Ve a hablar con el rector —dijo Guido.

—¿A eso me refería! Sigo esperando a que alguien me haga entrar en vereda, pero nadie lo hace. Y continúo creyendo que cuando sea mayor lo tendré todo bajo control. Un buen día me despertaré y seré adulto.

—No, eso no va a pasar. Te despertarás y te sentirás más cansado que de costumbre y descubrirás que has perdido la paciencia con un montón de cosas que te parecían normales. O puede que tengas suerte.

—Como tú —dijo Vincent—. Tú tienes suerte. Mira lo afortunado que eres. ¿En qué me he equivocado yo?

—Creo que tendrías que traer a esa Misty Berkowitz por aquí —dijo Guido—. Me encantaría ver qué es lo que te está convirtiendo en semejante pelmazo.

Llevar a Misty al despacho de Guido no fue tan sencillo como parecía. Era demasiado lista como para no darse cuenta de que iba a exhibirla. Y, además, con el odio que les tenía a los ricos, la visión de una fundación privada iba a provocarle un arrebato de fervor revolucionario. Después de que Misty se emborrachara en el bar, Vincent la había sacado de allí a rastras y se la había llevado a cenar, momento en el que ella se había recuperado. La había acompañado hasta la puerta de su casa, donde ella le había dado un beso en la mejilla. La situación, sin embargo, había vuelto a la normalidad, y esa normalidad significaba que cuando Vincent irrumpía en el despacho de Misty con una enorme sonrisa en la cara, se encontraba con una Misty inexpresiva que lo miraba de arriba abajo.

—Dios, vaya imbécil estás hecho —le decía.

Aquello no disuadía a Vincent en absoluto: el tono de ella le parecía menos mordaz y más cariñoso.

Un día, Vincent entró muy contento en el despacho de Misty y le preguntó si quería ir al cine con él; le explicó que de camino tendría que parar en el despacho de Guido. A esas alturas, Misty ya había oído hablar mucho de Guido y esperaba la convocatoria. Sabía que Vincent no tenía ninguna intención de ir al cine. Enternecida por la falta de sentido de la estrategia de Vincent, aceptó.

Aquellas quijotescas concesiones de Misty dejaban a Vincent un poco mareado. No sabía cómo tomárselas ni cómo tomársela a ella. Las otras chicas te tanteaban rápidamente y luego se acostaban contigo, y el resto del tiempo que pasabas en su compañía se iba en decidir el lugar del encuentro y en pensar en maneras de matar el rato. Luego lo matabas yendo a cenar, pero llevaba a algo. Y después cada uno se cansaba del otro, y a otra cosa. Con Misty, sin embargo, nada parecía llevar a ningún lado. No lo rechazaba, pero tampoco lo invitaba a que se le acercara más. Se negaba a salir con él los fines de semana. Eso tampoco era fácil de entender. No parecía de las que tienen un amante de fin de semana y luego pasan el resto del tiempo con otro hombre, ¿pero qué otra cosa podría ser, si no? Vincent pensó que en su caso meter la pata hasta el fondo no sería lo peor del mundo, así que se lo preguntó. Se puso hecha una furia.

—¿Quién te crees que soy? ¿Así es como crees que son las mujeres? Bueno, pues entonces yo no soy una mujer. No tengo amantes de fin de semana. No tengo eso a lo que tú seguro que te refieres como citas. Visto que hablas su mismo idioma, ¿por qué no te buscas a alguna de esas chicas de relaciones públicas que juegan al squash y van al teatro? Menudo insulto.

—¿Qué le ves de ofensivo a lo de tener un amante? —le había preguntado Vincent.

—Debes de haber conocido a chicas con poquísimas luces, Vincent. Debes de haber frecuentado a auténticas taradas. ¿Te parece ese un comportamiento normal? ¿Crees que todas las mujeres salen a cenar con alguien y luego, además, tienen amantes? ¿Qué os pasa a los hombres?

A Vincent, claro está, salir a cenar con él y tener, además, marido o amante le parecía un comportamiento de lo más normal, pero esa conversación lo había dejado muy esperanzado: si a Misty le parecía que cenar con él y tener un amante entrañaba un conflicto de intereses, no había duda de que iba por buen camino.

Betty Helen Carnhoops los recibió en la puerta. Llamó a Guido por el intercomunicador.

—Sus amigos están aquí —anunció.

Vincent entró con Misty cogida del codo y se la presentó a Guido. En los ojos de Misty había un brillo extraño y malvado. La cara de Vincent resplandecía.

—Es un despacho precioso, ¿verdad? —dijo Vincent.

Misty masculló algo en voz baja. Luego se volvió hacia Guido.

—Vincent me ha dicho que no solo contribuís a la distribución de la riqueza, sino que también publicáis una revista —le dijo. Guido le entregó el último número de *Runnymede*.

—Ya lo he visto —dijo Misty. Fue pasando las páginas como si fueran una baraja de cartas.

—¿Ah, sí? No sabía que la leías.

—La tiene mi dentista —respondió Misty—. ¿Puedo apoyar los pies o mancharía esas superficies tan relucientes?

Vincent vio un taburete de mimbre sobre el que Misty puso los pies. Llevaba unos zapatitos verdes que parecían caros.

—¿Queréis agua con gas? —preguntó Guido.

—Me apetecería mucho un café —respondió Misty—. Si tienes.

—Le pediré a Betty Helen que haga uno.

—¡No! Por favor. Si no hay café, beberé un vaso de agua. No quiero a ninguna secretaria preparándome nada.

—Voy a buscarte uno. Hay un *delicatessen* a la vuelta de la esquina —dijo Vincent. Y salió del despacho a toda prisa.

Misty y Guido se miraban en silencio. Había muchísimas cosas que Guido quería decir, pero decir las le parecía un atentado contra las leyes de la amistad y la intimidad.

—Encantado de conocerte —le dijo a Misty—. Me han hablado mucho de ti últimamente.

No hubo respuesta. Guido la miró. Impávida, no despegaba los ojos de su zapato.

—Vincent habla de ti a menudo —dijo Guido.

—Eso ya lo has dicho.

—Supongo que sí. Me temo que me cuesta hablar contigo.

—Dios —dijo Misty—. Tu colega se molesta en traerme a rastras hasta aquí y me exhibe como si fuera un huevo de Fabergé y resulta que te cuesta hablar conmigo. ¡Qué te parece!

—Es que hablar contigo cuesta mucho —le dijo Guido.

—Solo durante los diez primeros segundos. Y, además, esto es una encerrona para que puedas examinarme. Bueno, ¿quieres que tengamos una charla cortés o prefieres ir al grano?

—Soy demasiado educado para eso —respondió Guido.

—Pues yo no. Pareces alguien con cosas que decir.

—Muy bien. Vincent es mi amigo más antiguo. Te aprecia mucho. No quiero que una adolescente agresiva le rompa el corazón.

—¡No me digas! —dijo Misty—. ¿Eso es lo que dice que soy?

—No, pero eso es lo que pareces cuando Vincent describe tus desplantes.

—Chicos... —dijo Misty. Luego sonrió.

Aquella sonrisa tranquilizó a Guido, que aprovechó para examinar a Misty. A diferencia de

otros líos de Vincent, todas chicas de campo altas, protestantes y aleladas, ella era menuda, urbana y judía; y parecía inteligente.

Misty se arrellanó en el asiento, se encendió un cigarrillo y se puso a hacer girar el zapato sobre la punta del dedo gordo del pie.

—No soy agresiva ni soy ninguna adolescente —le dijo a Vincent—. Y no me han traído al mundo para romper corazones. No frecuento a las personas que no me gustan, créeme. De hecho, soy una joven muy franca, pero eso es algo que el ciudadano medio tarda siglos en comprender.

—Vincent no es el ciudadano medio.

—Eso te lo reconozco —dijo Misty—. Bueno, ¿he suspendido?

—No —respondió Guido—. Has aprobado.

—¿Sí? ¿En qué he sacado mejor nota?

—La puntuación más alta es por tu conversación, más amena de lo que esperaba.

En ese momento Vincent apareció con el café, que goteaba por la bolsa de papel. Se lo tendió a Misty. Se lo veía rendido de amor.

Betty Helen Carnhoops era una isla de calma en la tempestad. Desempeñaba sus funciones sin interrupción, como la cocina de un hospital, y tenía la presencia callada y militante de una monja. Sus cartas eran un milagro de perfección: era como una de esas máquinas de escribir Vari-Typer, con sus líneas ajustadas al milímetro. Al teléfono contestaba con una voz enérgica y carente de tono. Casi nunca hablaba con Guido si no era por trabajo, y sus únicos temas de conversación eran el tiempo, el personal de limpieza del despacho y la agenda de compromisos de Guido. Nunca se equivocaba con los nombres. Al cabo de dos semanas de trabajar allí, ya sabía dónde estaba todo. Aunque en materia de arte y de literatura no tenía opinión alguna, corrigiendo galeradas era un hacha. Guido creía que un Creador bondadoso se la había enviado, aunque a veces tenía la impresión de que, tanto con él como con la fundación, Betty Helen se sentía al cargo de mentes enfermas que tuviera que cuidar. Era una montaña de estabilidad, y eso Guido lo agradecía profundamente. Estaba convencido de que al contratar a Betty Helen había enterrado para siempre las cosas de niños. Otro Guido —un Guido más joven— tal vez le hubiera dado el trabajo a Jane Motherwell.

Como Vincent había predicho, bajo los fluorescentes asomó una rareza. Betty Helen anunciaba a todas las visitas del mismo modo. Llamaba a Guido por el intercomunicador y decía: «Sus amigos han llegado». Así se refería a miembros del consejo de administración, a repartidores del *delicatessen*, a especialistas en derecho tributario, a compositores de música dodecafónica y a operarios de la compañía telefónica. Guido ni se había fijado, pero Vincent, en cambio, lo advirtió enseguida.

—¿No ves que Betty Helen no tiene ni idea de lo que pasa aquí? —le dijo a Guido—. Eso es maldad o lobotomía. ¿Por qué acaba de decirte que el mensajero de la Western Union es tu amigo?

—En estos tiempos una persona normal tampoco lo tendría tan fácil para saber quién es un artista y quién no —dijo Guido—. Es la nueva informalidad. Holly dice que nos está volviendo a todos unos patanes. Pero la actitud de Betty Helen es la adecuada. El otro día, por ejemplo, un tipo que vendía material de oficina llegó vestido como el presidente de un banco. Luego el del banco llegó vestido como un profesor de universidad. Luego llegó Cyril Serber, que es poeta y profesor de clásicas, pero hace pesas; como venía directamente del gimnasio, Betty Helen debió de tomarlo por el tipo del *delicatessen*. Ya ves, confundirse es muy fácil. Betty Helen es una persona agradable y normal y corriente.

—Normal y corriente... —dijo Vincent—. Esa mujer es un mutante.

Por primera vez desde que Guido ocupaba el puesto del tío Giancarlo, el despacho iba viento en popa. No había sorpresas desagradables ni pataletas ni ausencias injustificadas ni mensajes perdidos ni se respiraba hostilidad alguna. En ese ambiente, Guido descubrió cuantísimo le gustaba su trabajo. Con alguien cuerdo ayudándote podías planificar inteligentemente. Podías crecer. La vida funcionaba.

Guido cada vez miraba menos por la ventana, y cuando lo hacía, los árboles de Central Park le parecían los de un cuadro puntillista. Ahora se dedicaba a esas cosas concretas y perdurables que tanto obsesionaban a Vincent.

La vida con Holly había adoptado esa misma forma encantadora. Daba clases de pintura floral, y cuando Guido llegaba a casa por la noche, en la mesa del recibidor se encontraba con unos enormes arreglos florales que recordaban a los de los cuadros holandeses del siglo XVIII. Holly también asistía a un curso de cocina japonesa, y las cenas que le preparaba a Guido las disponía como paisajes. Después de cenar, se retiraban cada uno a un extremo del sofá, donde, con las piernas entrelazadas bajo una mantita de cuadros, leían delante de la chimenea. La vida era dulce y generosa como una botella de Tokai Imperial.

Los miércoles, Vincent se presentaba a almorzar su lata de crema de gambas.

—Conque Betty Helen sigue aquí —dijo—. En serio, Guido, me pone los pelos de punta. ¿No podrías buscarte a alguien un poco menos eficiente?

—Por el amor de Dios. Déjame tranquilo con mi Betty Helen. La vida por fin marcha bien y tú quieres estropearlo todo.

—No es verdad —dijo Vincent—. Yo simplemente opino, como el tío Giancarlo, que en un lugar como este, dedicado como está al arte, debería trabajar alguien un poco más pictórico.

—No quiero rondando por aquí a ninguna de esas bellezas chillonas, analfabetas y emocionalmente inestables dedicadas a arruinarme la vida —dijo Guido—. Si tanto te interesan esas cosas, vete a jugar con tu amiga Misty.

—Misty no es analfabeta. Y tampoco es una belleza.

—Tiene pinta interesante. Eso siempre es mala señal.

—Además —añadió Vincent—, a ti no te está arruinando la vida. Me la está arruinando a mí.

—No seas tan melodramático.

—No tienes ni idea de lo que se siente al verte en las balanzas celestiales y comprobar que no das el peso, Guido —dijo Vincent—. A veces pienso que todo lo que hago la ofende. Y no solo lo que hago, también lo que soy o lo que ella cree que soy. Dice que si hubiera una revolución, yo no serviría para nada. Dice que me dedico a poner tiritas a las heridas incurables.

—Si hubiera una revolución, esa chica tendría que olvidarse de sus carísimos zapatos verdes. Tu Misty no es del populacho precisamente, créeme.

—Ojalá encontraras a alguien que se le pareciera un poco para trabajar aquí —dijo Vincent—. Que hiciera la vida un poco más interesante.

—Mi vida ya es suficientemente interesante, gracias. Alguien como Misty convertiría mi vida en un infierno perpetuo.

—Pues prepárate. Hoy anda suelta y le he pedido que venga.

Guido estaba deseando encontrarse de nuevo con Misty. No sabía muy bien qué pensar de ella. A él le parecía extraordinaria, pero se preguntó qué efectos podría tener en Vincent una chica así.

Misty llegó temprano con su abrigo verde y sus zapatitos verdes. Puso los pies encima del taburete de mimbre y se bebió una botella de agua con gas.

—Bueno, ¿cómo van las cosas entre Vincent y la adolescente agresiva? —preguntó. Parecía contentísima.

—Pues ya que lo preguntas, parece ser que la adolescente agresiva se lo está haciendo pasar muy mal a Vincent.

—Pobrecito Vincent —dijo Misty.

—No se está portando muy bien con él.

—Venga ya, Guido. ¿Por qué tendría que portarme bien con él? Tiene una vida muy cómoda. Según parece, las chicas caen de los árboles derechas a su regazo. Parte de mi cometido es hacérselo pasar mal. Así se siente vivo.

—Una afirmación muy grave.

—Lo superará —dijo Misty—. Vincent cree que el amor consiste en acostarse con una criadora de perros. Cree que solo existe una forma de comportarse y que si la sigue todo saldrá bien. Si yo fuera una persona que se comportara como se supone que debemos comportarnos, ahora tú y yo estaríamos hablando del tiempo, ¿no es cierto? Lo que le pasa a Vincent es que no sabe muy bien cómo intimar. Puede que todas sus novias fueran la misma chica. Pero yo no lo soy.

—Eres muy difícil —dijo Guido.

—Sí, lo soy —respondió Misty con una sonrisa—, pero valgo la pena.

—¿Y crees que Vincent vale la pena? —preguntó Guido.

—Volvamos a las cortesías —dijo Misty—. Vincent me ha hablado mucho de ti.

—No quiero ser educado. ¿Vincent vale la pena o estás jugando con él?

—Qué idea tan repulsiva. Por supuesto que no estoy jugando con él. ¿Qué sabrás tú? A lo mejor lo quiero.

—¿Lo quieres?

—No seas tonto —respondió Misty.

Cuando Vincent apareció con aire tímido, infantil y alterado, se tropezó con el saliente de la puerta.

Guido era muy hogareño. Igual que las francesas, que saben si en la habitación contigua alguien ha abierto una botella de coñac, Guido sabía qué sucedía en su casa en cuanto metía la llave en la cerradura. Parado en el recibidor de entrada, supo que algo iba mal.

En el dormitorio se encontró con que Holly estaba haciendo una maleta grande. Tenía la ropa cuidadosamente apilada en montones sobre la cama. Cuando Guido entró, levantó la vista.

—¿Nos vamos a algún sitio? —preguntó Guido.

—No. Me voy yo. —Holly frunció el ceño y empezó a contar una pila de camisas. Tenía

camisas en todos los tonos pastel y de rayas de todos los colores, se las hacía un sastre chino que se las dejaba a buen precio.

—¿He olvidado algo? —dijo Guido.

—Ha sido una idea de última hora. Me voy a Francia.

—Entiendo —dijo Guido. Estaba frío de la ira.

—No lo entiendes. Las decisiones como esta son inesperadas, y cuando las tomo sé que no me equivoco.

—¿No has pensado, dado que estás casada conmigo, en hablar primero y actuar después?

—Sí, sí que lo he pensado. Últimamente llevamos una vida muy perfecta, tan perfecta que me da un poco de miedo. Me cuesta muchísimo verla. Creo que necesitamos un descanso, que tenemos que pasar una temporadita separados. Temo que si uno de los dos no hace esto, un día nos despertaremos llenos de telarañas emocionales, incapaces de apreciar al otro.

El rostro de Guido se ensombreció. Su temperamento italiano era algo que no solía exhibir muy a menudo. A él le parecía un león domado que de vez en cuando se le iba de las manos. Y ahora empezaba a caminar, majestuoso, y a rugir.

—Podría divorciarme de ti por esto —dijo Guido.

Holly se sentó al borde de la cama. Las lámparas de la mesilla de noche estaban encendidas y el dormitorio parecía el de un reconfortante cuento infantil: suntuoso, cálido y resplandeciente.

—Lo que quieres decir —continuó Guido— es que estás empezando a no apreciarme.

—Esta mañana no me diste un beso de despedida.

—Estabas dormida.

—Estaba lo bastante despierta como para saber que no me has dado un beso.

—¿Y vas a castigarme por no haberte besado?

—Guido —dijo Holly—, nuestro matrimonio es mucho mejor que la mayoría. Nos gustamos más que la mayoría de matrimonios. Somos nuestros mejores amigos. Nos divertimos más. Cenamos mejor. Pero creo que nos estamos acostumbrando. La vida va pasando, sin más. Yo quiero hacer algo valiente por los dos. Y también necesito un poco de espacio para mí. Creo que un poco de privación nos hará muchísimo bien.

—Nada va a detenerte, ¿verdad? —preguntó Guido.

—No. Escucha, cariño, sé que piensas que estoy siendo testaruda. Crees que tomo las decisiones de repente y luego te las suelto de buenas a primeras. Pues bien, sí, lo hago, pero no muy a menudo. Antes de que nos casáramos me fui de viaje por un buen motivo. Casi siempre encajamos a la perfección. Eso me parece tan peligroso como no variar nunca el menú, y sé que tengo razón.

—Me gustaría estrangularte —dijo Guido.

—No estás siendo nada sensato.

—¡Nada sensato! —gritó Guido—. Si la que me está dejando eres tú.

—No te estoy dejando —dijo Holly—. Me voy a Francia una temporadita. Estamos demasiado pagados de nosotros mismos y demasiado acostumbrados el uno al otro, y no voy a permitir que acabemos por no apreciarnos como debemos. Mi instinto me dice que esto nos irá bien. No lo hago solo por mí. Lo hago por los dos.

—Lo haces por ti —dijo Guido.

—No quieres entenderlo —dijo Holly—. Quieres sentirte maltratado, pero no es así. Creo que

nuestro amor es muy sólido, en lo fundamental, quiero decir. Y creo en la solidez, pero no para el día a día del amor. Yo quiero echarte de menos y que tú me eches de menos. Si crees en mí, déjame marchar. Solo será una temporadita.

Guido se sentó en la *chaise longue*. Deslizándose por el borde de la cama, Holly fue a sentarse en el regazo de Guido, que a pesar de su enfado seguía encontrándola irresistible. Holly olía a jazmín, y sus negras y espesas pestañas rozaron las mejillas de él.

—Confía en mí —dijo Holly—. Esto nos vendrá bien.

A la tarde siguiente Holly ya se había marchado.

Guido pasó el primer día de ausencia de Holly en el despacho, mirando por la ventana. Según iban pasando los días, miraba por la ventana cada vez más. El cansancio de las tardes iba en aumento. Solía recostar la cabeza sobre el cartapacio y echar una mísera cabezadita. Se descubrió hablándole al espejo.

—No voy a dejar que me anules, ni tú ni nadie como tú —dijo. El espejo le devolvió la imagen de Holly.

En los días buenos hacía planes de futuro. En los malos, se aislaba de todo contacto humano.

Entre tanto, tenía que soportar a Vincent que, a la caza del amor, estaba cada vez más alterado.

—La cosa está en su apogeo —dijo Vincent—. Misty me ha invitado a cenar. Nunca he entrado en su apartamento, ¿sabías?

—Me alegro por ti —respondió Guido amargamente. Estaba un poco harto de las fases infantiles del amor.

—Por lo que veo, Betty Helen te está ayudando un montón —dijo Vincent alegremente, confiando en que con un cambio de tema Guido trabara conversación. No lo logró—. Me refiero a que, con lo de la marcha de Holly, Betty Helen es un auténtico símbolo de dependencia. Según Misty, haberla contratado dice mucho de ti.

—No voy a dejar que convirtáis a Betty Helen en un símbolo de mi estado mental —replicó Guido—. Y no tengo ningún interés en oír los desvaríos de tu novia psicoanalítica sobre el asunto.

—Lo siento, Guido. Trataba de animarte. Pero Misty tiene opiniones muy interesantes sobre las cosas.

—No quiero oír una sola opinión interesante de ninguna mujer —respondió Guido—. Me resultan todas demasiado interesantes.

—Betty Helen debe de parecerte fantástica.

—Vincent —dijo Guido con una tranquilidad siniestra en la voz—. Largo de aquí. Te has convertido en un chimpancé. Deja de decir sandeces y vuelve al trabajo, si es que eres capaz de trabajar.

—Lo siento, Guido. Nunca sé muy bien cómo reaccionar. Siento mucho lo de Holly, pero es que no sé qué hacer. A lo mejor tendría que sacarte de aquí, salir a emborracharnos los dos, quién sabe.

—Eso suena bien —dijo Guido—. Siempre que no digas nada.

Cuando Vincent se marchó, Guido canceló todas las citas de la tarde y le dio a Betty Helen el resto del día libre. Ella se quedó mirándolo perpleja.

—No lo entiendo —le dijo.

—Estoy decretando unas vacaciones —dijo Guido— y dándonos a los dos la tarde libre.

Betty Helen se quedó mirándolo otra vez.

—Es probable que usted estuviera acostumbrada a despachos de ambiente menos relajado —dijo Guido—. Vaya de compras. Vaya al zoo. Vaya al cine. Diviértase. Mañana todo volverá a la normalidad.

Betty Helen se quedó plantada delante de Guido con las manos en la cadera. Sus gafas le enviaban destellos. Era imposible imaginar esa cara sonriendo.

—Mañana no volverá a la normalidad nada —dijo Betty Helen—. Este lugar no tiene nada de normal. No me quejo, todo esto me parece muy interesante, pero no es normal. Espero que no le importe que se lo diga. Me gusta trabajar en ambientes poco comunes, me resulta muy estimulante, pero soy una persona muy organizada. No he pasado a máquina todas las cartas, y si hoy saliera antes, no tengo nada planeado. Me gusta seguir mis planes. Así que si no le importa, me quedaré aquí y acabaré esas cartas. Y ahora querría decirle algo que confío en que no le molestará. Yo soy abstemia, pero si estuviera en su lugar me iría a casa y me prepararía una copa. Tiene un aspecto horrible.

Guido nunca había oído a Betty Helen pronunciar más de una frase o dos. Ahora le había soltado prácticamente un sermón. ¿Y tan mal estaba que hasta Betty Helen había reparado en ello? Quien se quedó mirando en ese momento fue él: detrás de esas gafas había una persona, otra más, a la que no entendía.

Guido no se divirtió. No le interesaban ni los zoos ni las compras ni los museos. La idea de volver a casa lo deprimía, así que echó a andar con el cuello del abrigo levantado. Compró un paquete de cigarrillos y se puso a fumar mientras andaba. Luego se sentó en un banco a orillas del río y dejó que el viento frío lo hiciera llorar.

Holly lo tenía bien agarrado. Capaz de advertir que los cuadros de la pared estaban ligerísimamente torcidos, cuando se trataba de emociones, Holly era Gengis Kan. ¿Sería ella una de esas personas tan ordenadas que de vez en cuando necesitaban algún tipo de desorden? Fuera lo que fuera, Holly sabía lo que hacía, de eso no había ninguna duda. Por mucho que Guido se sentara cada día en su despacho y la echara de menos, nunca lo había hecho con la ferocidad de aquellos momentos. A fin de cuentas, quizá no hubiera sabido apreciar su matrimonio. Eso lo puso furioso. ¿Cómo iba a enfadarse con Holly por marcharse si ella había hecho bien? La lisa superficie de la vida de Guido ahora parecía más arriesgada, más accidentada. La serenidad no era una condición inherente a la vida: ese había sido el mensaje de Holly. Guido arrojó el paquete de cigarrillos al río y se sacó un puro del bolsillo. La ecuanimidad no propiciaba los arrebatos, precisamente: de haber sido capaz de ponerse hecho una auténtica furia, podría haber salido en busca de una de esas aventuras fugaces y relativamente agradables. Podría haber merodeado por la colección Frick en busca de una chica intrépida. Sin esa capacidad, Guido estaba condenado a vivir en un apartamento deshollyzado, obligado a enfrentarse al ligero y dulce aroma de la parte

del armario que ocupaba ella, a soportar con los dientes apretados una cena solitaria y a escribir el informe de la fundación en la mesa vacía del comedor. Vería algunas películas que no tenía ganas de ver. Se emborracharía con Vincent y lo escucharía farfullar sobre su antipática novia. No había nadie con quien quisiera liarse excepto Holly. Cada nuevo día le traía una postal suya, una postal preciosa de algún lugar precioso. La postal de aquel día era de un castillo en Normandía. Decía: «Me paso el rato pensando. No te escribo una carta porque prefiero hablar. Echarte de menos es instructivo».

Misty le había dicho a Vincent que llegara a las ocho para la cena. Eso lo dejaba con tres horas para estar nervioso y librarse de los últimos restos de la resaca que arrastraba por culpa de Guido. Le dejó a su primo una nota garabateada en papel de la oficina. «Siento haberte destrozado el hígado», rezaba. Volvió a su casa, se cambió de camisa, vio las noticias de la noche, leyó el periódico y se puso a caminar por el apartamento arriba y abajo. A dos manzanas del apartamento de Misty, se dio cuenta de que todavía le sobraban quince minutos, conque dobló la esquina y justo allí encontró una floristería abierta.

—Deme algo que recuerde a las mantas esas que les cuelgan a los caballos en Kentucky —dijo.

El florista, un griego viejo y encorvado, le dirigió una mirada inexpresiva.

—¿Muerte, nacimiento o chica? —le preguntó.

—Chica —respondió Vincent.

—Ajá. ¿Cuánto se quiere gastar?

—Muchísimo.

El florista se perdió en una trastienda después de dirigirle a Vincent una mirada que decía, muy a las claras, que solía tratar a menudo con hombres emocionalmente turbulentos y completamente ignorantes en materia floral. Vincent no tenía mucha idea sobre el asunto: él solo sabía que su tía Lila había creado una nueva variedad de rosa híbrida y le había puesto el nombre de su mujer de la limpieza, la señora Iris Domato. El florista regresó con un inmenso ramo de rosas rojas, dragones y alhelíes.

—Normalmente, cuando te gastas tanto es que hay pelea con la mujer —dijo el florista—. ¿Hay pelea con la mujer?

—Con la novia —dijo Vincent.

—Las flores a veces ayudan —dijo el florista—. Y a veces no.

Vincent estaba prácticamente seguro de que a Misty no le gustaban las flores, pero quería llevarle algo enorme y ostentoso. Un gesto de cariño y hostilidad semejante podría ser de esas cosas que tal vez Misty apreciara.

Era viernes por la noche. Bajando por la calle de Misty, a Vincent le pareció oír un violín; lo siguió un oboe y una flauta travesera. Durante unos instantes, Vincent creyó alucinar. Mientras caminaba, la música se acercaba cada vez más. Pasó al lado de un edificio de piedra rojiza que tenía las ventanas del salón abiertas. Una chica con un violín en la mano se asomó a mirar la calle. Detrás de ella Vincent vio a un grupo de músicos que estaban afinando. En la pared de la casa, una placa rezaba: «The New York Little Symphony Society». La chica de la ventana le sonrió a Vincent, señaló el ramo y volvió a sonreír. Luego cogió el violín y se puso a tocar los primeros

compases de la *Sonata a Kreutzer*.

Vincent esbozó una sonrisa y la saludó con la mano. Se sentía emocionado y ridículo. ¿Cuántos otros hombres andarían por las calles con una camisa limpia y bien planchada y un inmenso ramo de flores? Suspiró. El amor te condenaba a un yugo, el mismo yugo bajo el cual todos los amantes caminan como bueyes. El amor, pensó Vincent, no tenía nada que ver con la ciencia. Le parecía injusto que, para investigar, uno solamente pudiera recurrir al objeto mismo. Esas reflexiones lo llevaron ante la puerta de Misty. Llamó al timbre y esperó a que ella le abriera y lo dejara entrar.

El apartamento de Misty recordaba un poco a su despacho, aunque lo cierto era que sí había algo más que ver. No era ni ordenada ni desordenada, sino simplemente relajada. Ella decía que no era nada sentimental con sus posesiones, y Vincent pudo comprobar que eso era cierto. Tenía un viejo sofá azul, una silla azul y un taburete de tres patas. En el dormitorio había una cama muy sencilla con una colcha blanca y azul, y un escritorio de roble. Casi todas las paredes estaban ocupadas por estantes llenos de libros. Los únicos objetos decorativos eran una placa fotográfica de dos personas de aspecto agarrotado, una fuente decorada con una mazorca de maíz en relieve y un jarroncito de cristal.

—Son para ti —le dijo Vincent tendiéndole las flores. Ella las miró sin decir palabra—. ¿Tienes donde ponerlas?

—Probablemente no —respondió ella.

Entraron en la cocina, donde, sobre una estantería que Misty era demasiado baja para poder alcanzar sin ayuda de una silla, reposaba, lleno de polvo, el hermano mayor del jarroncito de cristal.

—Vaya montón de flores —dijo Misty—. ¿Y ahora qué tengo que hacer con ellas?

—Se suelen poner en agua para después disponerlas con gracia sobre alguna superficie plana —respondió Vincent.

El jarrón quedó limpio y lleno de agua. Las flores, bien colocadas. Misty las miró con desconfianza.

—¿Y en qué superficie tendrá gracia? —Miró la mesa del rincón de la sala, puesta para dos—. Esto es demasiado grande para la mesa.

Vincent le cogió el jarrón de la mano, lo llevó al dormitorio y lo dejó en un estante bajo que quedaba delante de la cama.

—Cuando te despiertes por la mañana puedes pensar en mí —dijo Vincent.

—¡Ni lo sueñes!

Para cenar, Misty le sirvió a Vincent estofado y tortitas de patata.

—Es una cena judía de viernes por la noche —le dijo.

Vincent dio muestras de un gran apetito, pero después de cenar cualquier asomo de naturalidad que pudiera haberse manifestado entre los dos se desvaneció. En el apartamento de Misty —en su terreno—, Vincent estaba callado. Que ella le hubiera permitido acceder a ese nivel de intimidad lo tenía un poco asombrado. Nunca se le había ocurrido que el apartamento de una chica pudiera ser escenario de intimidad alguna. El apartamento de una chica era un lugar en el que quedarse a

dormir poco después de la primera cita. Y si la chica tenía compañeros de piso o una cama diminuta, después te largabas a tu apartamento. Ahora Vincent tenía la impresión de haber entrado en un claustro. Esperaba que, en su territorio, Misty fuera enérgica e imperiosa, pero no lo era. Estaba callada, retraída y tensa. Misty se levantó a recoger la mesa, tumbó una copa de vino vacía y se sentó otra vez.

—Esto es horrible —dijo—. No sé por qué me molesto. ¿Ves lo que has sacado? Has sacado una cena, y está asquerosa.

—¿Te refieres al estofado y las patatas? Estaba todo buenísimo.

Misty lo miró con cara triste.

—Eres tan bobo que ni siquiera sabes cómo estaba —le dijo—. Por fin aquí. Era eso lo que querías, ¿verdad? Estás aquí y ninguno de los dos tiene nada que decir. Ahora ya lo sabes.

—¿Ya sé qué? —preguntó Vincent.

—Ahora ya sabes donde no encajas. O pueda que eso ya lo sepa yo. Piensa en lo mucho mejor que habrías estado si una de esas chicas de Relaciones Públicas de jersey color verde chillón y camisa rosa que viajan a las Bermudas en primavera te hubiera invitado a cenar. Habría habido *mousse* de salmón y un *soufflé* y habríais tenido una larga charla sobre la gente de la oficina y tal vez habrías descubierto que tu primo y el suyo habían ido al mismo colegio.

Vincent tardó varios segundos en darse cuenta de que Misty no estaba siendo brusca. Se sentía claramente desdichada. Se quitó las gafas y se rascó el puente de la nariz. Ese gesto le llegó a Vincent derecho al corazón. Nunca la había visto así antes, y no sabía qué hacer. Así que, a su lado, apoyó una rodilla en el suelo y le cogió las manos.

—Ya he ido a cenas de esas —dijo Vincent—, pero yo quería cenar aquí.

—Esto no va a funcionar —dijo Misty.

—¿Qué no va a funcionar?

—Las ideas que hayas podido hacerte sobre ti y sobre mí.

—¿Qué ideas? —preguntó Vincent.

—No sabes cómo soy.

—Me he hecho una idea bastante aproximada. Eres el azote de Dios.

—Bueno, pues ahí lo tienes —dijo Misty con desgana—. No funcionará.

—Te quiero —dijo Vincent.

—No te creo. A mí me parece que te resulto sociológicamente interesante. Te gusta la novedad, pero acabará pasando y entonces te aburrirás.

—Oye, ¿tan terrible es tener a alguien que te quiera?

—Sí —respondió Misty.

—¿Te refieres a que alguien como yo te quiera?

—Sí. No lo entiendo. Estoy convencida de que crees que si sales con alguien completamente distinto a todas las chicas con las que has salido, te sentirás muy mayor.

—Entiendo —dijo Vincent—. No te fías, ¿no es eso? ¿Y lo piensas por ti o por mí?

—Muy interesante —respondió Misty—. No lo sé.

—Mira —dijo Vincent—, nunca me había enamorado antes de conocerte. Nunca le había dicho te quiero a nadie. Todo esto es nuevo para mí y tú te comportas como una *prima donna*. ¿Y si tú te aburres de mí? Puede que te guste porque el sociológicamente interesante para ti soy yo.

—Nunca he dicho que me gustes —dijo Misty.

—Eso ya está mejor —dijo Vincent—. Pero te gusto, ¿verdad?

—Puede. Si me gustas es muy a mi pesar. —Misty se levantó y recogió la mesa.

Vincent se puso en pie de un brinco para ayudarla. Misty fregó los platos en silencio y luego los secó en silencio, buscando en los armarios el sitio que les correspondía para guardarlos. Estaban los dos en el fregadero, codo con codo, y la situación llenaba a Vincent de contento. La vida adulta y hogareña era eso, pensó. Se lo dijo a Misty.

—Qué tonto eres —le contestó ella.

Los platos habían quedado limpios, secos y guardados. Misty y Vincent estaban de pie en el salón. El ambiente volvía a estar tenso: la tensión de lo ineludible.

—Cuánto me gustaría que no estuviéramos tan distantes —dijo Vincent.

—¿Esa es tu manera educada de decir que tendríamos que acostarnos?

—Sí.

—Muy bien —dijo Misty—. En marcha.

A la mañana siguiente, cuando Misty se despertó vio ante sí las flores de Vincent y al propio Vincent tumbado a su lado sonriéndole.

—«Noche de paz, noche de amor» —cantó Vincent—. Esta es mi voz navideña —añadió.

Misty lo contempló como si, al despertar, se hubiera encontrado con un pez en su cama y anduviera rumiando sobre cómo había llegado hasta allí y qué iba a hacer con él.

—¿Qué hora es? —gruñó Misty.

—Son las siete y media —dijo Vincent—. Y ahora voy a hacerte una taza de café y te la voy a traer a la cama. Eso no te hará ninguna gracia, ¿verdad?

—No mucha.

—Mientes. Apuesto lo que quieras a que ningún hombre te ha traído el café a la cama, ¿verdad? Todos creen que no lo necesitas, ¿me equivoco?

—No —respondió Misty.

—¿No te parece que la vida es deliciosa? —dijo Vincent. Se levantó de la cama de un salto desplegando ante Misty su larga espalda. Tenía los hombros llenos de pecas y el pelo alborotado.

—No vas a encontrar nada —dijo Misty—. No sabrás hacer café en una cafetera de filtro.

—Soy científico. No solo voy a encontrarlo todo sino que, además, voy a hacerte una taza de café tan deliciosa que el amor que sentirás por mí te hará echar espumarajos de rabia.

Vincent se sentó en el borde de la cama. Resultaba que Misty era toda ella color albaricoque. Le apartó el pelo de los ojos con delicadeza y le besó la frente.

—Para teneros contentos no hace falta gran cosa —dijo Misty.

—*Au contraire* —replicó Vincent—. Resulta que para hacerme feliz a mí hace falta mucho. A ver, escúchame, tú puedes estar tan de malas como quieras. Yo voy a estar contento por los dos, pero quiero que me mires a los ojos y me digas que me tienes un poquito de cariño.

Misty lo miró a los ojos.

—Muy bien —le dijo—. Te tengo un poquito de cariño. Y ahora, si me haces el favor de desplazar esta mole tuya, me gustaría lavarme los dientes. Una cucharadita rasa de azúcar en el café, por favor.

Vincent preparó una taza de café buenisima. Era una de las pocas habilidades culinarias que tenía. Esa taza de café sorprendió a Misty, que se recostó contra las almohadas y se la bebió muy despacio. Eran esas pequeñas cosas las que te fulminaban, pensó Misty. No tenía intención de echarse hacia delante para darle a Vincent un beso en el hombro, pero lo hizo. Aquello la enfureció, así que se bebió el café de un trago, le echó a Vincent las sábanas por encima y se dirigió a la ducha muy ofendida.

Bajo el agua, reflexionó acerca de su situación. El sexo, eso lo sabía, era algo que no admitía las mentiras. De haber seguido sus verdaderos instintos, no estaría en la ducha, sino de vuelta en la cama con Vincent. Y como el auténtico deseo no hay manera de ocultarlo, era probable que él ya lo supiera. Aquello, sin embargo, no significaba que él tuviera que saber nada más. ¿Por qué le daba tanto valor a la reserva? ¿Por qué se protegía a sí misma tan a conciencia?

El agua le bajaba por la espalda de manera muy placentera. Sí que había algo maravilloso en que alguien te quisiera. El éxtasis no aparece de la nada. El tiempo apremiaba, calculó Misty: un par de semanas más y sería una réplica de Vincent, anunciando su enamoramiento ante unos desconocidos del metro. Cerró el agua y se envolvió en una toalla. Se miró en el espejo empañado. El amor nos vuelve idiotas a todos. Hete ahí el destino del hombre.

Guido estaba solo en el parque. Era la hora del almuerzo. El fresco de esos días estaba a punto de convertirse en algo más serio. Mientras él seguía sentado, las últimas hojas caían flotando lentamente al sendero. Sus compañeros de parque no eran vivaces colegiales ni corredores ni paseadores de perros con sus perros. Y era demasiado temprano para esos jóvenes ejecutivos que se reúnen en el banco a comerse un perrito caliente y charlar. En el banco de enfrente había una persona de aire abatido y género por determinar, con traje y sombrero de montar y un bigotito fino. En otro banco, un chico de aspecto huraño —y que estaba haciendo novillos, eso era evidente— les daba palomitas de maíz a los pájaros y leía una revista de *hockey*. Y ahí estaba Guido, contemplando las hojas que caían en remolinos melancólicos.

En el bolsillo tenía una carta de Holly anunciándole su regreso. La carta evitaba precisar la fecha y tampoco dejaba demasiado claro el resto. Le decía que volvía y que se moría de ganas de que hablaran. La embargaba la novedad de las cosas, le decía. Aquello había dejado a Guido muy sorprendido. No esperaba que su meticulosa esposa usara semejante lenguaje, pero lo hacía; en situaciones emotivas, al menos. ¿Qué era la novedad de las cosas? ¿Significaba eso que volvía a quererlo o que quería a un hombre nuevo y que iba a pedirle el divorcio?

El anuncio de la llegada de Holly había seguido a otro, el de la marcha de Betty Helen. Su madre, que vivía en Skokie, estaba enferma, le había explicado, y tendría que irse a vivir con ella hasta que se recuperara. Entonces volvería al trabajo, claro, le había dicho Betty Helen, pero no podía decirle cuándo. Guido tenía la sensación de que todo el mundo lo abandonaba o lo había abandonado sin darle mayores explicaciones. Todo el mundo menos Vincent, por supuesto.

Vincent se había dejado caer por el despacho de camino a una comida de trabajo. Por lo radiante de su cara era del todo evidente que su gran amor se había consumado.

—¿Has pasado un buen fin de semana? —le preguntó Guido. Vincent se puso colorado.

—He pasado el fin de semana con Misty —dijo Vincent. Guido no reaccionó—. Solo pasaba a

saludar. A ver cómo estabas.

Con la marcha de Holly, Vincent tenía la sensación de que Guido había quedado inválido, y lo llamaba todos los días para comprobar si seguía vivo. Entre semana se pasaba por allí algún día para asegurarse de que a la voz del teléfono le correspondía un cuerpo.

—Betty Helen se va —dijo Guido.

—Buenas noticias.

—Para mí no. Será algo temporal. Su madre está enferma.

—Eso es absurdo. No tiene madre. La clonaron a partir de la bota de agua de nosequién —dijo Vincent.

—La vida es un poco espeluznante. ¿Por qué son las mujeres tan imprecisas sobre sus planes? Holly se larga y no dice cuándo va a volver, y ahora Betty Helen hace lo mismo.

—Es una moda, ya pasará —dijo Vincent.

—Ahora voy a tener que buscar a alguien eventual —dijo Guido—. Lo que supone más entrevistas con actrices que no saben escribir a máquina y con hegelianos que no saben archivar.

—No tienes muy buen aspecto —dijo Vincent—, puede que una cena con Misty y conmigo te sentara bien.

La idea de cenar con Vincent y Misty era justo lo que a Guido le apetecía, pero él sabía que a un amor recién consumado, cuanta menos compañía, mejor. Rechazó la propuesta. Cada uno le dirigió al otro una sonrisa tímida.

—Holly va a volver —dijo Guido.

—Pensaba que seguía sin cogerte el teléfono.

—Y sigue igual, pero dice que vuelve a casa.

—Bueno, son buenas noticias, ¿no? —dijo Vincent.

—No se ha molestado en decirme cuándo.

—No entiendo a las mujeres. Incluso cuando hacen lo que quieres que hagan, no hay manera de entenderlas. Después de pasar un fin de semana con una chica, cualquiera contaría con poder hacerse una idea de lo que piensa y lo que siente, pero con Misty no.

Cruzaron miradas de resignada perplejidad. Estaban los dos exhaustos, mareados y descolocados, como bailarines que acabaran de terminar de representar un largo ballet.

La que antaño fuera Holly Sturgis llevaba seis semanas de viaje, durante las cuales había recorrido Francia con su madre, se había comprado cuatro pares de zapatos y había leído las obras completas de Proust. Un día llamó a Guido desde el aeropuerto y le dijo que iba a casa a deshacer la maleta y que se reuniría con él para cenar.

—Primero quiero verte en público —le dijo—. Vernos en la intimidad es algo demasiado conyugal y obvio.

Quedaron en el Lalique, un pequeño restaurante muy recargado al que solían ir de recién casados. Fue una cena frugal, ninguno de los dos tenía demasiado apetito. La comida casi ni la probaron, pero se terminaron una botella de vino blanco.

—Esto está plagado de recuerdos —dijo Holly.

Se marcharon a toda prisa y dejaron más propina de la cuenta. Ya en el apartamento, la morada de la reciente soledad de Guido, él se sintió impelido a soltar un discurso sobre las separaciones en general y la suya en particular, pero Holly, amorosa y tierna, lo sedujo y eso lo mantuvo callado un buen rato. Después ella le llevó un té en una bandeja. Estaba tumbado en la cama, con todas las almohadas para él solo, contemplando con sensación de alivio el armario lleno de Holly mientras ella iba a buscar un camisón. Cohabitar con solamente parte de su guardarropa le había provocado una tensión mayor de la que él mismo era consciente.

—Creo que sería bueno que nos mudáramos —dijo Holly—. Creo que este paréntesis nos ha hecho un bien inmenso y que ahora necesitamos otro telón de fondo.

—No sé si te sigo —dijo Guido.

—Me refiero a que hemos roto con cierto tipo de seguridad. Ahora volvemos a estar juntos y nos vendría muy bien que nosotros también cambiáramos por completo. Nuevas habitaciones, nueva decoración. Me gustaría volver a acostumbrarme a algo. Y, además, esta cocina nunca me ha gustado.

—¿Qué nueva decoración? ¿Qué cocina? Para empezar, todavía no sé del todo por qué me dejaste. Y no me habías dicho que la cocina no te gustara. Tú decías que sí que te gustaba.

—Vayamos por partes —dijo Holly—. A la cocina le falta espacio. He ido apañándome, pero cocinar como es debido es muy difícil. En segundo lugar, yo no te dejé. Me fui. Yo sé que sí lo entiendes, Guido, pero tengo la impresión de que no quieres entenderlo. No quiero acostumbrarme a que todo marche bien. No quiero acostumbrarme al matrimonio, se trata de un asunto demasiado serio. El día a día me gusta como al que más, y el día a día contigo me encanta. Podríamos seguir así muy contentos, pero creo que de vez en cuando conviene interrumpir las cosas para verlas con

perspectiva.

—¿Significa eso que vas a torturarme así de vez en cuando?

—No seas tonto. Cierra los ojos y dime exactamente qué hay en la habitación.

Guido cerró los ojos y le describió con profusión de detalles todos los objetos de la habitación.

—¿Y esto a qué viene? —le preguntó a Holly.

—Viene a que la gente se acostumbra demasiado a las cosas. Siempre me olvido de que tú no eres así, pero no puedo dejar de pensar que acabarás cayendo, así que trato de ir siempre un paso por delante para que no puedas hacerlo. Si acabaras por acostumbrarte a mí, creo que me consumiría.

Estaban tumbados, uno al lado del otro. Holly tenía la cabeza apoyada sobre uno de los cojines de adorno que había sacado del armario, donde Guido, incapaz de soportar su visión durante la ausencia de ella, los había guardado. Holly iba un poco despeinada. Llevaba un camisón muy recatado, pendientes de turquesa y el anillo de oro y turquesa que Guido le había regalado como anillo de compromiso y había acabado siendo su alianza. Tal vez fuera su cabello oriental lo que le confería a Holly aquel aire impenetrable. ¿Pero qué más daba? Había vuelto.

De ahí su reconciliación. Pero incluso con Holly durmiendo a su lado, Guido no paró de dar vueltas en toda la noche para asegurarse de que la tenía allí de verdad. Y allí seguía ella, con el pelo sobre los cojines y un elegante pie encima de la manta: dormía el sueño de los justos y los inocentes. Su ropa estaba pulcramente doblada sobre la butaca que durante seis semanas no había alojado nada más estimulante que unos ejemplares de *The New York Times*.

A la mañana siguiente, Holly se levantó antes que Guido, que se la encontró bebiendo un café con la vieja bata de pelo de camello que le había cogido. Los ojos le brillaban, alerta pero perdidos. Estaba leyendo las páginas de sociedad. En el puesto que Guido ocupaba en la mesa había una fuente cubierta con magdalenas y mermelada. Holly le leyó el periódico como si nunca se hubieran separado.

—En la crónica cuentan que un coleccionista de sellos de veinte años ha estado carteándose con una coleccionista de sellos de ochenta años y que piensan casarse. ¿No te parece extraordinario?

—Acabarán acostumbrándose —respondió Guido.

—No me chinces, cariño —le dijo ella sirviéndole una taza de café—. Es probable que acaben acostumbrándose, y lo lamentarán. Aquí está la primera plana.

Guido se parapetó tras la sección de deportes y volvió a asomar cuando Holly le llevó un plato con unos huevos revueltos con cebollino absolutamente perfectos.

—Se me ha ocurrido que hoy podría echarle un vistazo a la sección inmobiliaria de los clasificados —dijo Holly—. Por si hubiera un apartamento que llevara nuestro nombre escrito. No estaría mal mirar un poco para ver lo bien que estamos, a menos que aparezca algo mejor. — Se levantó de la mesa y le echó los brazos al cuello—. Tengo un millón de recados por hacer. Voy a vestirme. Tienes un poco de café en la cafetera y leche caliente al fuego. Te llamaré a la hora de comer.

Y con eso desapareció por el dormitorio; Guido se quedó pensando que cuando de asuntos del corazón se trataba, su mujer era muy práctica.

La mañana era fría y clara. El sol brillaba entre unas gruesas nubes grises, un viento fresco hacía volar las hojas en remolinos, y cuando las nubes se apartaban el cielo se veía de un azul alegre e intenso. En aquel tiempo no había sitio para la perplejidad.

Sin embargo, Guido sí estaba perplejo. Holly le parecía más desconcertante que nunca. Necesitaba tiempo para meditar sobre su regreso, pero no le quedaba un minuto: Betty Helen se había ido con su madre enferma y él se veía ante la perspectiva de entrevistar a docenas de chicos y chicas poco indicados para el puesto. La vida moderna no daba muchas Betty Helens, pensó Guido con tristeza. Cuánto iba a echar de menos a esa presencia regular, fiable y átona. Betty Helen era sosa como el arroz con leche.

A la puerta de su despacho, lo saludó un joven que llevaba el pelo como el John Donne de los primeros tiempos, traje con chaleco y botas de cowboy.

—¿Puedo ayudarte en algo? —dijo Guido.

—Sí, estoy buscando a Guido Morris.

—Yo soy Guido Morris.

—¿Ah, sí? Genial. Bueno, soy Stanley Berkowitz, el primo de Misty Berkowitz, y soy tu nuevo secretario. Soy un regalo de Misty y de tu colega Vincent.

—Qué detalle —dijo Guido—. Nunca había tenido secretario.

—No soy secretario, tío, pero tecleo superrápido. Estaba en Princeton, pero me he tomado un año libre y necesito un trabajo. Misty decía que tendría que haberme colgado una cinta al cuello con una tarjetita. Soy la solución a todos tus problemas.

—Entiendo —dijo Guido.

—No parece muy contento, pero lo estarás, porque sobre todo soy formal. Como soy un tipo nervioso, puedo escribir como un millón de palabras por minuto. Y también sé griego y latín. Es que estudio clásicas.

—Aquí no hay mucha demanda de griego ni de latín —dijo Guido—. Puede que trabajar aquí te parezca muy aburrido.

—Necesito un sitio aburrido, tío. Tengo que tomármelo con calma. El semestre pasado se me fundieron los plomos y ahora tengo que desconectar.

—¿Sabes escribir al dictado? —le preguntó Vincent.

—No, tío, pero escribo superrápido.

Stanley escribía deprisa y con letra clara. Hacía un café excelente. Le encantaba contestar el teléfono, poner esas voces tan chulas, y lo cierto era que tecleando era una fiera. Antes de la hora de comer, le entregó a Guido un montón de cartas escritas a máquina. Faltaban todas las uves dobles, que estaban escritas a mano, en caligrafía.

—¿La tecla de la uve doble está rota? —preguntó Guido.

—No, tío. Es un truquito que me inventé para no volverme loco pasando a máquina los trabajos del trimestre. Mira, escoges una letra que no vas a teclear y luego la escribes a mano. Es un pequeño reto. Me lo inventé cuando iba enchufado.

—¿Enchufado? —preguntó Guido.

—*Speed* —explicó Stanley—. Anfetaminas y todo el rollo y tal. Todos los jóvenes íbamos de

eso. Como se me estaba quedando la cabeza hecha puré, lo dejé, pero se descubren unas cosas rarísimas, como lo que yo bauticé como «el síndrome de la letra perdida».

—Queda muy bonito.

—Ya, bueno, parece que la tecla se haya roto, pero le da un toque personal.

Vincent ya conocía a Stanley. Misty los había presentado formalmente, y él se había tomado la presentación como otra buena señal: conocer a un miembro de la familia de tu amada. A su primera noche con Misty le siguieron muchas otras. Vincent tenía la impresión de que aquello era lo que Misty consideraba vida normal. A él no se lo parecía, desde luego. Se había propuesto ir apareciendo en el despacho de Misty hacia las cinco para ver si estaba libre. Las primeras veces se lo veía formal y avergonzado.

—¿Podríamos...? ¿Podrías, quiero decir...? Me refiero a si vamos a quedar esta noche —le había dicho.

A Misty aquello no le había sentado bien.

—Corta ya. Deja de tratarme como si no fuera más que otra de tus relaciones sociales.

Esas afirmaciones habían tranquilizado a Vincent. No tratarla como a otra de sus relaciones sociales suponía tratarla como una parte ya asentada en su vida.

—Bueno, pensé que convendría preguntar —respondió Vincent.

—Ahórrame tus modales. ¿Crees que no iba a quedar contigo? ¿Crees que iba a acostarme con un fulano cualquiera para después no verlo? A ver, ¿de qué crees que va todo esto?

—Me pareció bien preguntar primero.

—Ahórrame tus frases hechas —dijo Misty.

Y así se abandonaron a una vida familiar algo improvisada. Vincent no preguntaba nada; de hacerlo, todo podría evaporarse, pensaba. Normalmente se retiraban al apartamento de Misty, que era más pequeño que el de Vincent pero tenía cazos y sartenes y platos. Vincent mostraba una cierta indiferencia hacia su entorno. Había alquilado un apartamento bastante lujoso que durante sus días de apagafuegos apenas había usado. Antes de conocer a Misty, Vincent había decidido que la soltería era una forma de penitencia, casi siempre espantosa, y como había cogido la costumbre de cenar fuera, el apartamento tenía pocas comodidades que ofrecer. Misty y él solo aparecían por su apartamento a buscar alguna camisa limpia o a recoger el correo.

En casa de Misty, por la noche, veían las noticias en el minúsculo televisor. Vincent leía el periódico y siempre se bebía su whisky de rigor.

El whisky, pensaba él, era una señal definitiva. Había sido, de hecho, un punto de inflexión. Como Misty nunca tenía invitados y casi nunca bebía, en su apartamento no había alcohol. Unas semanas después de su primera noche juntos, Vincent se quedó maravillado al descubrir que no solo le había comprado una botella de whisky, sino que, además, era irlandés. Misty no había dicho nada al respecto, Vincent tampoco; que hubiera salido a comprarle lo que más le gustaba lo había dejado absolutamente conmovido.

Después de las noticias, salían a cenar o cenaban en casa. Misty sabía hacer estofados, guisos y tortillas, Vincent había aprendido de Holly a hacer la ensalada perfecta, y juntos habían

colaborado en la preparación de algún *soufflé*.

—Me gusta cocinar solo cuando hay peligro de por medio —decía Vincent.

Más tarde, Vincent se fumaba su puro y leía en una punta del sofá. Misty se bebía su café a sorbitos y leía en la otra punta. Aquello no era lo que Vincent conocía por vida romántica. De hecho, y si tuviéramos que guiarnos por la opinión más extendida, su primera noche había tenido muy poco de romántica. Vincent no había dejado a Misty absolutamente prendada y ella no se había arrojado a sus brazos diciendo: «Tómame, soy tuya». No habían acabado borrachos perdidos ni se habían ido a la cama entre una maraña de sábanas. Lo que habían hecho había sido acostarse como si llevaran una vida entera acostándose juntos. Se habían desvestido y habían doblado la ropa. Ninguno había hecho comentario alguno al ver las manos trémulas del otro. Misty había abierto las sábanas con mucha naturalidad, aunque las rodillas le temblaban. Ya en la cama, no se habían abalanzado el uno sobre el otro con gritos incoherentes, no habían cerrado los ojos ni se habían desvanecido en un éxtasis, sino que se habían quedado un rato juntos, uno al lado del otro, hasta descubrir que estaban cogidos de la mano.

—Bueno. Ya estás aquí —había dicho Misty. Hablaba con voz entrecortada.

Vincent no se tomó aquellas palabras como una señal para que la levantara entre sus brazos. Se puso de lado. Ella se volvió para mirarlo. No sonreían. Tenían el corazón desbocado. Dice el poeta: «Nos respiramos el uno al otro, de ascua en ascua». Y respiraron.

Misty ya le había presentado formalmente a un miembro de su familia. Habían invitado a cenar a Stanley y a Vincent le había parecido muy divertido. Tratando de matar tantos pájaros de un tiro como pudiera, le había dicho a Stanley:

—Si vas a tomarte el semestre libre, ¿por qué no trabajas con mi amigo Guido Morris? Anda un poco liado y podrías ayudarlo. Merece la pena.

Cuando al entrar en el despacho de Guido, Vincent se encontró a Stanley trabajando muy concentrado, se llevó una alegría.

—¿Qué se cuentan por el vertedero? —dijo Stanley, para quien la especialidad de Vincent constituía una fuente de diversión inagotable.

—¿Qué tal la vida de secretario? —preguntó Vincent.

—Una pasada. Claro que solo llevo unos días. El señor Morris lo atenderá enseguida. ¿Qué te parece? Agradable y profesional, ¿no?

Guido estaba sentado a su mesa leyendo propuestas y bebiendo un vaso de agua con gas con zumo de lima.

—¿Qué se cuentan por el vertedero? —dijo.

—¿Ahora el guion te lo escribe Stanley? —respondió Vincent—. ¿Qué tal está Holly?

Guido sintió renacer su desesperación.

—Está estupendamente. Y yo estoy fatal. Me siento como si un camión me hubiera pasado por encima, pero ella es adaptable como un termostato. Dice que quiere mudarse a otro piso. Anoche dijo nosequé sobre los artefactos de la estasis.

—¿Y eso qué significa?

—No tengo ni idea. Cuando se pone así nunca sé de qué habla. Y eso que en cualquier otro aspecto es clara como el cristal. No soy capaz de hablar del asunto. Lo único que sé es que Holly

ha vuelto.

—¿Te acuerdas de cuando éramos jóvenes y todo el mundo pensaba que las mujeres eran sentimentales? —preguntó Vincent—. Me pregunto quién sería el afortunado que tuvo esa ocurrencia. Descubrir que antes las cosas eran aburridas pero ahora son absolutamente extrañas es algo horroroso. Las chicas a las que conocía las veo ahora como superfluas, pero empiezo a pensar que una mujer que se derrita por ti puede resultar muy atractiva.

—Eso lo interpreto como que tu amiga Misty te lo está haciendo pasar muy mal —dijo Guido.

—Si lo que quieres decir es que me ataca, no, no me ataca, pero no me da ni un respiro. Sé que no le parezco ni simiesco ni desagradable, pero tampoco sé qué otras cosas puedo parecerle. Es una tumba. Qué narices, voy a pedirle que se case conmigo.

—¿Por qué no metes la cabeza en un horno de carbón? —le dijo Guido—. Así ahorras tiempo.

—La quiero —dijo Vincent—. Y estoy seguro de que ella me quiere. No me lo dice porque, según ella, no merezco saberlo; pero estoy absolutamente seguro de que me quiere.

—La vida es sencillísima, ¿no te parece? —repuso Guido amargamente.

—En los viejos tiempos yo le soltaría la pregunta y ella aceptaría y nos casaríamos y liquidaríamos el asunto. Después echaríamos raíces y viviríamos la vida como la vive la gente normal y corriente.

—¿Y qué te hace pensar que sois normales y corrientes? —dijo Guido—. Además, en los viejos tiempos no había ni Hollys ni Mistys. Nuestro problema es que ya no sabemos cómo deben ser las cosas.

—Me da igual. Voy a actuar partiendo del supuesto de que las cosas son como deberían ser y voy a preguntarle a Misty si quiere casarse conmigo.

—Casi no la conoces.

—¿Y qué más da? ¡Quién fue a hablar! —dijo Vincent—. Tu noviazgo no fue largo, precisamente. Además, tú eres el que decías que cuando aciertas, aciertas. Pues ahora voy a acertar yo.

—De regalo de bodas voy a pasarte el nombre de un buen abogado. Pero antes de pedirle a Misty que se case contigo, dale las gracias por haberme enviado a Stanley.

—Se las daré. ¿Pero por qué antes?

—Puede que no quieras hablar con ella después de que te haya rechazado.

Misty estaba en su despacho mirando la pera que se había llevado para almorzar. Era una pera pequeña de la variedad Seckel, tan dura y verde que la idea de comérsela le desagradaba. La idea de hacer cualquier cosa le desagradaba. Se quedó pensando en la guerra civil que libraban su carácter y su personalidad. El uno tenía atrapada a la otra. Su carácter, pensaba ella, era como la blanda barriga de un erizo, y su personalidad, como un montón de púas. Cuando el erizo se siente amenazado, sabía ella, se hace una bola para proteger su vulnerable barriga. El enemigo no sabe lo blando que es el animalito por dentro, eso solo lo sabe el erizo.

Cómo se habría alegrado Vincent de saber cuánto pensaba Misty en él, cuánto lo adoraba. Cuando Misty se acordaba de la pasión con la que a veces él la miraba, sentía una cálida oleada de amor cerca de lo que Vincent llamaba su «corazón vestigial».

Misty no entendía cómo podía soportarla, pero él la soportaba. Quizá, en aquel optimismo

militante suyo, él mirara entre las púas y fuera capaz de ver lo que, con esfuerzos desesperados e insuficientes, ella trataba de proteger. Quizá él acabara cansándose y marchándose. Quizá ella tendría que rendirse y exponerse.

En plena reflexión, Misty levantó la vista y se encontró a Maria Teresa Warner mirándola fijamente.

—Caramba, qué mala cara tienes —dijo Maria Teresa—. Venía a preguntarte si te apetecería un almuerzo barato.

—No podría probar bocado.

—Qué frase tan desafortunada. Bocados es lo que parece que quieras darle al mundo entero. Creo que voy a tener que sacarte de aquí a rastras. Estás que pareces tu mortaja.

Misty se dejó arrastrar hasta una cafetería que había a la vuelta de la esquina. Maria Teresa y ella ya almorzaban juntas a menudo. Dejarse manejar le parecía a Misty todo un alivio. Maria Teresa la obligó a pedir un sándwich y una taza de café.

—¿Ves? —le dijo Maria Teresa—. Te morías de hambre. A ver, ¿qué pasa contigo? ¿Tiene esto algo que ver con Vincent Cardworthy?

—¿A qué te refieres? —preguntó Misty.

—¿A qué te refieres con lo de que a qué me refiero? Está clarísimo. No pongas esa cara de angustia. Para estas cosas tengo un ojo clínico. Nadie más se habrá dado cuenta, los dos sois demasiado discretos y reservados, pero a una persona discreta y reservada como yo no la engañáis, desde luego. ¿Qué pasa?

—Nada.

—Menuda mentirosa estás hecha —dijo Maria Teresa—. Está enamorado de ti, ¿verdad?

—Sí. ¿Tenemos que hablar del tema? —preguntó Misty.

—Sí, tenemos que hablar del tema. ¿Y por qué no? Eres la única persona de por aquí con quien soporto hablar. Muy bien. Él te quiere, pero tú no lo quieres a él, ¿no es eso?

—No quiero hablar de eso —dijo Misty empujando las migas por el plato.

—Muy bonito —dijo Maria Teresa—. ¿Tu madre no te enseñó que no se hacen dibujos abstractos con la comida? Así que él te quiere y tú no lo soportas.

—No puedo hablar del tema —dijo Misty.

—¡Dios mío! Si estás a punto de llorar —dijo Maria Teresa—. Toma, coge esta servilleta, pero no la dejes hecha trizas. Lo siento muchísimo. Pensé que hablar te haría bien.

—Y me hará bien. No lo odio. No lo desprecio. Pero no quiero que sepa lo que siento.

—¿No? ¿Por qué?

—Lo que quiero decir es que no quiero poner las cartas sobre la mesa hasta que no esté segura de lo que hago. No quiero que me quiera. No quiero quererlo. Lo que quiero es que me dejen en paz.

—Caramba, caramba. Admiro tu frialdad. Si alguien me quisiera a mí, es probable que hasta le pagara y todo. ¿Sabes qué decía santa Teresa de Ávila? Decía que a ella, con una sardina que le dieran, la sobornaban. Eres firme como una roca.

—No te lo estás tomando en serio —dijo Misty—. Bueno, pues yo sí. No lo entiendo, eso es todo. ¿Por qué yo? No soy su tipo.

—Puede que él alcance a ver la belleza de tu alma inmortal.

—No tengo ninguna alma inmortal. No entiendo qué le hace estar tan seguro de que me quiere.

—Santa Teresa decía que cuando deseaba una cosa, de natural la deseaba con ímpetu. Puede que Vincent sienta lo mismo.

—Puede que sí. ¿Pero por qué yo?

—Bueno, no sé si estaré rebasando los límites de nuestra amistad, pero lo que yo creo es esto: creo que estás enamorada de él y que estás asustada.

—¿Es una revelación de santa Teresa de Ávila? —respondió Misty.

—La revelación es de mi abuela.

Misty arrugó la servilleta hasta formar una pelotita.

—No hagas eso, por favor —dijo Maria Teresa quitándole a Misty la servilleta arrugada de la mano—. Y no empieces a dibujar en la mesa con el azúcar. Tengo razón, ¿verdad?

—Puede.

—¿Y cuál es el problema? Tendrías que estar feliz como un pajarillo. Cardworthy me cae bien. A mí no me importaría que me diera un par de sardinas. ¿Por qué no te alegras, sin más?

—No soporto hacer nada sin pelear —dijo Misty.

Esa tarde, al salir del trabajo, Misty se reunió con Stanley en el parque. Estaba agotada. Él desbordaba energía.

—Trabajar te pone a cien pero sin acabar histérico —dijo él—. Este Guido es un buen tipo.

La diferencia de edad entre Misty y Stanley era considerable, pero encajaban como un par de zapatos viejos. No eran íntimos, precisamente, pero estaban muy acostumbrados el uno al otro. Así, Misty tenía alguien más joven a quien mangonear y Stanley, una mujer mayor con la que hablar. Stanley tenía problemas amorosos. Había pasado el verano tratando de engatusar a una chica llamada Sybel Klinger para que se mudara al piso realquilado en el que él vivía. Ella no había accedido a la idea, pero Stanley seguía intentándolo.

Sybel era bailarina de danza moderna y también estudiaba mimo. Era vegetariana, y las vitaminas que tomaba eran de una marca que solo se conseguía en Nueva Jersey. Cuando no estaba dedicada al mimo o a la danza o a discutir con Stanley sobre si podía dejar o no sus maillots colgados en su armario, Sybel se centraba en su bienestar mental y espiritual. Una vez a la semana, iba a un psiquiatra que creía que todos los trastornos mentales tenían su origen en la postura y le había recomendado que recurriera a las artes marciales como sistema para aceptarse a sí misma. Dos noches a la semana, Sybel iba a clase de kendo, y una tarde a la semana la reservaba al taichí. Sybel meditaba antes de todas las comidas y también antes de acostarse. Los sábados por la tarde, pasaba tres horas sentada con su grupo de meditación. Debido a lo apretado de su agenda, Sybel solo podía dedicarle a Stanley un tiempo muy limitado. Ese era el argumento de más peso para que se mudara con él, aunque Misty no comprendía cómo podía su primo estar con una persona así y sobrevivir. Lo cierto era que el apartamento de Stanley estaba atestado de las pertenencias de Sybel: sus calentadores raídos, sus varios frascos de vitaminas, sus tarros llenos de algas, pasta de soja y arroz integral. Las pesas de mil trescientos gramos con las que Sybel andaba para fortalecer las pantorrillas estaban colgadas del pomo de la puerta del dormitorio.

Buena parte del tiempo que pasaban juntos se les iba en buscar un restaurante en el que Sybel

pudiera comer. Para Sybel, entrar en un restaurante común y corriente era peor que beber de un frasco de veneno, y su programa de actividades no le dejaba tiempo para comprar esa verdura cargada de fibra que tanto le apetecía.

Pero Misty no estaba allí para hablar de Sybel. Misty estaba harta de Sybel. Si ya había quedado harta de oír hablar de ella, después de conocerla se había hartado de ella del todo. Sybel llevaba su grueso pelo castaño peinado en una trenza que le bajaba por la espalda. Se la veía húmeda, como mojada, y siempre llevaba vestidos anchos. Su voz tenía un deje de suficiencia y tozudez que hacía que a Misty le entraran ganas de darle una patada.

Era de Vincent de quien Misty quería hablar. Un poco a regañadientes. Interesarse por la impresión que tu amado le ha causado a tu primo pequeño da mucha rabia, sobre todo cuando la novia de tu primo pequeño es una pánfila.

—Qué ganas de comprarme un perrito caliente, colega. Sybel me mataría. Dice que si alguien ha estado comiendo carne se nota. Dice que en los paquetes de perritos calientes tendrían que poner una calavera con dos tibias. Eso le quitaría la gracia.

—Stanley —dijo Misty—. Siéntate en este banco y dime qué opinas de Vincent.

Se sentaron en el banco que había debajo de la farola.

—¿Por qué tenemos que sentarnos aquí con este frío? ¿Por qué no vamos a algún sitio calentito y agradable a comer carne y hablar del tema?

—Siéntate y calla —dijo Misty—. Esto es muy serio.

—Bueno. A mí me cae muy bien. Visceralmente, quiero decir. Es superlisto. Le gustas muchísimo, claro, así que puede que tan listo no sea.

—¿Crees que debería casarme con él?

—¿Te lo ha pedido? ¿O se lo has pedido tú?

—El tema aún no ha salido —respondió Misty.

—Entonces, ¿a qué viene tanta historia?

—El tema saldrá.

—Ya, bueno, pues cuando salga me llamas —dijo Stanley.

—Stanley, eres un cerdo egocéntrico.

—No, no es verdad. Soy tu primo. Y no lo sé. ¿Lo quieres y todo ese rollo?

—Eso no es asunto tuyo —le dijo Misty.

—¡Dios, Misto! Eres superrara. Me pides un consejo y luego ni siquiera me dices si lo quieres. Si es lo suficientemente tonto como para aguantarte, tendrías que casarte con él. Los tipos como él no crecen en los árboles. En este parque no, por lo menos. ¿Y, por cierto, por qué me preguntas a mí?

—Porque somos familia.

—¿Ah, sí? —dijo Stanley—. Pensaba que mi opinión te interesaba porque soy un genio.

Misty no decía nada. Se quedó en el banco, encorvada y con la mirada perdida. Stanley le pasó un brazo paternal por los hombros.

—Va, Misto. Todo saldrá bien —le dijo—. Va. Vamos a alguno de esos restaurantes mugrientos a comer hamburguesas.

Durante las semanas que llevaban juntos, Holly había mencionado en varias ocasiones a alguien

llamado Arnold Milgrim. Ni le había explicado a Guido quién era ni se lo había descrito, lo que lo había llevado a sospechar que sería un elemento permanente en la vida de Holly, un amante presente o pasado, tal vez, pero cuando Holly empezó a referirse a él con un dejo de reverencia, Guido supuso que Arnold Milgrim sería una persona universalmente conocida y respetada, no un amante de Holly.

Una mañana ya no pudo soportarlo más. Dirigió una mirada amenazadora a Holly y otra mirada amenazadora a la cafetera.

—Sírreme un poco de Arnold Milgrim —le dijo.

Entonces Holly le explicó que Arnold Milgrim había sido alumno de su padre y que había coincidido con él en su reciente viaje a Francia. Era profesor en Yale, pero ahora daba clases de filosofía en Oxford, y era el autor de *La decadencia del lenguaje como sentido*, *La memoria automática* y *Pescar en las aguas del tiempo*, un libro sobre literatura marxista.

Con el pasar del día, Guido tenía la impresión de ser el único ciudadano de Nueva York que nunca había oído hablar de Arnold Milgrim. Vincent lo había visto por televisión en Inglaterra. Stanley había leído *La memoria automática*. Al final, Guido ya no pudo más y llamó a Misty, quien le dijo que había leído *La decadencia del lenguaje como sentido* y que le había parecido sugestivo pero en el fondo tonto.

Y luego Guido pasó a otra cosa. Convenció a Holly de que, en vez de mudarse, podían redecorar. Esos artefactos producto de la estasis los eliminarían los pintores, yeseros y empapeladores con los que tenían concertada una invasión del apartamento. Por la noche, Holly le hizo entrega a Guido de infinidad de muestras de pinturas, telas y papeles pintados. Holly y él se pusieron a bosquejar planos y a combinar colores sentados a la mesa del comedor o trasladándose a la habitación que estuvieran tratando en esos momentos para ir moviendo los muebles de sitio.

Tras ese esfuerzo en común, los dos pasaron varias semanas viviendo bajo sábanas que protegían el suelo y los muebles. Holly centró su atención en los trabajadores, a los que acosaba, engatusaba, adulaba y seducía. Les hacía café y sándwiches italianos, y, así, ni una sola gota de pintura estropeó el suelo. La visión de Holly sumía a los empapeladores en un estado de asombro y pavor. Al final de la jornada, el yesero pasaba el aspirador. Guido se dio cuenta de que su mujer habría sido una dictadora extraordinariamente eficiente.

Salvo en la pared del comedor, que a propuesta de Guido era verde manzana con molduras blancas, en todas las demás se aplicó un número exagerado de tersas capas de pintura blanca. Aparecieron cuatro peruanos a raspar, teñir y encerar el suelo. De la tintorería llegaron las alfombras persas. Dos chicos que recordaban un poco a Stanley se presentaron en el apartamento para montar una encimera muy ingeniosa y colgar unos estantes muy prácticos y elegantes en la cocina.

Por fin desapareció la última sábana de protección. Las habitaciones ya no olían a pintura y las cortinas ondeaban inmaculadas en la gélida brisa.

Un sábado por la mañana, el correo trajo un pesado sobre de color crema dirigido a Holly. Parecía una invitación de boda, pero era una carta en la que Arnold Milgrim anunciaba su llegada a Nueva York en compañía de una alumna. Holly respondió al instante invitando a Arnold y a la estudiante a cenar.

Guido examinó el sobre. Tenía el membrete de la facultad de Arnold Milgrim.

—Un papel magnífico —dijo—. Tendríamos que haberlo escogido para el recibidor.

Pínchame otra Arnold Milgrim de esas.

Con aire distraído, Holly dejó caer en el plato que sujetaba Guido una salchicha irlandesa.

Arnold Milgrim apareció el martes por la noche con su alumna, una chica que llevaba el cabello color tostada recogido en un moño tan precario que a Guido le dio miedo estrecharle la mano. Se llamaba Doria Mathers.

Arnold Milgrim era un hombre bajo y musculoso. Parecía que el traje se lo hubieran encogido a escala hasta dejarlo de la medida perfecta para una tortuga de tierra. Llevaba unos pequeños mocasines muy brillantes y calcetines del rojo intenso de la sangre arterial. Era calvo y su rostro tenía esa sensualidad descarnada y política que se ve en los bustos de los generales romanos.

Doria Mathers le sacaba una cabeza y parecía profundamente aletargada. Llevaba un vestido largo color ciruela y medias a conjunto con los calcetines de Arnold. Tanto él como ella llevaban gafas redondas de montura color rosa.

Cuando se disponían a cenar después de haber bebido algo, Arnold ya le había ofrecido a Guido un capítulo de su nuevo libro para *Runnymede*. Doria, por su parte, apenas si había hablado. No había apartado los ojos de sus rodillas, pero su presencia no pasaba desapercibida.

—Lleno mi propio espacio con una especie de estruendo silencioso —les dijo más tarde.

Guido estaba sentado delante de la chimenea, al lado de Doria. Iba llenándole la copa de vez en cuando y preguntándose si se habría inventado una nueva forma de comunicación sin que él se hubiera enterado. En el otro extremo de la sala, Arnold charlaba con Holly muy animado.

—Doria es mi alumna más extraordinaria. Es americana, ¿sabes? Las universidades americanas no parecían capaces de retenerla. La mera fuerza de su mente la tiene agobiada. En otros tiempos habría sido una mística, pero en esta era mercantil nuestra no pasa de genio. Nunca he visto a nadie tan absolutamente abrumado por su inteligencia interior.

Holly miró a Doria, que se comunicaba con Guido en silencio. Sí que se la veía abrumada por algo: apenas podía levantar la cabeza. Durante la cena, Doria pronunció una frase completa: «Creo que el *jet lag* es el mal de la segunda mitad del siglo XX». Dicho eso, agachó la cabeza y fue comiendo pequeños bocados de su *quiche Lorraine*, plato que a Holly le había parecido acertadísimo para ofrecerles a unos invitados recién llegados de un vuelo transatlántico.

Según transcurría la velada, Doria fue mostrándose cada vez más desenvuelta. Se quitó los zapatos, que dejó debajo de la mesa de centro, uno encima del otro. Su endeble moño había empezado a deshacerse y le colgaba por la nuca, torcido pero con mucho estilo. Su vestido, que más bien era una especie de suéter muy largo, le tiraba de un lado y dejaba a la vista su hombro blanco. Holly, cuya pulcritud era como el brillo de una perla oriental, reparó en que el desaliño también tenía su encanto.

Doria se acurrucó en la esquina del sofá y de su morral sacó un ovillo color ratón y un par de agujas de hacer punto. Mientras la conversación seguía a su alrededor, clavó la vista en un punto intermedio entre Holly y Arnold y se puso a tejer mecánicamente.

En el sofá, Arnold ilustraba a Holly sobre Doria.

—Es absolutamente interior. Siempre lo ha sido, por lo visto. Hasta los cuatro años no habló. Resulta que en realidad sí que hablaba, pero solo cuando estaba sola. Se había inventado su propio idioma, en el que se dirigía a sus juguetes. Todavía lo recuerda, lo ha recogido en un

diccionario. Escribía un diario en código. La clave la tiene en una caja de seguridad. Hablando con propiedad, no es tímida, ¿sabes? Lo que pasa es que es ensimismada y tranquila. La sobrestimulación la tiene siempre muy preocupada. Digerir esta cena le costará una semana como mínimo. Cuando llegó a Oxford, se pasó un mes en su habitación para ir asimilando el entorno más inmediato.

Luego Arnold le preguntó a Holly si querría enseñarle la ciudad a Doria mientras él iba a ver a su editor.

—¿Será capaz de soportarlo? —preguntó Holly.

—Ha desarrollado una habilidad de reacción diferida consciente —dijo Arnold—. Cuando volvamos a Oxford tendrá que encerrarse una temporada.

Cuando se despedían, Holly le preguntó a Doria qué le gustaría ver.

—Me gustaría ir a todas las tiendas de lanas —dijo Doria—. Quiero ver hilos rústicos y hechos a mano. También me gustaría ver algunas telas de la época colonial, y si fuera posible me gustaría entrar en contacto con un telar.

La vida había vuelto a la normalidad, más o menos.

—¿Por qué siempre que lo invito a cenar, Vincent dice que no le va bien? —preguntó Holly—. Solo lo he visto una vez desde que he vuelto, y eso no basta. Quiero ver qué tal es esa chica suya de la que tanto he oído hablar. ¿De verdad pasa cada minuto del día con ella?

—Nuestro Vincent es, por fin, parte de una pareja —respondió Guido.

—¿Y eso es una buena noticia?

—Eso parece.

—¿Tiene miedo de someterla a mi escrutinio o es que se avergüenza de mí? —preguntó Holly.

—Creo que no es cosa de él sino de ella, que es lo que tú llamarías un caso difícil, aunque no en el sentido de las chicas que solía frecuentar.

—Suena muy alentador —dijo Holly—. Que vengan a casa. Los invitarás tú. Si lo hago yo, Vincent pensará que estoy fisgando.

—Es que estás fisgando. Pobre Vincent —repuso Guido.

—Pobre yo. Ya no le gusto; creo que no me perdonará nunca que haya pasado esas semanas fuera. Y creo que tú tampoco me lo perdonarás, pero fue la mejor decisión. Tengo la impresión de que muchas telarañas emocionales han desaparecido.

Guido apartó la mirada de su preciosa mujer y la dirigió a su precioso apartamento. No recordaba haber visto jamás una sola mota de polvo, mucho menos telarañas, pero de alguna manera Holly había estado en lo cierto. Su rutina diaria, que siempre había sido extraordinariamente agradable, ahora le parecía magnífica. El desayuno auténtico en el que Holly creía era más regalo que comida. Y como siempre, ella le leía los artículos del periódico que más la divertían, normalmente citas estúpidas de funcionarios públicos o comentarios igualmente estúpidos de señoronas de la alta sociedad. Aquellas recitaciones, que a Guido siempre le habían parecido simpáticas, ahora le resultaban entrañables. Las llamadas diarias de Holly al despacho ahora lo alegraban más que nunca. Los paseos que daban, las noches que salían a cenar fuera y los almuerzos que hacían en casa ya no eran momentos agradables del día, sino acontecimientos que los unían cada vez más. La ausencia de Holly le había dado lustre a su regreso. Sus pasatiempos

normales ya no eran tan normales. El viaje a Francia había enriquecido sus vidas, eso era innegable. Sus noches eran arrebatadas y llenas de pasión. Sus mañanas, dulces y llenas de ternura. Y entretanto, Holly se comportaba como un ave del paraíso que hubiera entrado por la ventana en una casa de Des Moines y allí se hubiera quedado; no explicaba gran cosa, dejaba que todos disfrutaran de su presencia. La inmensa felicidad de Guido en su compañía borraba el desconcierto que sentía cuando estaba solo.

Dejaron de comentar su separación, si es que de una separación se había tratado. ¿De qué servía hablar? Holly había tomado su camino, sencillamente, y si ese camino no era el de Guido, él se recordaba que no estaba casado con su propio doble; ahora que la tenía de vuelta, él estaba contento. Solo cuando Holly salía reparaba Guido en el dolor que su marcha le había causado: él sabía que el dolor pasaría, pero cuando Holly regresaba de algo tan trivial como una expedición a la vuelta de la esquina para ir a comprar un manojo de perejil, Guido tenía la impresión de que acababan de salvarle la vida.

La idea de cenar con Guido y Holly horrorizaba a Misty.

—No voy a sentarme a charlar nerviosísima delante de un costillar de cordero birrioso —le dijo a Vincent.

—No darán costillar de cordero. Lo más probable es que sirvan pollo asado. Y no habrá charla tensa, sino una conversación distendida y generosa. Holly se muere de ganas de conocerte.

—No voy a dejar que me observen —dijo Misty—. No voy a permitir que me examinen para ver si paso la prueba o si les parezco lo bastante buena para ti.

—¡Misty! Les parecerás demasiado buena para mí. A Guido le caes bien. Yo te quiero. ¿Cómo no vas a pasar la prueba?

—Este es el razonamiento más egocéntrico que he oído en mi vida. No voy a ir.

—No te pido mucho —dijo Vincent, cariacontecido y angustiado—. Solo es una cena, por Dios. Guido es mi amigo más antiguo.

Este intercambio tenía lugar en la cocina de Misty, donde Vincent había estado secando los platos con la sensación de ser un verdadero adulto. Vincent dejó el trapo en la encimera y descubrió que Misty se había marchado al salón dando pisotones y ahora estaba al lado de la ventana. Había empezado a nevar. Vincent se quedó a su lado y la volvió hacia él muy lentamente. Para su asombro, vio que Misty tenía los ojos llenos de lágrimas. Se le paró el corazón.

—Misty, ¿qué pasa? Solo es una cena.

Su asombro fue en aumento cuando ella le apoyó la cabeza en el pecho y se echó a llorar sobre su camisa.

Era la primera vez que Vincent la veía llorar. Ella nunca lloraba, ni en el cine. Vincent sospechaba que a solas sí que lloraba, pero ahora tenía público. Si Misty ni siquiera gimoteaba. Vincent estaba sobrecogido y aterrorizado.

—¿Sabes cuánto te quiero? —le susurró él al pelo.

—Si tanto me quieres, dame un pañuelo.

La miró fijamente. Sus mejillas estaban mojadas, pero tenía los ojos despejados.

—¿Cómo puedes ser así, Misty? ¿Cómo puedes ser tan frívola cuando hablo en serio?

—Solo te pones sentimental cuando lloro —le dijo Misty.

—Yo siempre me pongo sentimental. Y nunca te había visto llorar. —Le dio su pañuelo—. ¿Me quieres, Misty?

—Bastante. Más de lo que te mereces. —Entonces Misty apoyó la cabeza en la ventana y se echó a llorar otra vez. Él la cogió entre sus brazos y le suplicó que se explicara—. ¿Qué narices voy a ponerme? —sollozó ella—. ¡Dios! Esto es horroroso.

Vincent le cogió el pañuelo de la mano, le secó las lágrimas delicadamente y le pidió que se casara con él. Ella le dijo que se lo pedía porque se había echado a llorar y luego le propuso una partida de *gin rummy*.

—Si gano, ¿te casarás conmigo? —preguntó Vincent. Barajó las cartas con el aplomo de un profesional.

—¿Cómo puedes ser tan frívolo cuando hablo en serio? —dijo Misty y, después de haber cogido solamente cuatro cartas, se descartó.

Al día siguiente, Misty daba vueltas por su despacho como un gato enjaulado. A la hora del almuerzo salió y se compró una blusa de seda que no se podía permitir y una caja de *marrons glacés* que tampoco se podía permitir. Iba a dárselos a Guido y Holly, aunque en el fondo eran para Vincent, a quien le encantaban. Entró muy avergonzada en un par de tiendas, se quedó mirando escaparates y pensó en llamar a Maria Teresa para ver si quería ir a comerse un sándwich con ella. Hablar con alguien la tranquilizaría, ¿pero qué faltaba por decir? Así que se puso a hablar sola.

Todo había terminado, se dijo. Lo que había terminado era la persona que, hasta la víspera, había sido toda su vida: una persona a las puertas de algo. Y llevaba tanto tiempo siendo esa persona que dejar de serlo la asustaba. Esa persona había estado esperando Eso. Y Eso, por supuesto, era el amor. El amor consistía en poner tu personalidad en el escaparate para ver qué acababa atrayendo. Lo que atraía era un ser resplandeciente que caía del cielo y que, al instante, se enamoraba de ti por tu carácter. Que ese ser resplandeciente fuera Vincent Cardworthy era algo que a Misty le costaba bastante de creer, pero ahí lo tenía. Había caído del cielo y la quería por su carácter.

Ya no podía disuadirlo más. Había querido disuadirlo para poder darse el lujo de tomar una decisión sobre él. Aquel era el indicador con el que la mujer inteligente medía el amor. Pero Misty sabía perfectamente que a Vincent no lo había disuadido en absoluto. La disuadida era ella. Vincent la acusaba de maldad, pero ella sabía que si manifestaba una décima parte de la ternura que sentía, se pasaría buena parte del tiempo llorando.

Ahora, mientras caminaba lentamente de vuelta al despacho, el mundo le parecía torcido. Nada encajaba. Ahí la inteligencia no pintaba nada. El juego había terminado. Estaba enamorada.

Vincent fue a recogerla a las cinco.

—¿Tenemos tiempo de pasar por mi apartamento antes de ir a casa de Guido y Holly?

Vincent asintió con la cabeza.

Misty se sentó en el taxi como una niña a la que tienen que llevar a rastras al dentista. Cuando llegaron a su apartamento, se echó una cabezadita en el sofá. Vincent se quedó mirándola desde

detrás del periódico. Incluso dormida parecía inteligente. Vincent retomó la lectura del periódico. Ver a Misty dormida siempre lo afectaba, despertaba en él una sensación de perplejidad y ternura.

Misty se levantó de repente con muy mal cuerpo. Buscó a tientas las gafas sin encontrarlas y se sentó muy quieta con expresión desolada y perdida, como si acabara de despertar de un sueño amable y descubriera que la cruda realidad estaba esperándola. Vincent creía poder reconocer la infelicidad, pero no estaba seguro de que aquello lo fuera. Se sentó al lado de Misty y le cogió la mano.

—¿Vas a contarme qué te pasa? —le dijo—. No soporto verte así.

Ella se encogió de hombros.

—¿Si te digo que te quiero te pongo las cosas más fáciles o más difíciles?

Misty se echó a llorar. Era la segunda vez en dos días que lo hacía, pero la repetición no mitigó el efecto que le causó a Vincent.

—Muy bien —dijo ella—. Allá voy.

Vincent sintió que se le paraba el corazón. Hasta ahí habían llegado, ¿pero adónde habían llegado?

—No es lo que piensas —le dijo Misty mirando su cara compungida—. Es peor. No podrás librarte de mí. Esta es tu última oportunidad para saltar del tren, Vincent. No creo que estemos hechos el uno para el otro. Puede que tú estés hecho para mí, pero yo estoy hecha para Atila, el rey de los hunos.

—¿Me estás diciendo que la vida a tu lado será un infierno?

—Te estoy dando una última oportunidad para que te busques una chica mejor —dijo Misty—. Alguien que sepa manejarse en un velero.

—Qué cosa tan fea. La semana pasada me ofrecías un análisis muy convincente sobre los mecanismos de mi asombroso intelecto, y ahora qué tengo que hacer, ¿desprenderme de mi intelecto y salir a navegar?

—Y está la cuestión judía, además —dijo Misty.

—Ah, eso —repuso Vincent—. No me ha parecido que ninguno de los dos sea religioso. Y, además, mi tía Marcia es judía. Se casó con tío Walter. Es nuestra pariente favorita, la favorita de todos. ¿A qué viene tanta historia?

—Tenemos orígenes muy distintos —dijo Misty.

—No vale la pena ni discutirlo. Hasta ahora nos ha ido muy bien y nos seguirá yendo bien.

—No soy como el resto de tus conquistas. No sé nada sobre la cría de perros.

—Sí que sabes —repuso Vincent—. La noche que comparábamos parientes excéntricos me dijiste que tu tía Harriet quería cruzar corgis galeses con dóbermans, quería una raza perro guardián muy fiera que no ladrara, para los ataques sorpresa. Con eso bastará. Y si a eso le sumamos lo de mi tía Marcia, verás que estamos hechos el uno para el otro.

Las lágrimas le resbalaban a Misty por el rabillo del ojo. Echó los brazos al cuello de Vincent.

—Tengo miedo —dijo—. Eso es todo.

—Eso no es todo. ¿De qué tienes miedo?

—No lo sé.

—¿Y qué otras cosas no sabes?

—Eso es todo —respondió Misty.

- Supongo que eso significa que has analizado extensamente lo que sientes por mí.
- Lo que yo siento por ti trasciende el análisis, por lo visto.
- Maravilloso. ¿Y qué sientes?
- Que te quiero.
- Grita un poco más, por favor.
- He dicho que te quiero. ¿No te parece banal?
- Qué alivio —respondió Vincent con una sonrisa.

Con la caja de *marrons glacés* bajo el brazo de Misty y un ramo de rosas en el puño de Vincent, avanzaron por el vestíbulo hacia el apartamento de Holly y Guido. Antes de tocar el timbre, Vincent la puso de espaldas a la pared y la besó.

- Estás aplastando los *marrons glacés* —le dijo ella.
- Da igual. Hace solo media hora me dijiste que te casarías conmigo.
- Pero porque hincaste una rodilla en el suelo en mitad de la calle y tenía miedo de que te atropellara un taxi.
- ¿Podemos anunciarlo? —preguntó Vincent.
- ¿Que han estado a punto de atropellarte?
- Que nos casamos. Responde sí o no, te lo ruego. Ya no puedo mantener más esta defensa elegante.
- Sí —respondió Misty.
- Será fantástico: todos juntos.
- Menudo *boy scout* feliz estás hecho.

La mesa estaba puesta para cuatro. El café estaba preparado para seis.

- Arnold Milgrim y su alumna vendrán a tomar café —dijo Guido.
- Puede que solo venga Arnold —dijo Holly—. Parece que Doria ha desaparecido con el primo de Misty.
- ¿Con Stanley? —preguntó Misty.
- Con Stanley —contestó Guido—. Arnold y Doria pasaron por la fundación esta tarde. Yo me encerré con él en mi despacho para repasar el artículo que publicará en *Runnymede*, y cuando salimos, los otros dos habían desaparecido.
- Asombroso —dijo Misty—. ¿Quién iba a querer escaparse con Stanley?

La velada fue más relajada de lo que Misty había imaginado. Ya al entrar había habido mucho cariño. Palmadas en la espalda entre Vincent y Guido; besos de Vincent a Holly y de Guido a Misty; un apretón de manos entre Holly y Misty, cada una echándole una mirada a la otra y volviéndose a echar y repitiendo otra vez. Holly iba a tener que caerle bien a Misty, le gustara o no, porque estaba a punto de convertirse en una realidad de su vida. Holly trató a Misty como si la conociera desde hacía muchos años y luego la llevó a la cocina.

- Solo quería verte con luz —dijo Holly.

Misty se quedó quieta, muy amable, posando de frente, de tres cuartos y de perfil.

—Excelente —dijo Holly—. Mucho mejor de lo que pensaba. No habría dicho nunca que Vincent pudiera ser tan sensato. Tengo la teoría de que acaba de despertar de un estado alterado de conciencia y te ha encontrado. ¿Puedes sacar el champán de la nevera?

Cuando iban a sentarse a cenar, Vincent hizo el anuncio.

—Misty y yo vamos a casarnos —dijo. Sus palabras desencadenaron otro alud de besos y apretones de manos.

Durante la cena bebieron mucho vino. Al pasear la mirada por la mesa, Misty notó la luz de las velas reflejada en sus ojos. Todos le parecían amables y encantadores. Holly se comportaba como si ya tuviera a Misty completamente integrada, pero a Guido se lo veía muy conmovido. Habría miles de cenas como esa, pensó Misty: este es mi sitio en la mesa; este es el mejor amigo de mi futuro marido y esta, la mujer del mejor amigo de mi futuro marido, tengo el resto de mi vida para ir conociéndola. Vincent, al otro lado de la mesa, parecía seráficamente feliz. Qué delicioso estaba todo, pensó Misty. Todo brillaba. ¿Sería aquello cosa del amor o tan solo del vino? Del amor, decidió Misty.

Era justo eso lo que había sospechado: el amor te convierte en una auténtica sensiblon.

Después de la cena, aparecieron Arnold Milgrim y Doria Mathers. A Doria se la veía más despeinada que nunca.

—Esto es una visita relámpago —dijo Arnold—. Nos tomamos un café y salimos pitando.

Holly hizo las presentaciones.

—Stanley tiene el mismo apellido que tú —le dijo Doria a Misty—. ¿Esto es algo habitual en Nueva York o sois familia?

—Primos hermanos —respondió Misty.

—Relación de consanguinidad —dijo Doria—. Qué intensa. El concepto de primo ha perdido su significado en el mundo moderno. A mí se me antoja como algo completamente volitivo. Yo, por ejemplo, tengo varios primos. A algunos no los he visto nunca, a otros los odiaba y hay dos o tres cuyo nombre ni recuerdo. En materia de distancia, el agua es más fuerte que la sangre. Tu primo lee griego de maravilla. Esta tarde me ha leído Platón.

Nadie supo qué responder a semejante afirmación. Holly sirvió el café y se sentó al lado de Arnold. En el otro extremo de la sala, Vincent, Misty y Guido se agruparon alrededor de Doria. Misty había advertido que Doria, aun sin ser precisamente menuda, tenía la virtud de hacer que en sus manos todos los objetos parecieran diminutos. Estaba encorvada sobre su taza de café, que sujetaba con las dos manos como si fuera el nido de un pájaro. Aunque conversar en su presencia era imposible, en un grupo silencioso cuyo centro lo ocupara Doria, uno tenía la impresión de que en algún lugar, no se sabía bien cuál, pasaban muchas cosas.

—Doria provoca el pensamiento —le confió Arnold a Holly—. La mecánica de la política emocional, por ejemplo. Doria es capaz de causar dolor, que ella define como poder. Yo estoy convencido de que Stanley y ella se retiraron a algún lugar tranquilo a leer Platón inocentemente, pero Doria sabe que ese gesto engendra la idea de posibilidad.

Aquello le pareció a Holly una declaración de celos.

—La comunión entre los sexos entraña el riesgo de caer en el estereotipo —continuó Arnold—. Con esto me estoy refiriendo a seudovalores como la posesividad. O al concepto de amor como capitalismo: el beneficio de una inversión. La idea misma de Doria dinamita esos conceptos. Una mente como la suya debe compartirse como si de un descubrimiento científico se tratara.

Durante su discurso, Arnold no había despegado los ojos del sofá en el que Doria estaba sentada con la cabeza ladeada como si hubiera cedido ante el peso de su pelo. Parecía dormida, aunque ella siempre daba la impresión de estar dormida.

—Tengo que llevarla a casa. Está a punto de derrumbarse —dijo Arnold, cuyo derrumbe era más que notable.

Arnold se levantó y se quedó de pie al lado de Doria. Ella le dirigió una mirada vidriosa antes de beberse el café como el niño que se bebe la leche de un trago, y luego él se la llevó a casa.

—Por fin solos —dijo Guido—. Gracias a Dios que la reunión cuáquera ha terminado. Bebamos otra botella de champán.

Regresaron en tropel al salón.

—Por Misty y Vincent —brindó Guido.

—Por una boda espléndida —añadió Holly.

—Nada de bodas espléndidas —dijo Misty—. Ya sabéis lo que dicen: la aparatosidad de la boda guarda una relación inversamente proporcional a la duración del matrimonio.

—¿Y eso quién lo dice? —preguntó Vincent.

—Lo digo yo —respondió Misty.

—¿Significa eso que quieres pasar toda la vida casada conmigo? —preguntó Vincent.

—Voy a casarme contigo, ¿no?

Guido sirvió más champán.

—Misty cree que esta institucionalización del amor te sitúa fuera del universo moral —dijo Vincent.

—A la salud del universo moral —dijo Guido.

Entrechocaron las copas y, a la titilante luz de las velas de cera de abeja de Holly, bebieron muy contentos a la salud del universo moral.

6

Misty y Vincent regresaron a su casa y a su cama dando tumbos. Los efectos del champán empezaban a desvanecerse.

—Bueno, ahora es oficial —dijo Vincent—. ¿Tienes dudas?

—Yo nunca tengo dudas. Tener dudas o entrar en la ciudad de La Meca atenta contra mi religión. ¿Tú tienes dudas?

—Te manifestaría mi intensa felicidad —respondió Vincent—, pero, desafortunadamente, soy incapaz de lograr que ninguna de mis extremidades responda.

A la hora del desayuno, a Vincent le costaba mover la cabeza.

—Si no tuviera un dolor de cabeza tan tremendo, sería el hombre más feliz de Estados Unidos.

Misty, sin embargo, ya había vuelto a la normalidad. Después de andar cargando con su amor al hombro como si de un albatros se tratara, su situación le parecía ahora inmejorable y estaba fresca como una rosa.

—Tendrías que estar echando la primera papilla —le dijo Vincent—. No lo entiendo: tú nunca bebes y yo soy un hombre de mundo, la resaca deberías tenerla tú y no yo. ¿Estoy gritando?

Misty le puso delante un zumo de naranja.

—El zumo este tiene un color muy chillón —dijo él—. ¿Podría tomarme un café primero?

Misty le llevó su taza, que él usó para hacerle la venia.

—Por nuestro futuro feliz —brindó Vincent.

—Tu optimismo es de récord.

—¿Qué tienen de malo los futuros felices?

—Estamos en el siglo XX, esta no es la edad dorada de los futuros felices, precisamente.

—A algunos sí que les espera un futuro feliz —respondió él.

—Tú y tus fantasías de debutante.

Holly había quedado con Doria en un salón de té. Había pasado la mañana peinando el directorio telefónico en busca de un telar con el que Doria pudiera entrar en contacto, y gracias a su búsqueda había descubierto que las labores de punto eran una actividad muy popular y que había un telar expuesto en el Instituto de la Lana, donde también tenían algunas muestras de telas de la época colonial.

Holly encaraba ese almuerzo sin muchas ganas: los genios que a ella le gustaban eran los locuaces, y Doria, esa hechicera interior, era muy capaz de pasar una comida en silencio. Holly

detestaba las comidas en silencio: creía en la conversación en la mesa, y una de las cosas que más apreciaba de Guido era que constituía un excelente compañero de mesa.

Doria, sin embargo, estaba muy habladora. Al parecer, el reverso de su silencio interior era la charlatanería exterior. Doria iba dando bocaditos a su sándwich y, entre uno y otro, se explayaba sobre Arnold Milgrim. Decía que era el hombre más maravilloso que había conocido, el más maravilloso que hubiera existido nunca, tal vez. Resultó que Arnold y ella iban a casarse, aunque él, que ya había estado casado, no creía que el amor sublime necesitara del boato social.

—He conocido a personas... —dijo Doria bajando la voz hasta dejarla en un susurro— a las que hace unos siglos habrían canonizado. ¿No te parece interesantísimo que solo la Iglesia tenga santos? En el mundo tenemos el mérito, sí, pero eso no basta. Esas personas son santas de la mente: su sacrificio consiste en sacrificarse al intelecto. Necesitamos una nueva definición de santidad para unos tiempos en los que la religión ha perdido su relevancia. Arnold está en ese camino de santidad, creo yo. Es puro hombre, pura mente. Yo, en cambio, soy puro temperamento. Siento, por ejemplo, que tengo que comer cincuenta gramos de chocolate al día. Arnold no tiene esas manías. No tiene necesidades concretas de ningún tipo. Él está por encima del temperamento y la personalidad. Él es espíritu, sin más, lo mueven las ideas. Yo soy un caso de personalidad atrincherada pero anulada. Arnold dice que tan pronto puedo exhibir una irritación profunda y repentina como puedo trascenderla.

Doria llevaba un vestido de angora que en algunas partes parecía haber dado de sí y, en otras, haber encogido, tenía un tacón a punto de rompersele y se protegía del frío con una capa que parecía un conjunto de mantas de caballo con las costuras vistas. En las tiendas de lanas fue al grano; por lo demás, era un modelo manifiesto de caos.

Holly iba impecable. La pulcritud no era algo que ella hubiera elegido: la naturaleza se la había impuesto. Siempre llevaba su poblada melena con un corte perfecto y sus rasgos libres de adornos le conferían un aire tranquilo. En ella la ropa se veía más cuidada, limpia y almidonada que en los demás. Las horas que había pasado al acecho de las lanas no la habían descompuesto; a Doria, en cambio, se la veía casi frenética. Holly la observaba mientras su montículo de pelo iba desplazándose lentamente cuello abajo. En el Instituto de la Lana, la capa había empezado a resbalarle. Holly se había quedado paralizada: nunca se le había ocurrido que la dejadez pudiera ser un efecto calculado. Doria sabía lo que se traía entre manos, desde luego. Encantadoramente desaliñada, se paró delante del telar del instituto.

—Creo que el tejido constituye una metáfora perfecta de la construcción de la vida —dijo—. Con esto me refiero a su construcción individual. Cualquier hilo puede entretrejerse siguiendo los dictados de la imaginación. La filosofía de la historia la veo como una especie de telar. Y lo es, ¿no te parece?

—Absolutamente —dijo Holly.

Holly la dejó en su hotel. Doria había comprado lana hilada a mano de Vermont, lana cruda de Pakistán, hilos de bordar, hilo torcido del Himalaya para hacer calcetines y una madeja de alpaca. Se despidió de Holly con un apretón de manos.

—Ahora estoy muy cansada —le dijo—. Arnold y yo vamos a coger el avión de vuelta a Inglaterra. Gracias por todas tus aportaciones.

Esa noche, mientras cenaban, Holly le preguntó a Guido si la veía capaz de exhibir una irritación profunda y repentina y de trascenderla.

—No —respondió Guido—, creo que tu irritación es completamente calculada.

—Arnold teoriza sobre Doria —dijo Holly—. ¿Tú teorizas sobre mí alguna vez?

—Trato de no hacerlo. Y, en cuanto a Doria, creo que está borracha o va drogada o es muy boba.

—A mí me parecen muy románticos.

Cuando ya habían pasado a la *mousse* de melocotón, Holly declaró:

—A menudo pienso que tenemos temperamentos contrapuestos.

—Maldita sea, Holly. Te largas y me dejas y no hay manera de sacarte una frase coherente acerca de tus motivos. Vuelves y no te explicas. Y luego quieres que teorice sobre ti. Y crees que Milgrim y la dejada de su novia son románticos. Lo único profundo en ti es tu constante cabezonería.

Y con eso Guido salió hecho una furia hacia el salón, donde se quedó dándole vueltas al asunto. Casi nunca perdía los estribos, eso para él era como perder las llaves, pero sentado en su sillón se dio cuenta de lo agradable que era la rabia justificada.

Cuando levantó la vista, se encontró a Holly parada en la puerta del salón con expresión dócil y una bandeja con tazas de café.

—Lo siento —dijo ella—. A veces todo es tan plácido e invisible que soy incapaz de verlo sin mostrar cierta disconformidad.

Guido no decía palabra.

—Eres la única persona a la que he querido —continuó Holly.

—Muy bien —dijo Guido—. Me alegro de oírlo. Ya que tanto me quieres, ¿has teorizado tú sobre mí?

—Pues claro que no. Yo no soy de pensar. Tú sí. Yo simplemente te quiero.

—Lo que tú digas —contestó Guido después de dirigirle a Holly una mirada de amor y tristeza—. Vivir contigo es, muy a menudo, un infierno.

Misty pasó despacio ante el Museo de Historia Natural. En esos momentos su corazón tenía cuatro cavidades llenas de amor, miedo, confusión y certeza.

Iba a casarse. Solo de pensarlo se quedaba atónita. Ese inmenso salto adelante la hacía sentirse como su propia sombra. Cuando las otras chicas se casaban se abandonaban a la alegría y no a la reflexión. En el camino al matrimonio, todos y cada uno de los pasos debían darse con una alegría sin mácula, ¿no era eso?

Lo cierto es que Misty nunca se había parado a pensar en el concepto de matrimonio y ahora estaba imbuyéndolo de todo tipo de sensiblerías. Aquel era el precio que había que pagar, pensaba ella, por no haber soñado nunca con que tu padre te llevaría al altar ni con una casita junto al mar ni con pasar la luna de miel por los castillos del Loira ni con pasear en bicicleta por las Bermudas.

Misty nunca había reparado en los aspectos prácticos del matrimonio, ella solo se había fijado

en el amor, pero esos aspectos prácticos no podía pasarlos por alto. Y aunque a ella la traían de cabeza y la preocupaban, acrecentaban el optimismo sin límites de Vincent: la vida era una aventura. Cualquier acontecimiento contribuía, con su granito de arena, a la felicidad de este mundo; todas las personas eran flores en ese fértil prado que era la vida.

Misty estaba pensando en la familia. Tanto Vincent como ella les habían dado la noticia a sus respectivos parientes, y pronto sus familias estarían unidas. A Vincent la perspectiva le encantaba, y no solía pararse a pensar en ella. Misty la veía con espanto y no dejaba de darle vueltas.

Los padres de Vincent vivían en Petrie, un pueblecito de Connecticut. Al parecer, su familia llevaba siglos en el condado de Midland y sus inmediaciones. Para los Cardworthy, la vida seguía un modelo preciso. La familia había contribuido a la fundación de la escuela del condado de Petrie, y era allí donde todos sus miembros habían estudiado. Las Cardworthy eran pilares de su comunidad: pertenecían a las juntas de la biblioteca, del club de jardinería, del club de lectura de Petrie, de la sociedad para la conservación y la mejora del condado de Midland y del festival que el hospital celebraba una vez al año. De vez en cuando, un Cardworthy se presentaba a algún cargo público y salía elegido. Uno había sido senador del estado y había acabado en Washington. Casi todos eran abogados o médicos rurales. El padre de Vincent era abogado; su madre, una fanática de Edith Wharton y de la jardinería. La única excéntrica de la familia era tía Lila, la que había bautizado la variedad de rosa que había creado con el nombre de su señora de la limpieza. Ahora andaba con otra variedad entre manos, a la que quería darle el nombre del mecánico que se ocupaba de su coche.

La familia de Vincent era tranquila. La de Misty, en cambio, era demasiado apasionante. Incluía a comunistas, trotskistas, socialistas de todo tipo, sindicalistas, profesores de ciencias políticas, neurofisiólogos y psicoanalistas profanos.

El bisabuelo de Misty había emigrado desde Rusia en compañía de su hermano, que era buhonero. En vez de instalarse en algún gran centro urbano de Estados Unidos, siguieron hacia el oeste trabajando de buhoneros y herreros. En Chicago consiguieron reunir un pequeño capital con el que se instalaron en Medicine Stone, Wisconsin. Allí, el bisabuelo de Misty compró una granja lechera y su hermano abrió una tienda de confecciones. El padre de Misty y el tío Bernie eran nietos de esos pioneros. El tío Bernie decía que cuando escribiera su autobiografía la titularía *El niño judío de la pradera*. Los primos Berkowitz todavía llevaban la granja lechera y la tienda de confecciones. Al padre de Misty lo habían enviado a estudiar a Chicago y se había quedado en la ciudad. Era abogado laboralista. El tío Bernie también había ido a Chicago, pero era un sinvergüenza.

Cada vez que alguien mencionaba el nombre de tío Bernie, la familia se llevaba su comunal mano al comunal corazón. Nadie sabía a ciencia cierta qué delito había cometido ni si había habido delito alguno, pero cuando ya llevaba un buen tiempo trabajando de promotor de canciones, el tío Bernie hizo algo raro en el negocio de las partituras y se fugó a las Bahamas con un montón de dinero. Solo volvía a Estados Unidos para reunirse con sus abogados. El tío Bernie también había compuesto una canción que había disfrutado de un breve éxito en los años cuarenta, cuando la banda de Dan Staniel la grabó. Se llamaba *El gallito bailón* y celebraba el cortejo del gallo de las praderas de Prout, un pariente cercano del gran gallo de las praderas de Attwater, cuyo ritual de apareamiento había observado el tío Bernie de pequeño. Eso era lo que le esperaba a la familia de Vincent.

—No puedo casarme contigo —le dijo Misty a Vincent—. Mi familia es demasiado rara.

—Tu padre es abogado, y el padre de Stanley, profesor de universidad —replicó Vincent—. Bastante aburrido, me parece a mí.

—Solo son dos de entre muchos.

—No hay de qué preocuparse. Espera a conocer a mi prima Hester.

Misty no quería conocer a la prima Hester ni a ningún otro miembro de la familia de Vincent. Solo de pensar en reuniones familiares, en bodas y en apartamentos que ir a ver se desanimaba. A fin de cuentas, ¿qué tenía que ver eso con el amor?

El tema de la familia salía constantemente. Como esa noche en la que habían cenado con Stanley y Sybel Klinger. Estaban todos sentados en el suelo de un restaurante llamado La Taberna de la Buena Vida, uno de los pocos sitios de Nueva York que servían algo que Sybel podía considerar comida.

Vincent hundió los palillos en un inmenso cuenco de verduras y sacó una cosa llena de agujeros.

—¿Esto se come? —preguntó—. ¿O se le ha caído a alguien del zapato?

—Es raíz de loto —dijo Sybel.

—¿Y qué es eso que parece pelo verde?

—Algas —respondió Sybel muy remilgada—. Purifican el cuerpo y le aportan minerales. Algunas tribus indias se alimentan de algas y nunca contraen enfermedades de la sangre.

—No preguntes qué es —dijo Stanley—. Tú engúllelo y basta. Te hará mucho bien, tío. Así que os casáis. Genial. ¿Se lo habéis dicho a alguien? De la familia, quiero decir.

—Ahora ya es completamente oficial —dijo Vincent.

—Qué pasada —dijo Stanley—. Espera a conocernos a todos. Espera a conocer a mi hermano Michael. Claro que no lo llamamos Michael, lo llamamos Muggs. Está casado con una chica que se llama Nancy, y todos la llamamos Ninny. Muggs y Ninny.

—¿Y a qué se dedican Muggs y Ninny? —preguntó Vincent.

—Bueno, Ninny les enseña a los niños a tener más sensibilidad artística —dijo Stanley—. Y Muggs mantiene viva la gran tradición de los Berkowitz en el mundo de la composición. ¿Le has hablado a Vincent de la ópera de Muggs?

—No —respondió Misty.

—¿Qué ópera? —preguntó Vincent.

—Muggs ha escrito una ópera —explico Stanley—. Se llama *Trece en Miami*. Va del apocalipsis, llega justo cuando se está celebrando un *bar mitzvá* a todo lujo en el Hotel Fontainebleau, pero nadie quiere producírsela, le dicen que es demasiado rara. Así que Muggs escribe bandas sonoras para películas y se forra.

Misty suspiró. Casarse lo cambiaba todo. Allí estaba ella, sentada en el suelo y comiendo de un cuenco compartido en compañía de su futuro esposo, de su primo y de la novia de su primo. Aquella era una de esas veladas que quedan atrapadas en el ámbar contra tu voluntad y que años más tarde vuelves a encontrar convertidas en recuerdo prenupcial. Tal vez recordara esa velada con cariño. Tal vez la Sybel de sus recuerdos le pareciera adorable. Tal vez ella misma se viera adorable. Cuánto odiaba todo aquello. Lo que ella quería era ir al ayuntamiento y liquidar el

asunto. Se quedó mirando el plato con aire sombrío. Sybel les estaba dando una clase de nutrición.

—Con la mala comida puedes matar tus células —decía—. La gente no quiere enfrentarse al hecho de que comer así es como suicidarse, solo que más despacio. Además, la columna vertebral es el centro de la energía y lo que comes va derecho a la columna. Si a la columna le pasa algo, se acabó. El masajista al que voy es capaz de saber qué te pasa con solo vértela. Me dijo que me faltaba potasio y acertó. Lo supo por la columna. Un bailarín al que conozco tenía problemas de estómago, pero no lo sabía y el masajista se los diagnosticó. Lo que quiero decir es que si comes mal, la columna empieza a atrofiarse. La gente cree que la neurosis es cosa de la cabeza, pero es de la columna.

Misty rezó una oración en silencio para que Stanley no se casara nunca con Sybel ni con nadie que se le pareciera. Finalmente se acabaron el té de menta, Sybel dio su clase por terminada y llegó el momento de irse a casa.

Sybel y Stanley caminaban delante de ellos. Misty y Vincent paseaban guardando cierta distancia.

—¿Sybel es una esclava fugitiva o le pasa algo en los pies? —preguntó Vincent—. Me pareció verle una especie de grilletas en los tobillos.

—Son las pesas de las piernas —dijo Misty—. Dice que le mantienen los músculos de las pantorrillas despejados y llenos de inteligencia física.

—Tendría que probar a atarse una alrededor de la cabeza.

—Vincent, ¿podemos ir al ayuntamiento a casarnos? ¿Los dos solos? ¿No podemos fugarnos?

—¿Te avergüenzas de casarte conmigo en público?

—Podemos celebrar un banquete después. Por favor, Vincent, si vamos a hacerlo, hagámoslo y basta.

—Muy bien. Me alegro de saber que quieres liquidar el asunto. Pero eso dejará a nuestras madres con el corazón destrozado. Mi padre me llamó hoy y me dijo que no están perdiendo el tiempo. Tu madre le había escrito a la mía y la mía a la tuya y sus cartas se cruzaron. Han estado haciéndose la corte por teléfono. Ya tienen a un equipo ecuménico, un pastor y un rabino listos para salir a escena.

—No puedo soportarlo —dijo Misty—. No voy a dejar que parientes ñoños me suelten charlas sobre matrimonios mixtos. Quiero hacerme el análisis de sangre, sacarme la licencia matrimonial y casarme.

—Piensa en los regalos que nos perderemos —dijo Vincent.

—No te preocupes —dijo Misty con vehemencia—, que nos los darán.

Esa noche tomaron algunas decisiones. Misty tenía un apartamento pequeño pero bien equipado; Vincent, uno grande pero vacío. Vincent también tenía en un almacén unos muebles que le había dejado una tía abuela que había muerto sin hijos. Decidieron, por tanto, que pintarían el apartamento de Vincent y luego se mudarían allí. A Misty estaba a punto de vencerle el alquiler, hecho que a Vincent le pareció providencial.

Al día siguiente, Misty empezó a guardar los libros en cajas, a ordenar la ropa y a pedir presupuestos a empresas de mudanzas.

Por la noche, después de cenar, fueron al apartamento de Vincent para examinar el terreno. La

cocina, que hasta entonces solo había servido para hervir agua, era más grande que la de Misty. Desde el salón se veían las copas de los plátanos de la calle. Había un dormitorio grande y un cuartito pequeño que parecía perfecto para un estudio doble. Vincent tenía dos armarios grandes: uno estaba lleno de ropa y el otro, de trastos.

De ese armario Vincent sacó un inmenso baúl de tapa plana y se dispuso a vaciarlo. Dentro había un disfraz de Santa Claus, un trofeo de fútbol, diplomas arrugados de la escuela del condado de Petrie y de su parvulario, un banderín de *boy scout* y un diploma de buen ciudadano hecho un rollo, una funda de raqueta de tenis de punto de cruz con un retrato de *Alex*, el terrier de los Cardworthy que había muerto cuando Vincent tenía quince años, un ejemplar de un libro titulado *Tus peces tropicales* —obra de alguien llamado Eugene Cardworthy y que no tenía relación alguna con su familia— y un paquete sin abrir de cigarrillos hawaianos. Vincent miró los cigarrillos con aire perplejo.

—Nunca he estado en Hawái. No sabía que allí tenían sus propios cigarrillos. ¿De dónde los habré sacado? No pongas esa sonrisita con el disfraz. Hice de Santa Claus en una campaña benéfica de la universidad —dijo Vincent. Rebuscó muy contento entre las cosas del baúl—. ¡Mira! —Sujetaba una camiseta azul que en la parte delantera, escritas con una plantilla, tenía las palabras HÉROE DEL VERTEDERO—. En un estudio de métodos tuve que trabajar con una brigada de basureros —continuó Vincent—. Me la hicieron los compañeros. Uno me dijo: «Para vosotros, somos recogedores de basura, pero para nosotros vosotros sois los productores».

—Es como un museo viviente de la adolescencia —dijo Misty.

Misty apenas si tenía recuerdos. Tardó tres días en recogerlo y guardarlo todo. Lo único que se llevó consigo a mano fue su placa fotográfica y una lámpara de bronce con dos tulipas de cristal que había comprado en París. Las personas que se veían en la placa eran sus antepasados: los pioneros judíos de Medicine Stone, Wisconsin.

Al cabo de un mes, el apartamento de Vincent ya se parecía menos a una sala de espera y más a un hogar. Había vaciado el guardamuebles y ahora tenían una mesa de comedor de roble con cuatro sillas, un sofá, una mesa para el estudio y un cuadro muy grande de una grulla canadiense para poner sobre la chimenea.

Vincent colgó la placa fotográfica en el dormitorio.

—Medicine Stone —dijo Vincent con aire pensativo—. Qué nombre tan maravilloso.

—Mi tío Bernie lo inmortalizó en una canción. Compuso el tema sobre el gallo de las praderas de Prout del que Stanley te habló.

—Cántalo.

—Muy bien —dijo Misty—. Es el himno de los Berkowitz, que, como bien sabes, se llama *El gallito bailón*.

*He ido a Londres, a Berlín y a Budapest,
y a París, gran capital europea,
Ahora quiero regresar,
a Medicine Stone, mi hogar,
donde el gallo de Prout siempre se menea.
Quiero ver a esos gallitos bailando,
se pasean muy ufanos pero se están cortejando.
Pico, pluma, debajo, encima,
cada vez que el gallo de Prout se arrima.*

—Cántala otra vez —dijo Vincent—. Tengo que aprendérmela de memoria. ¿Es la única canción del tío Bernie?

—Quería escribir la continuación con el gallo de las praderas de Attwater, pero nunca logró terminarla.

Al cabo de unos días, Vincent y Misty se hicieron los análisis de sangre y, mucho antes de lo que Misty había previsto, les dieron su licencia de matrimonio. Al final decidieron que sí querían testigos. Los de Vincent serían Guido y Holly; los de Misty, Maria Teresa Warner y Stanley. La presencia de Sybel estaba vetada. La víspera de su expedición al ayuntamiento los atacó el insomnio.

—Tengo las manos frías y los pies ardiendo —dijo Vincent apartando las sábanas.

—Yo me estoy muriendo de hambre.

—No lo entiendo. Hemos cenado muchísimo.

—No hemos cenado —dijo Misty.

—¿No hemos cenado? No recuerdo no haber cenado —respondió Vincent.

—No me encuentro muy bien.

—He perdido la memoria —dijo Vincent—. Levantémonos y pongámonos nerviosos.

Se quedaron parados delante de la nevera.

—Puedes comer yogur, plátano o yogur con plátano —dijo Misty—. O puedes comer mantequilla de cacahuete con mermelada o puedes comerte unos berros mustios.

—Quiero espaguetis —dijo Vincent.

—Son las dos y media. No puedes comer espaguetis —dijo Misty.

—Claro que puedo. Es la víspera de mi boda. Voy a comer espaguetis con ajo y mantequilla. Casarse con indigestión da buena suerte.

—Si vas a hacer espaguetis, haz para dos. Y podrías tener la amabilidad de ponerte una bata. Estar plantado desnudo delante de un cazo de agua hirviendo la víspera de tu boda da mala suerte.

La novia llevaba un traje de lana blanca y una blusa de seda verde. El traje era una reliquia de París, comprado un día en el que a Misty le habían asaltado unas ganas tremendas de parecer una

de esas parisinas tan chic. Todo sin estrenar: Misty tenía demasiado miedo de mancharlo.

El novio llevaba lo que él describió como traje de banquero, con un ramito de fresias en el ojal. En la solapa de la novia había prendido un ramito idéntico.

Por puro sentimentalismo, Vincent había corrido al florista griego a comprarle un ramo a Misty.

—¿Algo para un caballo? —dijo el florista.

—¿Cómo se acuerda después de tanto tiempo? —preguntó Vincent.

—Yo me acuerdo de todos los chiflados enamorados —respondió el florista con expresión cansada.

—Bueno, pues hoy me caso. En el ayuntamiento. Necesito un ramo bonito de algo.

—¿La chica de la manta de flores?

—Sí.

—Claro, claro —dijo el florista encogiéndose de hombros—. Voy a darle un ramo de muguete y le añadiré unas fresias de regalo. La próxima vez que venga por aquí, será después de una pelea. Así van las cosas.

Los integrantes del grupo nupcial estaban sentados en unas sillas duras del ayuntamiento esperando a que los llamaran: Stanley, Guido, Vincent, Misty y Maria Teresa Warner. Holly, en la punta, escuchaba las conversaciones de las otras parejas.

Apareció un secretario.

—El grupo de los Morosco —anunció, tras lo que un grupo de diez personas se levantó y entró en el despacho del juez. Al cabo de unos minutos, reapareció el secretario.

—Gerkus y Bethnelson —anunció y, acto seguido, se levantó un hombre con botas de vaquero, pañuelo rojo y camisa de cuadros, que le daba la mano a una chica rubia con pantalones color naranja. Los dos llevaban grandes claveles rojos.

—Cógeme la mano —le susurró Misty a Maria Teresa.

—Es Vincent quien tiene que cogértela, boba.

—Él me está cogiendo la otra. Necesito estar bien sujeta. Si no, echaré a correr. Esto es peor que esperar tu ejecución.

Maria Teresa le dio la mano.

—Se supone que tienes que estar nerviosa —le dijo—. Vas a casarte.

Stanley tenía la vista al frente. Le susurró a Guido que la desvencijada antesala en la que estaban sentados recordaba al cuarto de castigo de un instituto. Con todo, la solemnidad de la situación lo sobrecogía. Holly estaba impecablemente sentada en su silla.

—Gerkus y Bethnelson están tardando más que el grupo de los Morosco —le dijo Vincent a Guido muy nervioso.

Holly se inclinó hacia delante.

—Gerkus y Bethnelson han redactado ellos mismos la ceremonia —dijo—. Los he oído discutir sobre quién iba a decir qué. Bethnelson es la chica. Se llama Alice. Él se llama Fred. Ya ha estado casado. Ella quería casarse el Primero de Mayo. Leerán un texto de John Stuart Mill y una carta de Rosa Luxemburgo. Y en los votos van a saltarse lo de obedecer.

—No es obligatorio —dijo Vincent—. Es una ceremonia civil. Dura como unos cinco

segundos.

El secretario apareció.

—El juez se está tomando un café —dijo—. Tanto hablar le ha dejado la garganta seca. Ahora mismo está con ustedes. Cardworthy, ¿no es eso?

—Sí —respondió Vincent.

La mano de Misty, que tenía en la suya, temblaba, pero Vincent parecía tranquilo. Estaba pensando en la boda que Holly y Guido habían celebrado en el jardín de la casa que la abuela de Holly tenía en Moss Hill. Una niña había esparcido pétalos de rosas; un niño había llevado el anillo al altar en un cojincito de satén azul. Con la mano metida en el bolsillo, Vincent tocaba su anillo. Iba a ser una sorpresa, porque Misty no había dicho una sola palabra sobre las alianzas. Siguiendo el consejo de Holly, Vincent le había medido el dedo a Misty mientras dormía y, con la medida, le había comprado lo que, según el joyero, era un anillo de la amistad victoriano: un aro de oro cuyos gruesos cabos formaban un nudo de amor.

La de Guido y Holly era la única boda que Vincent recordaba. Sentado en su incómoda silla, se alegraba de que Misty no tuviera que soportar pétalos ni cojincitos de satén azul. La sala destartalada, el secretario desastrado, los grupitos de aspecto nervioso, todos vestidos con ropa de calle, le parecían bien. Según los planes que Misty y él habían hecho con sus respectivos padres, cogerían un vuelo a Chicago, donde celebrarían una fiesta, y luego viajarían a Petrie, donde celebrarían otra. Con eso irían bien servidos de celebraciones, pensaba Vincent. Su amor era lo bastante rico, pensaba él, como para poder prescindir de adornos. Eso se lo había comentado a Misty durante el desayuno, cuando tomaban café. Tras su declaración, advirtió que a Misty se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—Devuélveme la mano —dijo Maria Teresa—. Tengo algo para ti. Iba a dártelo luego, pero te lo daré ahora. Y, además, tienes la mano húmeda.

Del bolso sacó un paquete plano envuelto en papel rosa y atado con un lazo blanco. Misty lo abrió. Dentro había una lata de sardinas con una tarjeta que rezaba: «Con una sardina que me den, me sobornarán».

—A medianoche, Vincent y tú os coméis un sándwich de sardinas.

—El grupo de los Cardworthy —avisó el secretario.

Todos se pusieron en pie y entraron en la sala. Guido llevaba un sobrio traje con una ramita de muguete en el ojal. Estaba meditando sobre la generosidad de la amistad y sobre lo que se sentía al estar loco de felicidad por un amigo. De pie frente al juez, Guido vio los diamantes centellejar en las orejas de Holly. Vincent estaba tímido y serio. Misty, casi inexpresiva, aunque sus ojos parecían llenos de tristeza o de lágrimas. Guido notó que alguien le agarraba la mano. Era Stanley, que había ido a cortarse el pelo para la ocasión y vestía un terno. Todos parecían estar unidos a alguna otra persona. Maria Teresa, inmóvil, le estrujaba el codo a Holly. Misty y Vincent leyeron los votos cogidos de la mano.

Cuando la ceremonia empezó, llovía. Por los ventanales, Guido veía unas enormes nubes grises de principios de primavera. Un débil rayo de luz los iluminó a todos. En el momento en el que Vincent deslizó el anillo por el dedo de Misty, Guido creyó que se pondría a llorar. Estaba contentísimo.

Vincent y Misty estaban en la escalinata del ayuntamiento. El estado los había declarado marido y mujer, tras lo cual los dos habían echado a correr pasillo abajo adelantándose a los invitados.

—¿Cómo supiste de qué medida tenías que comprar el anillo? —preguntó Misty.

—Holly me dijo que te midiera el dedo mientras dormías —respondió él.

El viento de abril soplaba a su alrededor. Oyeron a los invitados bajar los peldaños con mucho estrépito.

—¡A ver! —gritó Stanley—. ¡Atención!

Se volvieron y Stanley les arrojó un puñado de arroz.

—Hay una ordenanza que prohíbe tirar arroz —dijo Vincent—. ¿No has visto el letrero? Alguien resbalará por las escaleras y demandará a la ciudad por millones de dólares.

—Bah, en una boda tiene que haber arroz —replicó Stanley—. Y arroz blanco, además. Dios, Sybel me mataría. La cosa esta no tiene ningún valor nutricional, dice. Dice que es como comer veneno puro. Tuve que entrar a escondidas en una tienda para comprarlo.

—Vamos a comer —dijo Vincent—. A fin de cuentas, es el día de nuestra boda.

—No tenéis que preocuparos de nada —dijo Holly—. Venid con nosotros.

Holly no creía que una boda pudiera ser válida sin la tarta, y tampoco creía que los votos fueran definitivos sin desayuno. Con Vincent y Misty había tirado la casa por la ventana. Los novios y los invitados se sentaron a la mesa del comedor mientras Guido servía el champán. En el centro de la mesa había un plato de orquídeas y rosas blancas. El mantel era adamascado, igual que las enormes servilletas. Mientras bebían champán, Holly les sirvió huevos revueltos, arenques ahumados, salchichas y beicon.

—Es la hora del postre —dijo Holly—. Pensé que Misty odiaría una de esas tartas blancas con esas figuritas tan horribles del novio y la novia encima.

—Vaya por Dios —dijo Vincent—. A mí me habría encantado una de esas tartas blancas con la novia y el novio encima. Un novio con los zapatos pintados. No voy a sentirme casado hasta que consiga uno. —Vincent ya estaba algo achispado.

Holly sacó una fuente sobre la que se alzaba una pirámide de profiteroles de nata sujetos entre sí con caramelo y salpicados de peladillas.

—Un *croquembouche* —dijo Misty—. Nunca pensé que fuera a tener uno para mí.

—Es una tarta de bodas francesa —explicó Holly.

—No tiene zapatitos negros pintados —dijo Vincent—. Córtala tú, Misty, yo estoy demasiado borracho.

—Me pregunto si alguien se habrá molestado en llamar a la oficina —dijo Maria Teresa Warner—. Yo he dicho que estaba enferma en casa.

—Yo he dicho que me casaba —dijo Vincent—. Pero a la única que parecía importarle era a Shelly, la de la centralita.

—Yo me he olvidado —dijo Misty.

—Yo también —añadió Stanley—. Eh, Guido, hoy no iré a trabajar.

Las últimas migas ya habían desaparecido. La última copa de champán y la última taza de café ya estaban vacías. Todos se habían repantingado en el salón para reponerse.

—Voy a tardar una semana en eliminar todas estas toxinas —dijo Stanley—. Dios, vaya atracón de azúcar. Sybel dice que cuando comes mucho azúcar se te nota en los ojos.

—Ya toca volver a casa —dijo Vincent—. Eso si me funcionan las piernas. ¿Qué hora es?

—Las siete y media —respondió Guido.

—¿De verdad? ¿Cómo se ha hecho tan tarde? Vamos, Misty, démosles un beso a todos y larguémonos de aquí.

Se quedaron en la puerta dando besos. El salón estaba a oscuras. Todos estaban reventados.

—Igual que en una boda de verdad —dijo Guido—. Estamos todos agotados y nos espera una buena resaca.

Intercambiaron más besos sinceros; Misty y Holly se abrazaron.

En la calle, Stanley y Maria Teresa echaron a andar juntos.

—Me parece que me estoy enamorando de ti —dijo Stanley—. Me pareces maravillosa.

—Qué bien —dijo Maria Teresa—. Con lo mayor que soy podría haber sido tu profesora de instituto. Y, además, me alimento de azúcar y de arroz blanco.

—¿Puedo ir a verte de vez en cuando? —preguntó Stanley.

—No. Ve a casa a dormirla. Te irá bien para eliminar toxinas.

—Ay, Dios. Una boda no es una boda si no te enamoras.

La novia y el novio se habían quedado por fin solos. Estaban en el salón de su apartamento.

—Esto es peor que una primera cita —dijo Vincent—. ¿Qué se supone que tiene que hacer una pareja de recién casados que llevan meses viviendo juntos?

—No lo sé —respondió Misty—. Creo que la novia tendría que llorar, y el novio, leer el periódico. O al revés, quién sabe. ¿Por qué no abrimos los regalos?

—¿Qué regalos?

—Los que has traído a casa en las bolsas —dijo Misty.

—¿Yo he traído unas bolsas a casa? Unas horas de casado y adiós memoria.

De Holly y Guido habían recibido unas tazas de café francesas y una cafetera del mismo juego. De Maria Teresa, además de la lata de sardinas, un mantel de lino irlandés. De Sybel, por medio de Stanley, un libro titulado *La buena nutrición en el matrimonio*, y de Stanley, un libro de Ovidio en latín.

—Esto nos vendrá muy bien —dijo Vincent.

—Me muero de hambre. Vamos a comer las sardinas de Maria Teresa.

—Yo me muero de amor. Si te doy una de estas sardinas, ¿ya no va a haber nada que no pueda obtener de ti?

—Sí —respondió Misty—. Se supone que cada uno tiene que darle de comer sardinas al otro.

Comieron sardinas con tostadas y bebieron café en sus tazas nuevas. Misty hojeó el libro de Sybel.

—Aquí dice que casi todos los problemas de comunicación del matrimonio vienen de una sobrecarga proteica —dijo Misty.

—Quiero pronunciar un discurso. No tiembles. Como bien sabes, doy unos discursos maravillosos. Ahí va. Soy completamente feliz. Soy un príncipe. Acabo de casarme y estoy enamorado. La vida es un banquete. ¿Tienes algo que decir al respecto?

—Sí —respondió Misty—. Me he casado con un merluzo.

Vincent y Misty estaban sentados en el suelo del salón, rodeados de cajas y papel de envolver. El apartamento había quedado sepultado bajo los regalos de boda.

—Es como si todos los días fueran Navidad —dijo Vincent—. Y mira cuántas oportunidades de hacer ejercicio le estamos dando al cartero.

Llevaban un mes y medio casados. En ese tiempo ya habían cogido un avión a Chicago con los padres de Vincent y luego habían volado de regreso a Nueva York con los padres de Misty y los de Vincent, que los habían llevado a todos en coche a Petrie.

La reunión de las familias había sido un éxito.

—Mujer de poca fe —le dijo Vincent a Misty—. Míralos, hazme el favor. Sentados todos juntos, diciéndose cosas bonitas sin prestarnos más atención que cuando nos disparan un *flash* a la cara.

—No quiero volver a ver un solo *flash*, una sola botella de champán ni un solo pariente en los próximos cinco años —dijo Misty.

En Chicago, Adalaide Berkowitz llevó a Dorothy Cardworthy al Instituto de Arte y Fritz Berkowitz llevó a Walter Cardworthy a su club. En Petrie, Walter Cardworthy llevó a Fritz Berkowitz a su almuerzo semanal en la Posada del Cernícalo, donde se les unió el socio de su bufete, el médico del pueblo y un senador del estado retirado que ahora escribía novelas del misterio. Dorothy Cardworthy llevó a Adalaide Berkowitz a almorzar a la sociedad de horticultura y a la feria de antigüedades de Petrie. Entretanto, Vincent y Misty se revolvían del aburrimiento y se morían de ganas de estar solos en casa.

Nadie se lo tomó mal cuando la tía Bobo Berkowitz, mujer del tío Sim, antiguo trotskista, les regaló a Misty y a Vincent un ídolo de madera muy basta que, según les dijo, era un dios de la fertilidad. Lo había comprado en África.

—Visitar el Tercer Mundo es muy inspirador —dijo tía Bobo.

La tía Lila Willet se presentó en Petrie con una brazada de rosas «Señora Iris Domato». La tía Marcia, de la familia de Vincent, les regaló una hagamá de Pascua ricamente ilustrada con una tarjeta que rezaba: «Qué ilusión tener a otra judía en la familia».

Y, por fin, Misty y Vincent habían podido volver a casa mientras sus padres planeaban cómo iban a disponer de ellos durante las fiestas.

—Podemos alternar las Navidades y el día de Acción de Gracias —había dicho Adalaide

Berkowitz.

—O podemos celebrar las fiestas todos juntos —había dicho Dorothy Cardworthy.

Al oír aquello, Vincent y Misty habían emprendido la huida. Y ahora estaban rodeados de los frutos de aquellos viajes.

—¿Quién es Connie Georgianos? —preguntó Vincent leyendo una tarjeta.

—Del sindicato de fontaneros —respondió Misty—. Papá es su abogado. ¿Qué nos mandan?

—Parece una calabaza de cristal. ¿Enviarle un regalo de bodas a la hija de tu abogado puede considerarse soborno?

—En el caso de un tarro de galletas de cristal, no. A menos que esté lleno de un montón de billetes de los grandes. ¿Quiénes son los Spaack?

—Esa genticilla horrible que bebió de más en la recepción que dieron mis padres —respondió Vincent—. Apuesto a que han enviado algo horroroso.

—Pues sí. Una bandeja de plata para las tostadas.

—Plateada —añadió Vincent—. Vaya par de elementos. Esta tarjeta solo dice cuatro treinta y uno. ¿Quién es cuatro treinta y uno?

—Los electricistas —dijo Misty—. ¿Qué han enviado?

—Una tostadora, naturalmente.

—Qué bien quedará al lado de nuestras otras dos tostadoras, todas en fila.

A medida que pasaba la tarde, los rincones del salón iban llenándose de papel de regalo, virutas de embalaje y papel de seda.

—Muy bien —dijo Vincent—. Esto es lo que tengo en mi lado. Una ensaladera de madera. Una ensaladera de cristal. Una ensaladera de cerámica. Una coctelera. Un juego de tacitas de café, no, dos, uno rojo y blanco y otro con florecitas. Un icono ruso falso de uno de tus tíos comunistas, un cenicero de cristal tallado y dos cucharones de plata. ¿Tú qué tienes?

—Tres manteles, una fuente para la verdura con tapa, un juego de moldes para charlota —dijo Misty—, una cafetera exprés, una cesta con tapa, una de esas llaves de plata para exprimir el tubo de la pasta de dientes, un trinchante, tres bomboneras de plata, una acuarela de un cañaveral cubano, regalo de mi otro tío comunista, y un objeto imposible de identificar de unos que se llaman tía Betsy y tío Herbert. ¿Quiénes son?

—No vinieron. Son muy viejos y menudos y viven en Maine. Dámelo. Vamos a ver.

El objeto en cuestión era un cilindro de madera labrada con tapa de plata.

—No es una petaca —dijo Vincent—. Y tampoco parece hecho para contener nada. ¿Es un bibelot?

—Pongámoslo en el estante y olvidémoslo ahí. Estoy un poco cansada de tanta cosa, ¿tú no?

—No. Soy materialista y creo que la naturaleza espiritual de nuestro gran amor nos hace merecedores de absolutamente todo esto. Y todavía habrá más. Tengo una lista de todos los que todavía no han aflojado.

En la lista de ausentes de Vincent, los más destacados eran Bernie, el tío de Misty, y Hester Gallinulle, la prima de Vincent, antigua actriz de telenovela convertida en productora teatral en Broadway. Aparecieron los dos, uno detrás del otro.

Una tarde Misty llegó a casa y se encontró con que Vincent estaba enfrascado en una conversación con una persona incrustada en el sillón de orejas. Lo único que se le veía era la punta del puro. Era el tío Bernie, sin duda. No había nadie cuyos puros olieran tan bien.

El tío Bernie se levantó del sillón y envolvió a su sobrina en un inmenso abrazo. Era un hombretón vestido con traje de tres piezas, camisa de seda y corbata pintada a mano. Vincent y él estaban masticando muy contentos sus habanos y bebiendo whisky en unos vasos de cristal tallado regalo de un pariente lejano de Vincent.

El tío Bernie era enorme. Tenía unos grandes ojos castaños, cejas que parecían de paja y una calva reluciente rodeada por exuberante cabello gris. Los hombres jóvenes, advirtió Misty, nunca olían como el tío Bernie. Él olía a puros, a esas lociones antiguas para el afeitado y a algo difícil de identificar, a cuero tal vez, algo que tal vez les aplicaran a las personas como el tío Bernie en los barberos caros. La tía Flo, la difunta tía de Misty, decía que a lo único a lo que el tío Bernie olía era a dinero mal ganado.

De niña, cuando el tío Bernie iba de visita a Chicago, solía sacarla a pasar el día con él. Su primera parada era la barbería de Palmer House, donde el tío Bernie iba a que lo afeitaran. Misty miraba embelesada mientras al tío Bernie lo envolvían con unas toallas calientes. Cuando el barbero llegaba con la taza para el jabón y la brocha de pelo de tejón y le pintaba la cara, Misty se quedaba extasiada. Después del afeitado, al tío Bernie le cortaban el pelo muy cuidadosamente mientras una manicura silenciosa le sacaba brillo de las uñas con un pulidor de gamuza. Cuando al tío Bernie ya le habían pasado el cepillo y le habían entregado su chaqueta, daba una propina espléndida y se llevaba a Misty a almorzar al Blackhawk. Después, los dos se iban al estadio de Soldier's Field, donde el tío Bernie miraba los partidos de fútbol americano de la liga católica y ella se escondía en el abrigo de tío Bernie para estar calentita. A Misty le asaltaron de repente recuerdos de su infancia y le pareció raro ver a su tío Bernie hablando con el que ahora era su marido.

—Un gran tipo, tu marido, Misto —dijo el tío Bernie—. Vincent me ha hablado mucho de ti. Oír a alguien decir esas cosas de su mujer es algo que a un viejo como yo le arranca una lágrima. Yo ya llevo varios matrimonios, Vincent. Coge otro puro. Tengo una caja entera, la verdad. Os he traído pasta, muchachos, pero está en el hotel. ¡Casados! Mira tú... Parece que fue ayer cuando tú y yo nos sentábamos en Soldier's Field, Misto.

—Antes íbamos a Palmer House —dijo Misty.

—Ah, la barbería. A tu padre nunca le pareció bien. Él se afeitaba en Hyde Park. Me decía: «Bernie, ¿puedes explicarme por qué expones a mi hijita, tu sobrina, a una manera tan nefasta de gastar el dinero?». A lo que yo respondía: «La niña tiene que aprender a reconocer la auténtica perfección, Fritz». Bueno, muchachos, ¿vais a darme de comer o la comida voy a tener que dároslo yo?

—¿Has salido de tu escondite, tío Bernie? —preguntó Misty.

—Ah, eso —respondió él—. Tu piadosa familia lo ha sacado todo de madre. Yo nunca he sido muy malo, Misto, un poquito nada más, y solo fue cosa de impuestos. Hace mucho tiempo mis abogados me dijeron que me convendría perderme una temporada y me perdí en las Bahamas. El sitio es tan agradable que decidí quedarme allí. Además, así me ahorro problemas. No, he venido a ver primero a mi pelotón de abogados y mi escuadrón de contables, luego tengo intención de acercarme con tus padres a Medicine Stone, a ver el pueblo y a los primos. Y, por supuesto, he venido a verte a ti y al tipo con el que te has casado. Estás preciosa, pequeña. No te veía desde tu último año en la universidad. Fue en el funeral de alguien. ¿En el funeral de quién?

—De tía Flo —dijo Misty.

—Tía Flo —dijo el tío Bernie—. Qué insoportable era. Pongamos que os llevo a cenar. ¿Qué queréis? ¿Un sitio pequeño, íntimo y caro o un sitio pequeño y lleno de gánsters?

—Pequeño y lleno de gánsters —dijo Vincent.

—¡Ahí le has dado, muchacho! —dijo el tío Bernie.

El tío Bernie los llevó a un local que solía frecuentar en sus días de promotor musical, un antiguo bar clandestino conocido como el Firenze. Las paredes estaban decoradas con murales ajados cuyos chillones colores se veían ya muy apagados. El lugar, sin embargo, no lo llenaban gánsters notorios, sino vigilantes nocturnos, estudiantes, parejas muy bien vestidas, gentes de la zona, familias con niños soñolientos a los que les daban *zuppa inglese* y jóvenes amantes que bebían vino en jarras de cerveza. Justo cuando el local estaba bastante tranquilo entró un campeón de boxeo con un séquito muy numeroso y le dieron mesa de inmediato.

Vincent cenó hasta quedar en la gloria. Ya en casa, se quitó la ropa y se desplomó sobre la cama. Le dio un beso a Misty.

—El tío Bernie es un fenómeno —dijo, y se quedó dormido.

Misty se puso a pensar en su esposo dormido. Vivir con Vincent, se dijo, era a menudo como vivir en una casita en la que todas las muñecas y todos los juguetes se llevaban de maravilla. Misty sabía que en el mundo real, la gente como Walter Cardworthy y Fritz Berkowitz andaban enzarzados en una guerra social. En el mundo real, cuando la gente como Misty y Vincent se casaba, sus padres quedaban horrorizados y trataban de impedir la boda. Y si eso no pasaba, los padres se mostraban fríamente educados, pero la pareja de recién casados no encontraba un apartamento decente o uno de los dos se ponía enfermo o los análisis de sangre se traspapelaban. Viviendo con Vincent, Misty se dio cuenta de que había pasado buena parte de su vida preparada para rechazar algún terrible golpe bajo. Ella no creía que la mayoría de las personas fueran amables ni decentes. Nunca había creído que en la vida todo pudiera ir sobre ruedas. No creía que la vida fuera a dejarte en paz para poder ser feliz en este mundo.

Vincent sí creía en todas esas cosas. Él pensaba que su perspectiva optimista y la deprimente visión del mundo de Misty se fundían en una sola imagen del mundo muy equilibrada.

Lo cierto era que Misty era moral y Vincent era bueno. Viéndolo dormir, Misty tuvo una revelación: los buenos no tienen por qué salvaguardar la moral, porque son así de nacimiento, mientras que para las personas como Misty, que no eran buenas, la bondad suponía un esfuerzo extraordinario. En eso consistía un sistema moral: te ayudaba a ser bueno cuando tú no lo eras demasiado. De Vincent, Misty había aprendido que la bondad y la estupidez no estaban necesariamente vinculadas. Uno podía ser bueno y también inteligente.

Vincent no juzgaba: Vincent disfrutaba. Disfrutaba del tío Bernie porque el tío Bernie rebotaba energía, porque la razón de ser del tío Bernie era que los demás disfrutaran con él. La vida no era tan complicada como Misty había pensado. Con Vincent a su lado, las cosas solían ser tan sencillas como a Vincent le parecían.

Misty apagó la luz de la mesilla de noche. Con un débil suspiro, se volvió de lado, se acurrucó contra su marido y se quedó dormida.

Al día siguiente, Misty estaba sentada a su mesa dándole vueltas al asunto de la vida conyugal. Resultaba que el matrimonio era una serie de pequeños acontecimientos. Esa mañana, por ejemplo, Vincent se había puesto su mejor camisa y había ido a dar una conferencia en la Asociación Nacional de Conservación y Tecnología. Iba a presentar los planos, mejorados y más eficientes, de una máquina compacta que convertía todos los residuos domésticos en mantillo, en lodos residuales o en gas metano en cantidades suficientes como para alimentar máquinas pequeñas como cortacéspedes. Ese modesto sistema, pensaba Vincent, podría extenderse al uso urbano: un sistema multifunción que convirtiera los residuos en una fuente de energía y de ingresos para la ciudad.

Cuando esa noche llegara a casa, lo haría animado y triunfal, como siempre que presentaba un trabajo.

Esa noche también sería la del primer encuentro de Misty y Hester Gallinule, la prima de Vincent actriz de telenovelas convertida en productora de Broadway. El tío Bernie iba a verse con sus abogados y había prometido que pasaría por el apartamento después de cenar para darles su regalo de bodas.

—¿Por qué tenemos que tener a tanto pariente encima?

—El tío Bernie no es un pariente —respondió Vincent—. El tío Bernie es un efluvio divino. Y prometí que la prima Hester vendría a cenar.

—¿Se llevarán bien la prima Hester y el tío Bernie?

—¡De maravilla! —dijo Vincent—. Tú espera y verás. Hester está loca. Cree que cinco aventuras de nada equivalen a un gran amor. Es muy charlatana. Te encantará.

A Misty le pareció inmediatamente odiosa, pero era prima de Vincent. La vida de casada era eso: los platos se fregaban y la colada se tendía, te levantabas por la mañana para ir al trabajo.

En el trabajo, terminabas el proyecto sobre el habla de los hispanos, presentabas tus investigaciones y escribías un artículo que ya tenía fecha de aparición en *American Speech*. Luego te transferían a una cosa que se llamaba Estudio sobre la Iglesia y la Vida en la que tenías que evaluar cómo incidían en la vida de sus feligreses las iglesias que desarrollaban su actividad en otros idiomas.

La vida de casada consistía, en parte, en acostumbrarse a estar casada. Vincent le había dado un consejo: «Tú estate casada y ya está. Así es como se acostumbra uno. Y, por cierto, ¿de dónde demonios has sacado ese sentimiento de profundo pesimismo?».

—La vida nunca le sonrío a la bisnieta de unos buhoneros expulsados de Rusia —le había respondido Misty—. Que en mi familia todos se dediquen a profesiones en las que abundan los problemas no es algo casual. Estamos esperando a los cosacos, nada más; cuando los cosacos lleguen a Connecticut, lo entenderás.

Entre tanto, a Misty sentirse pesimista no le resultaba nada fácil, aunque para mantener el equilibrio se aferraba al pesimismo siempre que se lo encontraba. Los cosacos llegaron a su despacho en la persona de Denton McKay, al que nunca había perdonado y al que miraba con una prevención a la que, creía ella, tenía todo el derecho del mundo.

Denton McKay entró en el despacho de Misty con ganas de charlar, se sentó en la esquina de su mesa, le echó una mirada llena de curiosidad a la lista de la compra que tenía en el papel secante y se puso a ordenarle los papeles y los clips.

—Dicen por ahí que te has casado —dijo Denton—. Llegas aquí y te casas.

—¿Quién ha dicho que me he casado? —preguntó Misty.

—Aquí no se habla de otra cosa. Una de las chicas me lo ha contado. Por aquí corren un montón de chicas, ¿te habías dado cuenta? Un montón. ¿Qué crees que harán?

—Las contrató usted para que hicieran de saboteadoras a sueldo.

—¿Ah, sí? No, qué va. Pero no es mala idea. El cargo de saboteador. Tú las contratas y ellas te mantienen alerta. En fin. ¿Con quién te has casado?

—No se crea todo lo que oye —respondió Misty.

—¡Vamos! Te has casado con Vincent Cardworthy, ¿no es eso? Ni siquiera sabía que lo conocías. ¿Tanto te interesa la basura? Si te has casado con él, debe de interesarte. Un tipo brillante. ¿Crees que habrá alguna norma que prohíba los matrimonios entre empleados? Tendré que comprobarlo. Bueno, a mí me parece fantástico. Me gustan el orden y la disciplina. Supongo que tendríamos que regalaros algo. ¿Qué querrías?

—Un aumento de sueldo.

—No, no. Algo para los dos, algo como una jarra de martini.

—Ya tenemos una jarra de martini. En realidad, tenemos varias.

—Bueno, pues entonces algo como una tostadora —dijo Denton.

—Tenemos tres tostadoras —dijo Misty—. ¿Y una obra de arte de precio incalculable o algo por el estilo?

—Pongámonos serios. ¿Y una bombonera de plata? Algo voy a tener que daros.

—Voy a decirle qué puede darme.

—¿Qué?

—Puede darme la satisfacción de ver como recoge todos esos clips con los que ha formado sus iniciales y se larga de aquí ahora mismo.

—Muy bien, muy bien —dijo Denton—. Pero yo creo que una jarra de martini es el regalo perfecto.

Esa noche, antes de que llegara su prima Hester, Vincent, en la cocina, hablaba de su genialidad.

—Estuve brillante —decía—. Les encanté. Soltaron tres carcajadas, pero los tuve en vilo casi todo el rato.

—Eres un cuentista horroroso —le dijo Misty.

—Eso es porque mi fervor es auténtico. Soy un apóstol del ahorro. ¡Una máquina de mantillo en cada casa! ¡Haga funcionar el cortacésped con sus aguas residuales! ¡Caliente su hogar con sus propios lodos! —Agarró a Misty—. Un día nos haremos muy ricos.

—Échale al pato un poco de zumo por encima.

—¿Pato? ¿Qué pato? —preguntó Vincent.

—Mientras tú estabas por ahí haciendo de genio, yo he comprado un pato para cenar.

—Y tengo otra idea. Cuando hayas terminado el estudio sobre la iglesia y la vida, nos embarcaremos en un estudio sobre la basura. Un estudio etnográfico. Viajaremos. Iremos a la India

y a África. Descubriremos cómo gestionan los residuos otras culturas. Analizaremos las repercusiones del lenguaje empleado para describir el problema. —Se encorvó y regó el pato con zumo de naranja—. ¿Qué te parece?

—Me parece que estás soltando tu discurso —respondió Misty.

—Soy un genio. Y ahora sal de aquí mientras preparo una de mis magníficas ensaladas, por favor. Y como verás, no solo soy un genio. También soy bueno y considerado. Ahí tienes una caja de pastelería que contiene el postre perfecto que tu increíble marido ha traído a casa.

Hester Gallinule era una mujer alta y pecosa de cuarenta años con pelo crespo y gafas oscuras. Se quitó el abrigo como si estuviera exponiendo a la vista un monumento. Llevaba un jersey rosa, una falda rosa y unas botas tan apretadas que casi se le veían las venas. Aceptó una copa de vino y se desplomó sobre los cojines del sofá.

—¡Vaya día! Un auténtico infierno, menos la noche, por supuesto. Qué delicia conocer a la mujer de Vincent. —Hester tenía una voz ronca y maravillosa—. Las plumas de mi voz se las debo a mis vegetaciones, y al alquitrán, a los cigarrillos. —Fumaba con una boquilla negra—. No os he traído regalo, queridos —continuó—. Cuando anunciasteis la boda estaba fuera del país y me estoy matando para montar un espectáculo nuevo. En fin, que no llego a todo.

Misty, cautivada, se reclinó en el sofá. Aunque ella no tenía hermana mayor, Hester era esa hermana mayor de todas las amigas que habían pasado por su vida. Hermanas mayores que salían a clubes nocturnos, lucían faldas plisadas y vestidos de noche palabra de honor y olían a Shalimar; en el bolso guardaban estuchitos de cuero con el rizador de pestañas, el pintalabios de color rosa subido y frasquitos de algo que recordaba a la vaselina para aplicarse en las cejas. Llevaban una ropa interior minúscula y pantalón pirata y se ponían bailarinas para estar por casa. Les habían pagado a Misty y a sus amigas para que no les contaran a sus madres que fumaban a escondidas en el baño. Misty se lo comentó a Hester.

—Yo solo sigo anclada a mi generación, cariño —dijo Hester—. Las jovencitas me dais lástima. Piensa en lo que os habéis perdido: ramilletes de flores prendidos en la muñeca. Sujetadores sin tirantes. Ligueros. Cada vez que me acuerdo de mi adolescencia, me viene el olor a quitaesmalte. Solíamos pasar horas haciéndonos las uñas. Todavía tengo un álbum de recortes. Guardo todos mis brazaletes de flores, que a estas alturas ya son antigüedades, claro. Incluso conservo uno de mis antiguos vestidos palabra de honor. He cargado con él todos estos años. Para llevarlo tenías que ponerte unas diez enaguas. Las enaguas se han deshecho, naturalmente, pero el vestido todavía aguanta. Solía ponérmelo para los bailes de disfraces. Jacques, mi exmarido, pensaba que yo estaba loca, pero él ya nació mayor, sabes. Estar divorciada es el paraíso, eso según con quién estuvieras casada, claro. Como Vincent te contará, mi exmarido era un auténtico hijo de puta.

—A mí me caía bien —dijo Vincent.

—Por aquel entonces tú no eras más que un niño. Un adolescente desgarbado. A Jacques debías de verlo como un adulto. Era extremadamente aburrido y estúpido y testarudo. Un francés de los peores —dijo Hester—. De los que admiran a los ingleses. La cicatería francesa y el estiramiento inglés. Demasiado horroroso. Cuando yo salía en *Peligro a medianoche*, mi telenovela, ¿Vincent no te lo ha contado?, Jacques no la veía nunca. La odiaba. Lo avergonzaba

delante de sus estirados amigos. A mí me encantaba, claro. Estuvieron dándola muchísimos años, hasta que me aburrí y me mataron. Yo hacía de Emma Jacklin, la mujer de Steve Jacklin, el joven abogado. Cuando me mataron, ya era un abogado de mediana edad. Bueno, pues resulta que Steve me engañaba con una mujer que se llamaba Melba Patterson y que tenía un hijo ilegítimo cuyo padre era todo un misterio. Cuando quise dejar la telenovela, añadieron al argumento que ese niño era hijo del padre de Steve Jacklin, y del susto tuve un accidente de tráfico mortal. Retrógrado y divino, ¿no te parece? Para entonces ya hacía tiempo que Jacques había desaparecido del mapa, y salí de gira con una obra titulada *¡Vaya lujo!* Pésima, un bodrio. Así que pensé que ya estaba bien y decidí que en vez de actuar iba a arriesgarme, y entonces invertí en un musical sobre fenómenos paranormales titulado *Hocus Pocus* que estuvo siete años en cartelera en el off-Broadway y que nos hizo inmensamente ricos. Ahora soy un pilar del mundillo del teatro y Jacques puede irse al infierno.

—¿A qué se dedica Jacques? —preguntó Misty.

—Al dinero, cariño —respondió Hester—. Ellos dicen que trabajan en banca de inversión, que son analistas de valores, pero a lo que se dedican es a ganar dinero. Me acuerdo de cuando Jacques quiso comprar una empresa. Fabricaba no sé qué pieza de helicóptero. Le dije: «Jacques, a ti los helicópteros no te interesan. Ni siquiera te gusta volar». Y él me respondió: «Lo de volar me da igual. Lo que a mí me interesa es el dinero». A eso se dedica. A ganar dinero. Hará unos años que se casó con la chica más aburrida del mundo, y cuya inmensa fortuna compensaba lo horrible que era. Aunque no creo que Jacques se diera cuenta de nada. A saber de dónde la habría sacado. A lo mejor la importó. Le hizo un pequeño *bambino*, de él y de nadie más, y la niñera lo lleva al parque en un cochecito inglés. Todo muy formal. Estoy segura de que sus ideas sobre la educación de los niños serán muy tradicionales.

—Ya nadie habla de la educación de los niños —dijo Vincent—. Ahora eso se llama crianza.

—En el caso de Jacques, eso se llama traerse a una niñera de Francia —respondió Hester—. A comer.

Durante la cena, Hester les habló de sus amantes.

—No me malinterpretes —le dijo a Misty—, pero creo en los amantes. Yo tenía dos y ahora tengo tres. Uno es un jovencito divino. Acaba de graduarse de la escuela de cine. Es tan maravilloso sentirse adorada. Es muy dulce y muy melancólico. Me pide que me case con él unas tres veces a la semana, y cuando le digo que no porque soy tan mayor que podría ser su madre, él se lo toma como una tragedia. Muy conmovedor. Del siguiente no puedo contaros nada porque es demasiado famoso y está muy casado, y luego tengo a Franz. Tú ya conoces a Franz, Vincent. Yo lo conozco de toda la vida. Es el dueño de la Galería Liebenthal, viajamos a Europa juntos. Todo encaja. Estoy loca por el jovencito que me adora, con mi amigo casado siento la emoción del secreto y el peligro, y Franz es mi estabilidad. Júntalo todo y ya tienes el matrimonio ideal.

Mientras servían el café apareció el tío Bernie. A Vincent le dio un abrazo, a Misty, un beso, y a Hester Gallinule le besó la mano. Hester se enderezó en la silla.

El tío Bernie había llegado con una caja enorme que dejó en el suelo.

—Es el erre de be. El regalo de bodas —le explicó a Hester—. Abridlo, muchachos.

Vincent y Misty se agacharon para desenvolver el regalo. Bajo el reluciente papel blanco y los

lazos había una caja de color azul marino. Dentro, lo que parecía un abrigo de piel.

—¿Qué es? —preguntó Vincent. Tiró para sacarlo de la caja—. No tiene mangas.

—¿A ti qué te parece? —dijo el tío Bernie.

—Parece una manta de pieles —respondió Vincent.

—¡La has clavado! —exclamó Bernie—. Eso es exactamente lo que es. A Fritz y a Adalaide no les parecería bien, y apuesto a que a Misto tampoco, pero si el tío Bernie no os malcría, ¿quién va a hacerlo?

—Es la cosa más maravillosa que he visto en toda mi vida —dijo Vincent.

—Y ahorra energía —añadió el tío Bernie—. Eso es cosa de tu gremio, ¿verdad, chico? Tú métete debajo, que no volverás a necesitar un radiador nunca más. ¿A que es preciosa, muchachos?

—Vayamos a ver cómo queda —dijo Misty.

Se dirigieron al dormitorio en tropel y todos coincidieron en que la manta de pieles era una auténtica preciosidad.

—Ahora, el café —dijo el tío Bernie—. Conque te dedicas al teatro, Hester. Yo también era del ramo, aunque un poco de refilón. Hacía de promotor musical. Tú serás demasiado joven para saber a qué me refiero.

—Cántale tu canción a Hester —dijo Vincent.

—En los cuarenta compuse una cancioncilla —explicó el tío Bernie—. Lo que en esa época se conocía como piezas de actualidad. Yo confiaba en que se pusiera de moda, pero no llegó a pasar de capricho pasajero. ¿De verdad crees que Hester va a querer oír una canción que se llama *El gallito bailón*, Vincent?

—Hester quiere oírla —dijo Hester.

El tío Bernie se levantó. Sujetándose las solapas de la chaqueta con las manos, cantó *El gallito bailón*, se marcó un breve pasodoble y sacudió la chaqueta.

—Es el baile que me inventé para la canción —dijo mientras se sentaba.

La espalda de Hester ya no tocaba el respaldo. Parecía una niña recién salida de un colegio de monjas. La expresión de su cara no traslucía los efectos que la visión del calvo, corpulento y elegantísimo tío de Misty le había causado. Misty creía que estaba horrorizada. Y se equivocaba de pleno.

—Dame tu chaqueta, Vincent —dijo Hester—. Muy bien, tío Bernie. Enséñame cómo va.

Hester y el tío Bernie eran aproximadamente de la misma altura, pero con sus botas Hester ganaba varios centímetros. El tío Bernie la hizo girar por el salón. Fueron agitando la chaqueta al unísono y luego enfilaron hacia la cocina marcándose un tango.

—¡Dios mío! —exclamó Misty. Estaba rascándose el puente de la nariz, señal inconfundible de angustia.

—¿Qué pasa? —preguntó Vincent—. Hemos llenado de luz y risas el corazón de nuestros parientes.

El tío Bernie y Hester bailaron otro tango de vuelta a la mesa, donde bebieron café y brandy y Hester le dio una calada al puro del tío Bernie.

—Hora de irme, muchachos —dijo el tío Bernie—. Os dejo a lo vuestro y a vuestra manta vulgar. Ahora voy a acompañar a tu deliciosa prima a su casa.

—Qué pesadilla —dijo Misty mientras Vincent y ella recogían la mesa.

—¿Pesadilla? Dios, si ha sido un sueño hecho realidad. Qué pareja tan perfecta. ¿Por qué no se nos había ocurrido?

—Me parece una idea malísima. El tío Bernie es un sinvergüenza.

—Hester adora a los sinvergüenzas. Y, además, el tío Bernie solo es un poquito sinvergüenza. Él mismo lo ha dicho. A Hester le encantan los tipos rumbosos. Te lo juro, Misty, a veces pienso que a ti te pasa algo.

—Sí.

—¿Y qué te pasa?

—Tú crees en los finales felices. Yo no. Tú crees que todo va a salir bien. Yo no. Tú crees que todo es fabuloso. Yo no.

—¿Y por qué no?

—A veces pienso que tienes menos sentido común que una gallina, Vincent. Tu familia duerme plácidamente en Petrie desde el origen de los tiempos. Yo vengo de una familia que ha huido del ejército del zar, que se ha roto la crisma en los piquetes y que nunca ha podido dormir plácidamente en ningún sitio.

—Puede que eso sea cierto —dijo Vincent—, pero tú has dormido plácidamente en Chicago. Tu papá creció en una granja, y, por lo que yo sé, a tu madre la criaron en el Instituto de Arte. Tú nunca has huido del ejército de nadie. Conque explícate.

—Es cultural —dijo Misty.

—Y a mí me parece muy bien —respondió Vincent—. Nos necesitamos el uno al otro. Ninguno de los dos estará a salvo solo.

—A veces tengo la impresión de que no entiendes lo distintos que somos.

—Me doy cuenta de ello todos los días —dijo Vincent—, pero creo que el amor lo cura todo.

—Típico de ti.

Pasaron varios días sin noticias del tío Bernie ni de Hester hasta que un fin de semana llegó una nota formal de agradecimiento de Hester. En letra grande y de trazo ondulado, alababa el pato y el encanto del apartamento, les decía cuánto se alegraba del matrimonio de Misty y Vincent, y comentaba que el tío Bernie y ella habían salido a bailar en varias ocasiones. Una llamada telefónica del tío Bernie así lo confirmó. Estaba a punto de marcharse a Chicago y a Medicine Stone, y llamaba para despedirse. Hester y él, les dijo, habían descubierto un montón de lugares maravillosos para bailar: azoteas de hoteles, clubes nocturnos puertorriqueños y desvencijados salones de baile.

—Nos lo hemos pasado de miedo —les dijo.

Era la media mañana del sábado y Vincent había ido a una reunión del Círculo Ecológico. Misty estaba acurrucada en el sofá mirando la lluvia y leyendo el periódico. Iba a echar una cabezadita cuando el timbre de la puerta la despertó. Pensó que sería Vincent, que volvía antes de hora, pero no. Era Guido.

Misty y Guido no habían vuelto a hablar en privado desde sus primeros encuentros en la sede de la Fundación Carta Magna. Con esas dos conversaciones, y de un modo tácito, habían cerrado un trato: los dos se profesaban un afecto callado. La declaración había sido agradable, cálida y libre. A Misty le bastó con mirar a Guido para saber que tenía problemas de algún tipo, lo que la puso ligeramente nerviosa: lo más probable es que Guido quisiera ver a Vincent, pero allí no había Vincent alguno al que ver.

—Vincent ha salido —dijo—. Pasa a tomarte un café.

—Sé que ha salido —respondió Guido—. Está en el Círculo Ecológico. No venía a verlo a él. Vengo a verte a ti.

Misty le cogió a Guido el impermeable y el paraguas mojados y lo sentó a la mesa para que se tomara un café.

—Vaya —dijo ella.

—Holly está embarazada —dijo Guido con aire cansado.

—Vaya. Vincent no lo sabe.

—No —dijo Guido—. Y no quiero que lo sepa. Temo no ser capaz de soportar su sonrisa encantada ante la estupenda noticia.

—Comprendo —dijo Misty.

—Sin duda. Supongo que pensé que podría contar con que tú no te pondrías a soltar gorgoritos de felicidad. Necesito hablar con alguien y ese alguien eres tú.

—Es Holly, ¿verdad?

Guido se levantó y se puso a dar vueltas. Estaba ojeroso.

—Yo quiero tener un hijo —dijo—. Quiero un hijo, de la clase que sea. Quiero un hijo para enseñarle a nadar y para llevarlo al parque y para poder inventarme cuentos que contarle. Los sábados, quiero llevar a mi hijo a restaurantes franceses y echarle vino en el agua y ponerle en el plato cosas para que las pruebe. Cuando se ponga enfermo, quiero quedarme toda la noche despierto y también quiero ir a sus recitales de piano. No sabía hasta ahora las ganas que tenía de ser padre.

—¿Qué quiere Holly? —preguntó Misty.

—No tengo ni idea —contestó Guido—. La noticia me la soltó hace unos días. Yo no sabía que ella quisiera tener un hijo. Ni siquiera lo sé ahora. Nunca había dicho nada al respecto. Ahora me plantea el asunto como un hecho consumado y se vuelca en los detalles. Le ha escrito a un carpintero de Maine para que le haga una cuna, por ejemplo. Yo he visto la carta. Ha estado haciendo planos del dormitorio trasero para convertirlo en el cuarto del bebé.

—Me temo que no veo dónde está el problema.

—No sé qué siente. Tú no la conoces. Es como un hombre de negocios. Me dijo: «Guido, vamos a tener un hijo», y se acabó. Yo quería salir a contárselo a todo el mundo, comprar una caja de puros, llenar la casa de rosas. Y eso no puedes hacerlo sin saber si tu mujer está contenta o está triste. Ella se limita a dibujar planos. No ha vuelto a decir una palabra al respecto. Deja caer ese meteorito a mis pies, el meteorito abre un agujero enorme, y lo único que ella hace es barrer, nivelar el terreno y seguir a lo suyo.

Guido se sentó y se derrumbó en la silla apoyando la taza de café en el platito con demasiada violencia. Del bolsillo se sacó un puro con los dos extremos cortados y lo encendió. Tenía los ojos castaños llorosos y preocupados.

—Puede que necesites demasiada información, Guido —dijo Misty.

—El que tiene demasiada información es Vincent —dijo Guido—. No cuesta demasiado saber cómo te sientes tú. Yo vivo con una fortaleza amurallada.

—Vincent vive con una fortaleza amurallada medio en ruinas en busca de fondos para su reparación.

—Creo que va a dejarme otra vez.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Misty.

—La conozco. Le ha llegado la hora de retirarse.

—Pues deja que se retire —dijo Misty—. Por lo que tengo entendido, la primera vez no te dejó, solo se marchó unas semanas.

—Eso es dejarme.

—Por Dios, Guido. Pensaba que había emparentado con una familia inteligente. No estás casado con *La Mujer*. Estás casado con una mujer en particular, y esa mujer en particular se comporta de una manera en particular. Necesita ser ella misma de vez en cuando. ¿Cambia eso las cosas? A menos que no confíes en ella.

—No es que no confíe en ella. Es solo que yo no la entiendo y ella no sabe explicarse.

—No la entiendes porque tú no eres Holly —dijo Misty—. Si el que se marchara fueras tú, sería por un motivo concreto y relacionado con Holly y contigo. Eres incapaz de creer que ella pueda marcharse sin tener tus motivos. Pues bien, no sois la misma persona. Ella tiene sus propias razones. Mientras te quiera y no pase demasiado tiempo fuera, ¿por qué no la dejas tranquila? Tener un hijo es un asunto muy serio. Puede que necesite un poco de tiempo para ir haciéndose a la idea.

—Esta es una conversación muy desconcertante —dijo Guido.

—Tú la has querido —contestó Misty.

—No le digas nada a Vincent durante un tiempo, ¿me harás el favor? Se lo contaré yo, pero esperaré a tenerlo todo resuelto.

—Tú y tu amigo Vincent sois un caso perdido —dijo Misty—. No hay nada que hacer. Pregúntale si está contenta de tener un hijo y luego déjala marchar.

—¿Y yo qué? —preguntó Guido—. ¿Y mi derecho a la dicha paterna? ¿Y mis sentimientos?

—Ya te llegará el gran momento —dijo Misty—. Tú espera a tener al bebé en brazos y a que te llene el traje de babas.

Holly sí que iba a marcharse, y se marchaba para acostumbrarse a la idea de tener un hijo. Misty había dado en el clavo, igual que Guido al elegir la palabra «retiro». Holly se iba a un monasterio. Había encontrado una orden de monjas anglicanas y se iba de retiro espiritual.

—Tú no tienes medio gramo de sentimiento religioso —dijo Guido.

—Puede que no tenga sentimientos religiosos, pero me gustan los ambientes religiosos —dijo Holly—. Además, la idea de estar embarazada hace que me sienta medieval. Es una orden contemplativa y necesito silencio. Y, además, siento el impulso de rodearme de mujeres.

—¿En serio? —preguntó Guido con vehemencia—. ¿Y cómo has dado con esas santas?

—Es un sitio famoso. Siempre he querido ir. Tienen una directora de retiros y también habrá otras mujeres de retiro espiritual.

Holly estaba tumbada en el sofá, envuelta en una manta de cuadros escoceses. A su lado, en el suelo, una bandeja de té con su taza y su platito de flores, la tetera y una jarrita de leche. Un platito de cristal contenía los restos de unas tostadas con mantequilla y miel.

Holly te hacía pensar en cuadros, en composiciones, pensó Guido. Mirarla sin pensar en los elementos individuales resultaba imposible: el rubor de sus mejillas, su melena espesa y brillante, el contraste entre las muñecas y los puños de la camisa. Se la veía calentita, que no perezosa. A Holly se le daba bien preparar el terreno para la acción: encontraría ropa de embarazada igual que la que siempre llevaba, encontraría ropa perfecta para el bebé, inventaría una dieta para la futura mamá, y cuando el bebé llegara, también inventaría una dieta para él. A Guido, las mujeres guapas con gafas o con un bebé siempre le habían resultado muy conmovedoras. Pronto llegaría a casa para encontrarse con la estampa de su preciosa mujer y su hijo. Si el sentimiento hubiera sido mutuo, Guido habría estado exultante de felicidad.

Al lado del sofá había una pila de libros: un ejemplar de *La regla de san Benito, Dietas para madres* y un libro con la sobrecubierta blanca titulado *Serenidad prenatal*. Holly no perdía el tiempo, pero mantenía la felicidad de Guido a raya. A Guido le entraron ganas de hincarse de rodillas y ponerse a cantar de alegría, pero Holly estaba hablando de su retiro espiritual.

—No se me ocurre un lugar más sano al que ir —decía—. Como tienen muchísimo terreno, el aire está muy limpio. Crían y cultivan sus propios alimentos. Tienen una granja, un huerto y vacas. La mantequilla y el queso se los hacen ellos. Tienen una casa de invitados para gente como yo. Y al bebé también le irá bien. En su libro sobre la serenidad prenatal, la doctora Margot Justis-Vorander dice que es fundamental que los bebés pasen las primeras semanas de su incipiente vida en un entorno de absoluta tranquilidad. Eso es algo que muy poca gente tiene en cuenta. La madre debería mantenerse tan serena como sea posible.

—¿Y el padre? —preguntó Guido.

—Tengo que moverme por impulsos —dijo Holly—. Por lo visto, el embarazo tiene los suyos propios. Tengo que disfrutar de auténtico silencio. Le hará bien al bebé. Y, además, no eres tú quien tiene que andar con el bebé a cuestas, soy yo. Tengo que acostumbrarme y reflexionar al respecto. Serán pocas semanas.

—¿Cuántas semanas son pocas? —preguntó Guido.

—El retiro es de diez días, pero puede alargarse.

—Puedes alargarlo tú, querrás decir.

—No te pongas agresivo, cariño. A fin de cuentas, tener un hijo es un asunto muy serio.

Un asunto muy serio significaba que Holly no iba a volver al cabo de diez días. Significaba que volvería cuando le apeteciera. Más que enfurruñarse, Guido era de los que se quedaban amargados dándole vueltas a las cosas, pero en ese momento tenía la sensación de que lo habían dejado sin opciones. Se sentó a darle vueltas al asunto muy amargado. La vida era injusta con todos los justos, pensó. Por desquiciante que fuera ella, el carácter de Guido lo obligaba a ver las cosas desde el punto de vista de Holly, o desde lo que él imaginaba que sería su punto de vista si ella se hubiera molestado en explicarse. Así estaban las cosas: el bebé lo tendría ella y Guido no era más que un testigo. ¿Sería el deseo de tenerla con él, a su lado, el terrible anhelo del mirón? Tal vez estuviera celoso. Tal vez todos los hombres sintieran esos mismos celos. Tal vez la rabia que sentía hacia Holly era rabia por la situación en la que se veía: él solo había estado presente en el momento de la concepción. El misterio empezaba ahora y le pertenecía a Holly y a nadie más.

Tal vez él necesitara demasiada información. Tal vez necesitara una explicación para todo, escrita bien grande en letra de palo. Holly no era dada a explicaciones, ella asumía y actuaba. ¿Cómo podía la vida ser tan grácil y tan confusa al mismo tiempo?

—No pongas esa cara de pena —dijo Holly—. Ven a acurrucarte conmigo. Es muy probable que un poquito de amor por la tarde le haga mucho bien a nuestro maravilloso futuro niño.

—Pensaba que lo que le convenía era absoluta serenidad.

—Eso significa no estar tenso, nada más —respondió Holly—. No dejarse atrapar en las tensiones innecesarias de la vida moderna.

Guido se levantó. Durante unos instantes, se acordó de la suficiencia con la que había tratado a Vincent cuando él empezaba a cortejar a Misty. Desesperado, Vincent le había dicho: «A veces creo que estoy enamorado, y otras, que estoy enfermo».

El quid de la cuestión era ese, pensó Guido. Holly lo abrazó, y durante aquellos instantes él no fue capaz de distinguir entre una cosa y la otra.

Holly emprendió su retiro una mañana temprano, cargada con una bolsa de viaje muy sencilla de color negro y vestida con lo que le pareció la indumentaria apropiada para una seglar en un monasterio: una falda negra, un jersey gris y medias grises. Se había quitado los brillantes de las orejas para ponerse unas perlititas. En el bolso llevaba un ejemplar de *La regla de san Benito*, un frasco de vitaminas y el libro de la doctora Justis-Vorander sobre la serenidad prenatal. Por cómo se había vestido, Guido sabía que ella iba a ganar en elegancia a todas sus compañeras de retiro.

En cuanto se hubo marchado, Guido corrió a su despacho, allá donde la vida no le deparaba sorpresas. Betty Helen había vuelto y Stanley había decidido quedarse para ayudarlos. Para sorpresa de Guido, Stanley y Betty Helen se llevaron de maravilla. Stanley hacía de chico de los recados, de segundo mecanógrafo y de lector de propuestas y manuscritos. Si alguna tarde el despacho estaba tranquilo, solía leerle las propuestas a Guido, cuyo nombre había acertado a «Guid».

—Vale —le dijo una vez Stanley—. Atiende. Esta dice: «El espacio y el tiempo son modalidades configurativas unidas por sus esencias infinitas. La forma alude a la casualidad en un contexto de inmensidad esencial, de ahí la noción de accidente. El artista trabaja sujeto a limitaciones invisibles que inciden en la percepción, en la energía y en la suma de las dos, el trabajo, que no debe confundirse con “la obra”». Adivina qué es esto, Guid.

—Eso —respondió Guido— es la propuesta de un escultor que quiere poner unos adoquines en un jardín.

—Casi, pero no te llevas el premio. Es de un alfarero que quiere duplicar las «formas accidentales en la naturaleza».

—¿Y, según él, qué es una forma accidental en la naturaleza?

—Bueno, el tipo dice cosas como «sucesos aleatorios unidos mediante vínculos amorfos que configuran estructuras singulares».

—Se refiere a una especie de charco —explicó Guido.

—¿Ah, sí? —dijo Stanley—. Eso es superraro. Un idioma completamente distinto.

—Cuando yo tenía tu edad solía leerle esas cosas a mi tío Giancarlo —le contó Guido—, por eso las tengo tan por la mano. No había mucha gente que escribiera así, claro está, las propuestas que solíamos recibir eran novelas de sagas familiares, ciclos poéticos sobre Cincinnati y murales para colegios. Escultores que trabajaban con el cincel y poetas que trabajaban con las palabras, ya

sabes. Cuando el tío Giancarlo recibía alguna propuesta como la de la forma accidental en la naturaleza, cogía un lápiz grueso de color rojo y escribía en diagonal: SI NO PUEDE REDACTAR UNA PROPUESTA COHERENTE, TAMPOCO PUEDE RECIBIR UNA BECA.

—¿Y entonces qué pasaba?

—Pues que o el tipo nunca volvía a dar señales de vida o volvía a redactar la propuesta enfrentándose al hecho de que lo que quería hacer era construir una uña gigante de corcho blanco, y el tío Giancarlo escribía NO NO NO NO con un lápiz grueso de color rojo y le devolvía la carta. Luego el tipo conseguía la beca en algún otro lado. El tío Giancarlo no quería que la fundación perdiera su cariz conservador. Su lema era que ante una obra de Rafael o de Matisse, nadie ha dicho jamás: «Mi niño de cinco años lo haría mejor».

—Esa podría ser la base para un nuevo juego de mesa —dijo Stanley—. Yo me invento una de estas definiciones y tú tienes que adivinar de qué se trata. Vale. Dime qué significa: «La imbricada combinación entre el estrés sociorromántico y la cotidianidad de la experiencia humana permite escapar a las estructuras represivas en un intento de redefinir parámetros».

—Eso significa: «Tienes problemas con tu novia y quieres cogerte la tarde libre».

Stanley se quedó de piedra.

—Alucinante —dijo.

—Es mi trabajo, nada más.

—No es trabajo —dijo Stanley—. Es una variante fuerza-finalización estructuralmente expresada en función de una acción repetida.

—Piérdete —le dijo Guido.

Lo que Stanley entendió por tomarse la tarde libre consistió en un prolongado almuerzo con Vincent, al que ya quería como a un auténtico primo. Stanley necesitaba consejo y nunca se lo habían ofrecido. Lo único que su hermano Muggs le había dicho era: «Nunca mezcles drogas». Y como Muggs vivía en California y Stanley lo había dado por inútil, Vincent le pareció un excelente sustituto de hermano mayor.

—Tengo un problema —le dijo a Vincent.

—Eres demasiado joven para tener problemas.

—Pues tengo uno. Que sea joven no es razón para no tomarme en serio. Estoy sufriendo lo que podría definirse como una crisis de engaño. Engaño a Sybel porque ella cree que la quiero todo el rato, pero en realidad cuando estoy con ella la mitad del tiempo lo paso pensando en Maria Teresa, la amiga de Misty.

—A Maria Teresa le pareces un bicho. Es demasiado mayor para ti —dijo Vincent.

—No se trata de ella, tío. De ella en sí misma, vaya. Es la idea de Maria Teresa, ¿entiendes? A mí Sybel me hace bien, vaya. La comida que come tiene mucha energía, es muy saludable. Por la mañana me manda hacer unos ejercicios de yoga y después meditamos. Medita ella, vaya. Yo solo le miro los pies, y sin prestar mucha atención. Me concentro en Maria T., básicamente. Me invento cartas de amor en latín y todo el rollo. No sé. A veces pienso que es porque de vez en cuando me gusta tomarme un helado sin sentirme culpable, o puede que a Sybel no la quiera como se debe querer. Me refiero a que tengo la sensación de que debería ser sincero con ella.

—Ser sincero nunca es lo más acertado —dijo Vincent.

—¿Ah, no? Qué sofisticado. Yo que te creía un tipo de una pieza. Pero esto me está afectando, tío. Esta mañana Betty Helen me ha dicho que tenía el aura gris y suelo tenerla amarilla.

—¿Betty Helen? ¿Hablas de estas cosas con Betty Helen?

—No, tío, lo único que te estoy diciendo es lo que Betty Helen me ha dicho del aura.

—¿Qué significa todo eso? —preguntó Vincent muy serio.

—Dios, Vincent. ¿Es que no hablas nunca con ella? Es superrara. Cree en la espiritualidad. Ella ve el aura y, con el aura, puede saber cuál es tu estado mental. Por ejemplo, me ha dicho que la de Guido es azul cielo, pero que ahora la tiene de una especie de morado oscuro y sucio. Tiene lógica, con lo de Holly metiéndose en un convento.

Vincent se quedó mirando a Stanley.

—¿En un qué?

—En un convento. Holly se ha metido en un convento.

—¿En un qué?

—Para ya de repetir —dijo Stanley—. Esta mañana oí a Guido al teléfono con la madre de Holly. Holly se ha metido en un convento.

—Quédate ahí —dijo Vincent—. Tú quédate ahí sentado y no te muevas. Vuelvo enseguida.

Se fue muy enfadado a la barra y preguntó dónde tenían el teléfono público. Lo dirigieron a una cabina de madera ocupada por una jovencita nerviosa que sujetaba una agenda y hablaba a toda velocidad. Como estaba de cara a la pared, no advertía los impacientes pasos de Vincent. Al cabo de dos minutos, Vincent dio unos golpecitos en el cristal.

—¿Cuánto va a tardar? —gritó.

—Estoy con una conversación muy seria —dijo la chica—. Voy a tardar un poco.

—¡Esto es un teléfono público! —gritó Vincent—. Aquí nadie hace llamadas serias.

—Es muy importante —saltó la chica.

—Si no sale de ahí dentro voy a llamar a la policía —dijo Vincent—. Es un asunto de vida o muerte.

—Bueno, un minuto —respondió la chica. Murmuró algo al teléfono y luego colgó.

—Todo suyo. Podría haberme arruinado la vida.

La cabina olía a perfume francés. Vincent, furioso, marcó el número de Guido.

—Dice Stanley que Holly se ha metido en un convento —dijo—. ¿De qué va todo esto?

—No tengo intimidad.

—A la mierda tu intimidad —dijo Vincent—. Soy tu amigo más antiguo.

—Holly está de retiro espiritual. Descubrió un monasterio puesto con muy buen gusto y se fue para allá de cabeza. Cree que al bebé le irá bien estar en un ambiente sereno.

—¿Qué bebé? —gritó Vincent.

—Por el amor de Dios, deja de gritar. Holly está embarazada. ¿No te lo ha contado Misty?

—¿Y cómo lo sabe Misty?

—Se lo dije yo —respondió Guido—. Es posible que le pidiera que no te lo contara. No me acuerdo. Estaba muy alterado.

—Me parece que lo mejor será que vengas a cenar a casa esta noche —dijo Vincent—. No lo entiendo.

—Pasa lo de siempre. Todo va de fábula. Holly se queda embarazada y se larga a una comuna con unas monjas anglicanas. No entiendo nada y voy a ser padre.

—Enhorabuena —dijo Vincent—. Qué cosa tan maravillosa. Lástima que esté demasiado furioso como para apreciarla. Nos vemos esta noche. Dios, qué ganas tengo de retorcerte el pescuezo.

—Voy a ser tío —dijo Vincent sentándose—. Holly está esperando un hijo.

—Pensaba que iba a meterse a monja —dijo Stanley—. Y, de todos modos, eso no te convierte en tío, sino en algo así como primo cuarto.

—Me convierte en tío porque voy a sentirme tío. Y Holly se ha ido a un convento de retiro espiritual.

—¿Ah, sí? Qué pasada. Cuando estudiaba latín eclesiástico nos daban a leer rollo monástico de ese. Los judíos no se complican tanto. Oye, tú estás furioso. ¿Le has dado un buen repaso a Guido?

—No. Estaba enfadado, pero ya no. Come.

—No te pongas a hacer prácticas de tío conmigo —dijo Stanley—. Se nota que estás enfadado, tío. Y yo también lo estaría si mi mejor amigo me ocultara las cosas. Bueno, basta de hablar de ti. ¿Y yo qué?

—Tus problemas son una estupidez —dijo Guido—. Tú espera a hacerte mayor y a tener auténticos problemas. Entretanto, te aconsejo que pidas alguno de esos pastelitos de postre. Un éclair o dos fomentan la claridad de juicio.

—¿Ah, sí? En ese caso, voy a pedir un éclair y un milhojas.

Vincent salió temprano del despacho y volvió a casa andando. Quería estar un tiempo solo para reflexionar. Guido no le había dicho nada. Misty no le había dicho nada. ¿A qué se debía eso? En su paseo lo acompañaba un profundo sentimiento de persecución. ¿Habrían descubierto Guido y Misty alguna insuficiencia en él? ¿Sería incapaz de hacer frente a una información vital? ¿Estaba tan ensimismado en sí mismo que ya nadie le contaba nada?

O tal vez aquello fuera una moda. A fin de cuentas, Stanley tenía la impresión de estar ocultándole la verdad a Sybel. ¿Quién más estaría ocultando información? ¿Y a quién? Pasó al lado de una fila de casas de piedra rojiza cuyas ventanas iluminadas siempre le habían hecho pensar que detrás de ellas discurrían vidas cálidas y estables. Ahora Vincent se preguntaba cuántos secretos permanecerían guardados en esas casas y cuánta gente los guardaría. ¿Qué maridos engañaban a su mujer? ¿Qué mujeres engañaban a su marido?

En casa, Vincent se apoltronó con un vaso de whisky. Los mejores amigos deberían contarse las cosas importantes. Tener un hijo era una cosa importante y más cuando eso implicaba ser tío. El whisky le calentó el pecho y le hizo pensar que tal vez estuviera haciendo una montaña de un grano de arena. Cogió una revista del cesto que había al lado de la butaca y se puso a hojearla. Vincent estaba en la lista de direcciones de todas las instituciones benéficas del país y recibía todas sus publicaciones. La revista que había cogido la publicaba la Fundación para la Fraternidad Humana. En la portada había un detalle de un cuadro del Bosco y las palabras: «¿Está el mundo yéndose al infierno?». Vincent estaba convencido de que sí: el calor del whisky ya se había disipado. *Fraternidad Humana*, que así se llamaba la revista, tenía una columna mensual

con una cita y comentarios de tinte humanista al respecto. La cita de ese mes era de Georg Simmel y decía así: «Cuanto más alejadas del centro de nuestra personalidad se hallan las terceras personas, tanto más fácilmente podemos reconciliarnos con su insinceridad, tanto desde un punto de vista práctico como interior: si las personas que más cercanas nos resultan mienten, la vida se vuelve insoportable».

Vincent arrojó la revista al suelo. Era su mujer la que no creía en las casualidades. Esa cita no era una casualidad. Las personas que más cercanas sentía le habían mentido. La vida era insoportable. Se terminó el whisky hecho una furia.

Cuando oyó el clic de la llave de Misty en la cerradura, se levantó de la butaca de un brinco y se quedó en el pasillo con el ceño fruncido. No saludó a Misty ni tampoco le dio un beso. La observó mientras colgaba el abrigo en el armario.

—¿Por qué estás parado en el pasillo cerrándome el paso con cara de mal genio? —preguntó Misty.

—¡Estoy cansado de que me mientan! —gritó Vincent—. Estoy cansado de que se aprovechen de mi buena fe. Estoy cansado de que se rían de mí como si fuera el tonto feliz mientras los adultos andáis por ahí con gesto serio.

—A Guido se le ha escapado, ¿no?

—A Guido se le ha escapado —respondió Vincent con tono amenazador—. Qué evasiva. Sí, a Guido se le ha escapado porque tu primo Stanley es un entrometido. Y ahora descubro que mi mejor amigo y mi esposa comparten una información que a mí me está vedada. ¿Es que no soy lo bastante profundo para entenderlo? ¿Soy de temperamento demasiado alegre para enfrentarme a estas deprimentes realidades? Si la mujer de mi mejor amigo está embarazada y yo estoy a punto de convertirme en tío, ¿no tendrían que contármelo?

—En primo cuarto —dijo Misty.

—Y si la mujer de mi mejor amigo, embarazada de mi sobrina o de mi sobrino, se va a un monasterio, ¿tampoco tendrían que contármelo?

—¿Un monasterio? —dijo Misty—. ¿Holly?

—¡Ja! Ya veo que no lo sabes todo. Holly está de retiro espiritual.

—Qué chic.

—¿Eso es chic? —preguntó Vincent.

—Ahora sí —dijo Misty—. Creo que tienes verdadero talento dramático, Vincent. Creo que tendrías que preguntarle a Hester si podría darte trabajo de actor. No tenía ni idea de lo shakesperiano que eres.

—Estoy furioso contigo y con Guido.

—Ya lo veo. Ahora, si me dejas salir del recibidor, te lo explicaré.

—Suéltalo —le dijo Vincent.

—No voy a subir al estrado para hablar —dijo Misty—. Hablaré en tu regazo.

—No, de ninguna manera. Mantén bien lejos de mí tus malas artes femeninas.

—No. —Misty se sentó en su regazo y lo abrazó—. ¿Sabes qué, Vincent? Eres más bueno que el resto de gente. Te tomas en serio las cosas que deben tomarse en serio. A mí solo me interesan las pequeñeces. Guido vino el sábado, creo que necesitaba hablar con una mujer. Estaba muy afectado porque no logra desentrañar los sentimientos de Holly y Holly no habla. Ella se limita a actuar. Se quedó embarazada y se lo soltó, y él se derrumbó. Me pidió que no te lo contara porque

se sentía fatal.

—Y daba por sentado que yo me pondría a saltar de felicidad y él no iba a poder soportarlo, ¿no es eso?

—Exactamente. La situación es la siguiente: Guido estaba esperando a estar de humor para contártelo y tú te habrías alegrado. Todo porque te quiere.

—¿Y tú dónde encajas en esa ecuación perfecta?

—¿Yo? A mí las naderías se me dan de fábula. Guido me pidió que no te lo contara, y cuando alguien te pide que no cuentes algo, eso es sagrado. Cualquiera chica de trece años lo sabe; honor adolescente, nunca he podido superarlo.

—¿Te das cuenta de que este incidente ha derribado las barreras de la confianza? ¿Sabes que cuando las personas que más cercanas nos resultan mienten, la vida se vuelve insoportable?

—Claro que lo sé —respondió Misty—. Leemos las mismas revistas. Cuando de secretos se trata, soy como el perrito de la campana. Eso demuestra lo inmadura que soy. Si se hubiera tratado de algo importantísimo, te lo habría contado, pero tu reacción habría sido la misma, ¿no es cierto?

—Por supuesto —dijo Vincent—. Me habría enfadado con Guido y me habría alegrado por lo del bebé.

—Bueno, pues ese es el problema de las buenas personas. Nunca puedes contarles nada.

—En ese caso —dijo Vincent—, ser bueno no tiene gracia.

Guido llegó a la cena con expresión triste. Vincent seguía furioso y Misty tenía los nervios de punta. Les había entrado a todos un ataque de cortesía. Terminaron de cenar entre charlas forzadas, y cuando llegó el momento de pasar al café, Misty consideró que debía retirarse a la salita a fumarse un cigarro para dejar a los chicos solos.

—No, no —dijo Vincent.

—No te vayas —dijo Guido.

—¿Vamos a sentarnos y hablar de nuestro conflicto? —preguntó Misty.

—Sí —respondió Vincent—. Vamos a sentarnos a esta mesa y a hablar precisamente de eso. Empiezo yo. Tú, Guido, me has ocultado información vital. Tú, Misty, has sido su cómplice. Guido no ha sabido distinguir su malhumor de nuestra amistad y tú has sido incapaz de dejar a un lado tus ideas de adolescente sobre las confidencias.

Vincent se reclinó en su sillón y encendió un puro. Guido y Misty cruzaron miradas de alivio. En cuanto Vincent ventilaba su ira, no tardaba en olvidarla. Ya no estaba enfadado, y los dos lo sabían.

Ahora le tocaba a Guido.

—Si tú te sientes mal, imagina cómo me siento yo. Holly se queda embarazada sin haber hablado jamás del tema. Yo no sabía que quería un hijo, nunca me había dicho nada. Por cómo se comporta, cualquiera diría que la cigüeña entró volando por la ventana y le dejó la idea de tener un hijo debajo de uno de sus arreglos florales. ¡Ni una palabra! No puedo creer que me lo haya soltado así. No es que no quiera tener un hijo, porque sí que quiero tenerlo, pero estamos en el siglo veinte. Somos un matrimonio. ¿No se supone que los matrimonios hablan de estas cosas?

—¿Y eso dónde lo pone? —preguntó Misty.

—¿Tú me sorprenderías a mí con un bebé? —respondió Vincent.

—Con lo merluzo que eres, sorprenderte a ti con lo que sea siempre es un placer —dijo Misty.

—Holly me lo soltó sin avisar —dijo Guido.

—Pero tú querías un hijo —dijo Vincent alegremente—. Y ahora vas a tener uno. ¿Por qué no te relajas y disfrutas?

—No es por el bebé —repuso Guido—. Es por la idea del bebé. Es porque Holly albergaba ese deseo y ni se molestó en decírmelo. Se suponía que íbamos a hablar del tema juntos.

—Qué repugnante —dijo Misty—. Ahora, mi turno. Esperas que Holly actúe como actuarías tú. Ni lo hace ahora ni lo hará nunca. ¿No te has parado a pensar ni siquiera durante un instante que tal vez Holly ya supiera que tú querías un hijo pero no estuviera dispuesta a mantener interminables conversaciones al respecto? Puede que no le apeteciera tener una de esas charlas modernas sobre el esperma. Tal vez fue un accidente y a ella le pareció afortunado. Entiendo tus razones, y tienes todo el derecho del mundo a tenerlas, pero tienes que ver las de Holly, y tú no eres ella. Además, Holly encaja con todo aquello que tú crees sobre el mundo, y también te quiere. De uno u otro modo, siempre salís ganando. Puedes sentarte a darle vueltas a un asunto que no lo merece. Puedes pensar que el universo es un lugar oscuro y lleno de sorpresas, y te equivocarás y acertarás al mismo tiempo. Holly es la mujer ideal para ti. Si estuvieras casado con alguien igual que tú, los dos os dedicaríais a comentar absolutamente todos los detalles de vuestro pasado, presente y futuro, y nunca os divertiríais.

—Si tan perfecta es Holly —dijo Guido—, ¿por qué me siento tan desgraciado?

—Porque lo que tú querías que pasara ha pasado, pero no como tú querías —respondió Misty—. No lo organizaste tú. En pocas palabras, eres un niño mimado.

—Eso no es muy amable —dijo Vincent.

—No, no lo es —respondió Guido—, pero es cierto. Bebamos algo.

Pasaron al salón. Vincent sacó brandy y copas. Bebieron sentados los tres juntos en el sofá. Cuando llegaron a la segunda ronda ya estaban todos un poquito achispados.

—Misty puede decir todo lo que quiera —dijo Guido—. Es de la familia.

—Todos somos familia —dijo Vincent, para quien el brandy y el sentimentalismo iban siempre de la mano.

—Me siento mucho mejor —dijo Guido estirando las piernas—. Es la amistad entre adultos.

—Es el brandy —dijo Misty.

—Qué materialista eres —dijo Guido—. Estoy en compañía de mi familia y hacía semanas que no estaba tan contento.

—No durará —dijo Misty.

—¿Y qué más da? —dijo Vincent—. Estamos todos juntos. Somos familia y somos amigos. A mí esto me parece lo mejor del mundo, y a Guido también.

—Estos chicos... —dijo Misty.

Holly volvió de su retiro espiritual antes de que se cumplieran tres semanas. Guido llegó a casa una tarde y se la encontró en la cocina haciendo la cena. Rebosaba salud.

—Pensaba que tenía que ir a recogerte.

—Quería volver discretamente —le dijo Holly. Le dio a Guido un beso sereno y volvió a ocuparse de la cena como si nunca se hubiera marchado. Iba a ser su comida preferida, le advirtió a Guido, y debía salir de la cocina de inmediato—. No estoy acostumbrada a hablar —continuó—. Tengo que recuperar la costumbre poco a poco.

Cuando se marchó, Holly dejó un apartamento impoluto, y así lo había mantenido Guido. Apenas si había rastros de su regreso. Toda su ropa ya estaba doblada o colgada y guardada. Cuando Holly no andaba por casa, sin embargo, la vida abandonaba aquellas estancias y a Guido le parecía estar viviendo en medio de un paisaje muerto. Con Holly lejos, Guido encendía todas las luces y aun así todo le parecía oscuro. Con Holly de vuelta en casa, bastaba la lámpara de la mesilla de noche para hacer del dormitorio un lugar confortable y cálido.

Durante la cena, Guido tuvo la sensación de estar comiendo auténtica comida por primera vez desde la marcha de Holly. La comida de los restaurantes, la de casas ajenas o la que se preparaba él mismo tenían para Guido un sabor poco auténtico. Holly era una cocinera muy pura, y para Guido ninguna otra cosa tenía buen sabor.

Mientras tomaban el café, Holly le habló de su experiencia con la tranquilidad.

—Llevo tres semanas sin beber café. Ya ni me acordaba de lo que era un estimulante. Y el silencio, los efectos de estar sin hablar son increíbles. Comes en silencio, pero alguien te lee en voz alta. Pasas el día entero sin hablar, con una breve pausa por la tarde. He asistido a algunas conferencias sobre espiritualidad, pero lo más asombroso es el ambiente: vas empapándote de él y al final te das cuenta de que, aunque no suelas estar en tensión, vivir en sociedad termina tensándote. Empiezo a pensar que el espacio absorbe el ruido o el silencio. De vuelta a casa, por ejemplo, me monté en un tren vacío que se quedó unos quince minutos en la estación. No se oía ningún ruido, salvo el de los pájaros o el de algún perro, pero allí no había sensación de tranquilidad, mientras que el monasterio, aun lleno de gente, es absolutamente silencioso. Ni te imaginas lo relajante que es eso. Todo eso me ha llevado a pensar en cómo incorporar más silencio a la vida normal.

Tras aquellas palabras, el tenedor de Guido chocó estrepitosamente contra el plato. Las últimas tres semanas le habían pasado factura. Estaba inquieto y nervioso, a punto de sucumbir a un resfriado: tenía los huesos calientes y la carne fría, y las mantas no le hacían nada. Él no quería más silencio en la vida normal. Él no quería que Holly se entregara a una vida de silencio y lo dejara solo. Tenía la impresión de que un poco más de silencio podría matarlo.

Esa noche cayó en un sueño febril. Soñó que Holly se había marchado y ese sueño lo despertó. Se sentó en la cama temblando. En la oscuridad, veía las sombras fantasmales de los muebles. El dormitorio le recordaba a una marina. Volvió a hundirse en la almohada y se quedó dormido, esa vez soñó que Holly decidía no regresar jamás. Se revolvió en la cama, muy triste, hasta que notó la pierna de Holly al lado de la suya. Eso hizo que se sintiera mejor. Se durmió y soñó que Holly se había metido en un convento y que no volvería a verla nunca más. La sensación de pérdida y de desesperación era tan aguda que lo sacó de su sueño. Buscó a tientas la pierna de Holly, pero no la encontró en la cama.

Estaba sentada en una butaca, leyendo a la luz de la lámpara de lectura. Guido estaba medio despierto, preso todavía de su pesadilla. A Holly la veía muy lejos, borrada por la luz. Guido trató de enfocar la vista, pero no lo consiguió.

Eran las cuatro de la madrugada. Guido se sentía muy afiebrado y habló sin querer.

—Holly —dijo—, vuelve, por favor.

Se apagó la luz. Oyó que Holly dejaba el libro en su mesita de noche y luego notó su mano fría en la frente.

—Pobrecito mío —dijo Holly—. Tienes fiebre.

—Vuelve, por favor.

—Ya he vuelto.

—Tú vuelve —dijo Guido—. Vuelve y no me dejes.

—Ya he vuelto, cariño. No me he ido. Estoy aquí. Ahora duérmete.

TERCERA PARTE

Holly tenía una prima que se llamaba Gem, Gem Jaspar. Holly le llevaba cinco años y nunca le había prestado demasiada atención. Cuando iba a la universidad, Gem todavía jugaba a *hockey* sobre hierba, y la imagen que a Holly se le había quedado grabada era la de una niña vestida de uniforme.

Gem vivía de cara a la galería. Cuando las revistas de moda dedicaban páginas a la ropa ideal para salir a navegar, nunca podía faltar una fotografía de Gem. Cuando los periódicos informaban de suntuosas fiestas, no fallaba el nombre de Gem. En la perfecta agenda de direcciones de Holly, Gem ocupaba una página y media: Holly odiaba las direcciones tachadas porque echaban a perder la pulcritud de su letra, y la existencia peripatética de Gem le había causado infinidad de pequeños disgustos. Como Holly creía que la gente debía sentar la cabeza, a todos los anotaba con tinta. Con Gem había acabado pasándose al lápiz.

Gem era una de esas chicas altas, vigorosas y atléticas que de lejos parecen un poco bizcas pero de cerca ya no dan esa impresión. Había ido al colegio en Francia y había hecho algún amago de estudiar una carrera, pero se había limitado a flotar entre las instituciones de enseñanza superior a las que la enviaban. En un momento dado, Gem se casó con un hombre llamado Clifford van Allen. Celebraron la boda en Suiza y luego se dispusieron a viajar. Clifford se dedicaba a las carreras de coches y de caballos, aquellos eran sus únicos intereses. En otro momento dado, Gem se divorció y se embarcó en una aventura de superación: se matriculó en una academia de diseño de moda, dio clases de dibujo arquitectónico y pasó cuatro meses en una escuela de intérpretes tratando de descubrir si su francés era lo bastante bueno como para ser intérprete en Naciones Unidas. No lo era. Esas actividades le ocupaban el otoño y la primavera. El resto del tiempo, Gem lo dedicaba a las vacaciones de verano y de invierno. Navegaba en verano y esquiaba en invierno, casi siempre en el extranjero.

Cuando Gem hacía alguna visita, sus botas de montar llenas de barro esperaban a la puerta de la casa de sus huéspedes, y cuando hacía buen tiempo siempre dejaba sus pantalones de montar colgados en la verja. Gem nunca viajaba ligera. En la maleta llevaba botas y un sacabotas de hierro, y solía cargar siempre con la silla de montar y con un portasilla plegable de acero. No había ocasión para la que Gem no dispusiera de la indumentaria y los accesorios adecuados. Gem debía hacer frente a ciertas exigencias de su vida: necesitaba espacio para los esquís alpinos y para los de fondo, para las botas de esquiar y para los patines, para sus botas de montar, para el equipo de alpinismo, para sus náuticos y su equipo de caza.

Holly y Guido no la veían desde el día de su boda, pero su paradero había quedado

documentado en varias postales y mensajes garabateados que parecían cartas pero eran, más bien, arrebatos en los que Gem se desahogaba. Holly no sabía por qué Gem la había escogido como destinataria de sus pensamientos más íntimos; aquella elección quizá se debiera, pensaba Holly, al hecho de ser la única prima de Gem. Guido, por su parte, la atribuía al hecho de que Gem no tendría a nadie más a quien enviarle esos mensajes.

Al llegar una noche a casa, Guido se tropezó con un par de botas de montar. En el salón se encontró con Gem bebiendo té y mirando fijamente la cuna hecha a mano que alojaba a Juliana Sturgis Morris, de seis meses de edad.

Últimamente, cuando Guido metía la llave en la cerradura sabía con qué iba a encontrarse. Con la escena tan anhelada: su preciosa mujer y su precioso bebé en íntima comunión en el sofá. Tener un hijo hacía la vida más segura.

Además, el embarazo de Holly había cambiado las cosas. Si ella se comportaba de manera misteriosa, lo hacía por alguna razón. Si rompía a llorar o dejaba de hablar, había un motivo. En realidad, el bebé los había unido. Guido había supuesto que Holly iba a odiar estar embarazada, pero no fue así. Cuando notaba que el bebé le daba una patadita, lo llamaba a su lado para que él pudiera sentirla. Y si lo que Guido había querido era que hablara, Holly rebasó sus sueños. Se sentía inmersa en un proceso milagroso del que describía hasta el menor detalle: hablaba del misterio de la vida, le soltaba sermones a Guido sobre la pureza de los alimentos, y si estaban los dos en la misma habitación, no le dejaba fumar puros.

—No podrás fumar delante de Juliana hasta que haya cumplido los tres años —le había dicho Holly después de dar a luz.

Durante los primeros días de la vida de Juliana, Guido no quiso ir a trabajar. Se quedaba en el hospital con la nariz pegada a la ventana de la nursery, mirando fijamente a su hija. El resto del tiempo lo pasaba en la habitación de Holly, cogiéndole la mano, viéndola dormir o leyéndole en voz alta algún libro del montón de obras sobre los recién nacidos que tenía en la mesilla de noche de la habitación del hospital.

Una tarde, Holly se echó a llorar.

—¡Tengo muchísimo miedo de llevarla a casa! —dijo—. Voy a equivocarme. Se pondrá enferma. Se convertirá en una adolescente resentida. Después se fugará a una comuna del Suroeste a cultivar patatas y todo por mi culpa.

Llegados a ese punto, decidieron que la presencia de una enfermera que se ocupara del bebé era un asunto prioritario. A la mañana siguiente, Guido tenía delante a una mujer de mediana edad, alta, canosa y de pelo corto. Estaba sentada al lado de la cama de Holly, conversando muy seria. Se llamaba Ruth Binnenstock y era psicóloga infantil y también enfermera pediátrica.

—Pero los bebés solo comen y duermen. ¿No son demasiado pequeños para tener psicólogo? —preguntó Guido.

—Me explico —dijo Ruth Binnenstock—. Trabajo con bebés enfermos, bebés raros, bebés hiperactivos, bebés a punto de someterse a una intervención quirúrgica. Como mis hijos ya son adolescentes, una vez al año cambio de pacientes para pasar algún tiempo con un bebé normal. Si no lo hago, pierdo facultades. Bueno, veamos el suyo.

Trajeron a Juliana de la nursery; para la ocasión le habían puesto un vestidito de nido de abeja

con tulipanes pintados. Ruth Binnenstock la cogió. Con los ojos a la altura de los de la enfermera, Juliana le dirigió una mirada clara y luego le sacó la lengua. Ruth Binnenstock le sacó la lengua a Juliana. Juliana cerró los ojos con fuerza y se puso a hacer gorgoritos. Ruth Binnenstock le contestó con otros gorgoritos. Juliana sonrió.

—En uno de esos libros dice que cuando de bebés sonríen es por los gases —dijo Guido.

—Qué estupidez —replicó Ruth Binnenstock—. La gente no les tiene respeto a los bebés. Los bebés son genios. Lo saben todo. Quieren saberlo todo. Este es perfecto. Deje que le diga una cosa: la ciencia no sabe un comino de bebés.

El bebé de Holly tenía muchísimo estilo, desde luego. La niña había venido al mundo por cesárea, era el bebé más guapo de todos los expuestos en la nursery.

Vincent y Misty habían ido a ver a la niña. Para Misty, sin embargo, hasta que los vestían con ropa que identificara su sexo, los recién nacidos eran todos, fueran niña o fueran niño, «criaturas». No era una entusiasta de los bebés, aunque entendía que cuando la criatura resultaba ser la tuya, sus arruguitas y su cara colorada te parecieran absolutamente fascinantes. Vincent y ella se habían quedado ante la inmensa ventana de la planta de maternidad, vigilando a varios bebés arrugados.

—¿Ve a ese? —dijo un hombre que estaba al lado de Vincent. Señaló un bebé enorme que no solo estaba colorado, sino negro y azul también—. Es el mío. Mire a esa bestia, haga el favor. Fórceps alto. Los dejan que parece que hayan aguantado quince *rounds*.

Uno de esos bebés no estaba colorado y tampoco aullaba, sino que, desde la cuna, lo miraba todo con aire inteligente y una sonrisa dulce en su dulce carita. Tenía una mata de pelo negro y rizado, y parecía una muñeca.

—Es esa —dijo Misty.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Vincent.

—Las demás criaturas están arrugadas. La de Holly está planchada. Además, las que nacen por cesárea son inconfundibles porque no quedan magulladas en el canal del parto. Cuando esta mañana hablábamos por teléfono, Holly me dijo que ella había querido que el parto fuera natural, pero que se alegraba de que hubiera sido por cesárea porque así el bebé se ahorra el trauma del parto y su entrada a la vida sería más serena.

Finalmente, llegó el momento de llevar a Juliana a casa. El carpintero de Maine ya había entregado la cuna y el cuarto trasero se había convertido en una habitación de bebé de color melocotón pálido. En aras de la serenidad, todos los abuelos estaban temporalmente proscritos, pero habían hecho llegar sus bendiciones en forma de móviles para colgar sobre la cuna, de lucecitas de noche, de un gato metálico dentro de un fanal que brillaba en la oscuridad y de un pequeño dibujo de Degas.

A regañadientes, Guido volvió al despacho mientras Holly se quedaba en casa para que Ruth Binnenstock la instruyera en las artes de la maternidad.

—Soy un fracaso —dijo Holly una tarde. Ruth y ella se tomaban un té mientras Juliana echaba una cabezadita—. Yo pensaba que cuando tenías un hijo sabías qué había que hacer.

—Tonterías —dijo Ruth Binnenstock—. La sabiduría materna llega con el paso de los años, no con el bebé. En mi opinión, basta con seguir los propios impulsos. Trate de pensar qué querría usted si fuera bebé. Y nunca olvide que usted también fue bebé. Y, ahora, dígame, ¿por qué decidió

irse de retiro espiritual?

—Quería tranquilidad. Quería algún lugar sencillo y sin lujos en el que hubiera muchas mujeres, y el monasterio fue el único lugar del mundo que se me ocurrió para dar con ese silencio.

—A eso me refería yo exactamente —dijo Ruth Binnenstock—. Siguió sus impulsos y acertó. Si hubiera más retiros espirituales y más embarazadas en ellos, yo podría llevar a cabo un estudio bastante elegante. Estoy convencida de que lo hará muy bien. Sus impulsos la llevaron hasta Margot Justis-Vorander. Me gusta ver a una madre leyendo *Serenidad prenatal*. Un libro excelente. Una mujer excelente. Yo estudié con ella. Brillantísima, muy humana. Aquí todo se reduce a esto: cuando de bebés se trata, nunca hay que tener miedo de hacer el ridículo. En ese sentido, el señor Morris no tendrá ningún problema. No había visto nunca a un padre tan entregado y, la verdad, con los padres que he visto, tengo ya para varias vidas. Cuando Juliana hace gorgoritos, él hace gorgoritos; cuando gatee, gateará él también. Eso es todo lo que un padre necesita saber. A los niños esta etapa se les pasa enseguida. Las preocupaciones llegan mucho más tarde. De momento, aproveche. Siéntese en el suelo a jugar con ella. Usted es muy afortunada: Juliana es un bebé bueno y maravilloso. He trabajado con bebés que vomitan y pegan patadas y escupen por pura maldad. Tienen genio incluso a esta edad. No quiero perder el contacto con este, cuento con recibir una invitación para cenar una vez al año. Además, este bebé va a disfrutar de la mejor comida del mundo. Veo que ha estado practicando para hacer biscotes. Esta mañana cogí uno para el desayuno. Delicioso.

Cuando a Juliana la dejaban encima de una manta en el suelo para que moviera los brazos y las piernas, Ruth Binnenstock la imitaba. Cuando hacía gorgoritos, Ruth hacía gorgoritos. Cuando Juliana cantaba, cantaba con ella. El canto de Juliana provocaba en Guido un arrebató de amor. Tenía una voz aguda que Ruth Binnenstock casi podía imitar.

Al cabo de un mes y medio, Ruth Binnenstock decidió que Holly y Guido ya sabían todo lo que tenían que saber y se dispuso a hacer las maletas.

—¡No puede marcharse! —dijo Holly—. Estoy asustadísima.

—Tonterías. Si se asusta, me llama. Pero créame, este bebé suyo es un sueño. Está de maravilla. Si alguien tiene problemas, será usted, no ella.

A Juliana no pareció importarle que Ruth se marchara, pero Guido y Holly se quedaron destrozados.

—No es que Ruth entienda a los bebés —dijo Holly—. Es que ella es un bebé.

—Por fin solos —respondió Guido—. No pongas esa cara de pena. ¿Dónde está mi hija?

—Estaba haciendo la siesta, pero me parece que acabo de oírla.

—Voy a buscarla.

—Ve con cuidado —dijo Holly.

—Contrólate, mujer. Ruth nos dijo que no nos preocupáramos. Nos dijo que cada vez que hiciera gorgoritos nosotros teníamos que imitarla, así que voy a traerla aquí y le haremos gorgoritos juntos.

Juliana dormía vestida con un jersey de fútbol que Vincent y Misty le habían regalado y con el

que su encanto resultaba casi insoportable.

—Mira a esta preciosidad —dijo Guido. Llevaba a Juliana en brazos. Estaba aterrorizado—. ¿Y ahora qué hago?

—Déjala en el sofá, a mi lado, y luego siéntate junto a ella. Luego nosotros hacemos gorgoritos y nos quedamos admirándola.

Holly y Guido sentían un respeto reverencial por la criatura. Fuera el uno o fuera la otra, siempre había alguien encorvado sobre la cuna, contemplándola fijamente.

—Estamos tratando a la niña como al Niño Jesús de Praga —dijo Guido.

—Ruth dice que el sobrecogimiento es una reacción adecuada. Y, además, tenemos un bebé muy tranquilo. Ruth dice que algunos bebés se pasan todo el día y toda la noche llorando. Nuestra niña solo llora cuando es necesario. Hay madres que siempre están cansadas. Yo solo estoy cansada de vez en cuando. Mira qué pies tan divinos.

—Tiene unos piecitos renacentistas maravillosos —dijo Guido. Ninguno le había quitado los ojos de encima a Juliana, que estaba acostada y prácticamente inmóvil, tomándose los halagos con mucha calma.

En cuanto Juliana fue regulando sus horarios y Holly y Guido empezaron a estar menos cansados, Holly decidió organizar una cena para acercar a Juliana a la vida de Vincent y Misty. Aunque habían hecho algunas visitas breves a la familia, había llegado el momento de poder disfrutar de toda una velada.

Antes de cenar se reunieron todos en el salón. A Juliana la dejaron sobre una manta, donde iba moviendo las piernas y los brazos muy contenta. Holly y Guido hicieron una demostración de las enseñanzas de Ruth, y cuando Vincent quiso probar a imitarla, descubrió que la cosa no se le daba nada mal. Como Misty veía que lo de retorcerse no era lo suyo, llevó a Juliana a dar vueltas por la habitación a ritmo de vals, actividad que a Juliana le pareció muy divertida. Todos se pusieron a cantarle a la niña. Guido, una canción de su infancia; Holly, Cole Porter. Vincent se la puso en el regazo y le cantó *Lazybones*. Siguió Misty, que empezó a cantar *El gallito bailón* y a mover los brazos del bebé.

—Toda conversación adulta queda suspendida —dijo Holly.

—No había visto a ningún bebé al que pudiera juzgarse según los parámetros de la belleza adulta —dijo Guido.

—La paternidad nos despoja de toda modestia y decoro —dijo Holly—. Ahora Vincent y tú podéis fumaros vuestro puro. Después de tanta excitación, Juliana necesita unos minutos de tranquilidad, más tarde os daré de comer.

Durante la cena, buena parte de la conversación giró en torno a Juliana.

—Betty Helen ha enviado un regalo —le dijo Guido a Vincent—. Le ha tejido un abrigo amarillo y me ha dicho que los bebés son la encarnación del amor.

—¿Y cómo va a saberlo —preguntó Vincent—, si ella nunca ha sido bebé?

—Vamos, Vincent, Betty Helen es amabilísima —dijo Holly—. Me llamó y me dijo que si quería vendría a leerle el aura a Juliana. Dijo que el día en que volvió al despacho después de que

naciera Juliana, Guido tenía el aura dorada.

—Ya te advertí de lo rara que era —dijo Vincent.

—Stanley dice que cuando llegue el momento estará encantado de darle clases de latín a Juliana —dijo Misty.

—Tener un hijo es maravilloso —comentó Holly con aire soñador—. Es bastante increíble, la verdad. Creo que deberían darme el premio Nobel. Me muero de ganas de que vosotros también tengáis uno.

—Si llegamos a tener una criatura —dijo Misty—, sacaré mi mal genio y nadie querrá ir a verla. Cuando crezca, tendrá las tendencias criminales del tío Bernie e irá de escándalo en escándalo.

—A mí me parece una idea excelente —dijo Vincent—. Además, me prometiste que un día tendríamos a nuestro pequeño comunista.

Para cuando Gem apareció por allí, Juliana había pasado de bebé precioso a bebé deslumbrante. A Gem no le interesaban los bebés, eran algo sobre lo que no tenía ni idea, dijo, y para demostrarlo abrió su regalo, un cerdito de porcelana del tamaño perfecto para que un bebé se lo tragara.

Cuando Guido entró en el salón, Holly y Juliana estaban medio dormidas. Gem llevaba toda la tarde hablando, y tanto nombre y tanto lugar habían dejado a Holly confundida. ¿Era Chile donde Gem había ido a esquiar y donde había descubierto esos parajes perdidos de su conciencia? ¿O al psicólogo utópico que le había hablado de los parajes perdidos de la conciencia lo había conocido en Gstaad? ¿La aventura con el periodista la había tenido en París? ¿O era un periodista francés al que había conocido en Sudamérica?

Gem tenía su propia configuración temporal. Si decía que iba a quedarse dos semanas, eso significaba que durante dos semanas la gente iba a llamarla al número de teléfono de tu casa, pero ella casi ni aparecería por allí. En Nueva York, por ejemplo, Gem tenía las puertas abiertas de un montón de casas de campo de gente a la que ella se refería por el apellido. Se tomaba la molestia de anotar el número de teléfono de sus amigos de campo en un cuaderno por si sus amigos de ciudad querían ponerse en contacto con ella. Y vaya si querían. A montones.

Después de su llegada, Gem pasó tres días fuera, volvió a casa y al día siguiente se marchó de fin de semana para regresar de noche. Esa noche, Holly invitó a Misty y a Vincent a cenar.

Juliana ya estaba acostada y los cinco se sentaron a cenar. Misty tenía esa cara que Vincent había bautizado como la de «la única judía de la mesa». Apenas si habló. Vincent supuso que a Misty no le gustaría Gem y que la cara la ponía por eso, pero se equivocaba. Por primera vez en su vida, a Misty la habían paralizado los celos. Gem era todas y cada una de las criadoras de perros de las que Vincent se había enamorado.

—Tengo que situarme —decía Gem—. Tantos viajes, tantas maletas. En Portugal, después de volver de la Bretaña, me di cuenta de que tenía el equipaje desperdigado por toda Europa, y cuando conocí a Pablo Ruba, el psicoanalista, vi que, en realidad, la vida es como un cuadro. Lo que quiero decir es que si está repartida por aquí y por allá, no puede ofrecer un discurso coherente. Lo que tengo que hacer es situarme, y creo que debería tener una base. Y será Nueva York, creo. ¿Os había contado lo de esa casita que vi? Es una cochera y creo que voy a alquilarla.

Le harán falta muchas reparaciones, pero hay opción de compra. Y es un lugar perfecto para trabajar.

—¿Trabajar? —preguntó Guido.

—No os había contado nada de mi maravilloso plan —contestó Gem—. Bueno, resulta que el mes pasado, en Londres, conocí a un poeta que hizo que me entraran ganas de empezar a escribir un diario. Me encantaría enseñártelo, Holly. Creo que tú lo entenderías de verdad. Bueno, pues él me envió a un amigo suyo. Tú lo conoces, Guido. Charles Redevere.

Guido asintió con la cabeza. La única que no había oído hablar de Charles Redevere era Juliana.

—Pues bien —continuó Gem—, Charles dirige un seminario en la Sociedad Poética de Nueva York y yo voy a ser alumna suya. No creo que la naturaleza poética sea algo común, pero sí que creo que lo que hay que hacer es ver si la tienes o no. Cuando estaba en Moss Hill, en casa de la abuela, solía salir a caballo hasta la capillita y me quedaba allí con mi cuaderno. Y me dije que podría comprarla y restaurarla, pero después pensé que el campo es para darse el lujo de relajarse de algo. Y ese algo es la ciudad. Conque aquí me tenéis. Dime, Vincent, ¿tú a qué te dedicas?

Si dice «Me dedico a la basura», se acaba todo, pensó Misty.

—Misty y yo trabajamos en el Consejo de Planificación Urbana —respondió Vincent—. Me dedico a la estadística, fundamentalmente. Investigo los problemas de la gestión de residuos urbanos. Misty hace estudios sobre el lenguaje.

—Fascinante —dijo Gem—. El año pasado, cuando estaba en Grecia, vi que la gente tiraba de todo al Mediterráneo. Y allí no tienen marea, ¿no es cierto? ¿Te imaginas a todos esos isleños tirando cosas a una masa de agua sin marea? Tendrías que verlo, Vincent. Ahora, antes de que se haga demasiado tarde, tengo que hacer unas llamadas; pero antes quería preguntaros si os gustaría ir a pescar este fin de semana. Un amigo mío tiene un barco y se muere de ganas de salir a pescar lubinas rayadas. ¿Qué os parece?

—Tenemos una invasión de suegras —dijo Guido—. Vienen a babear sobre nuestra hija.

—¡Pues perfecto! —respondió Gem—. Juliana puede quedarse aquí y vosotros podréis escaparos el fin de semana.

—A pescar —dijo Vincent—. Hace años que no pesco. Vayamos. Misty dice que lo único que ha pescado son eperlanos.

—Una escapada de fin de semana estaría muy bien —dijo Guido.

Al oír aquello, Misty se puso a bostezar. Gem se retiró para hacer sus llamadas. Quedaron en que saldrían de pesca. Y dicho eso, recogieron la mesa y Vincent se llevó a Misty a casa.

—No quiero ir a pescar —dijo Misty a la noche siguiente—. No tengo nada que ponerme. Ve tú.

—Me alegro de que no tengas nada que ponerte. Te he comprado un par de botas de agua. Mira, son amarillas. Las vi hoy y pensé que llevaban tu nombre escrito.

—¿Pensaste que mi nombre estaba escrito en un par de botas de agua amarillas?

—Sí. Póntelas —dijo Vincent.

—No quiero ponérmelas. No quiero llevar botas de agua. No quiero ir a pescar. Lo que quiero es que me dejen en paz.

—Póntelas un segundo nada más —dijo Vincent—. Acostúmbrate a ellas. Pescar es maravilloso. Te encantará.

—Lo odio —dijo Misty—. Lo odiaba cuando mi padre me llevaba a pescar eperlanos. Todos esos hombres de negocios horripilantes con la caña y el traje de oficina, parados sobre las rocas que había al otro lado de la fuente de Buckingham con sus horripilantes aparejos de pesca, pescando esos pececitos asquerosos.

—¿Pescaste alguno?

—Papá pescó uno. Lo metió en un tarro y lo llevó a casa y dejó que nadara en el lavabo. Después lo frío.

—¿Qué tal estaba?

—Asqueroso, igual que estas botas. No voy a ir.

—No tienes que ir a pescar —le dijo Vincent—, pero este fin de semana tienes que venir. Nunca has ido a Salt Harbor y allí es adonde vamos. Nos quedaremos en La Posada del Pescador Escocés. Las reservas ya están hechas. Tú puedes caminar por la playa y refunfuñar.

A Misty la semana se le hizo larguísima. Se alegraba de que Vincent tuviera la agenda tan apretada, así no podría ver el estado calamitoso en el que se hallaba. Por la noche tenía unas pesadillas horribles en las que, encogida hasta el tamaño de una botella de ketchup, se escondía por los rincones mirando a Gem, grande como una estatua ecuestre. Soñaba que Vincent pasaba por su lado y no la veía. Soñaba que Vincent estaba casado con Gem.

Teorizar era una cosa, sabía bien Misty, y vivir, otra muy distinta. Sus teorías menospreciaban las emociones de segunda como los celos: como nunca antes había tenido celos, los había despachado como algo indigno de sentirse. Y ahora estaba devorada por ellos. Los miró de frente y vio que la enfermedad que los celos enmascaraban no era sino envidia mezclada con miedo.

Gem representaba algo, algo natural y espontáneo; algo que no tenía ninguna necesidad de inventarse una personalidad para ir tirando. Gem desprendía un aire de seguridad relajada; sabía que el mundo trabajaría para ella; un millón de gusanos de seda entregarían sus vidas para que Gem pudiera tener una camisa; los mozos de cuadra regresarían a sus pequeños hogares hipotecados para que Gem pudiera tener a su caballo en un establo, y a los caballos los domarían para que Gem pudiera montarlos. Un sinfín de trabajadores se deslomaban anónimamente para que Gem pudiera andar correctamente equipada. A Gem le bastaba con existir para que todas las puertas se le abrieran.

Misty, por su parte, creía que la vida era una batalla. Había que luchar y que pensar. Había que abrirse camino en la vida con la inteligencia por machete, cortando tantos obstáculos como fuera posible. Al nacer nadie sabía nada: lo que sabías tenías que lucharlo.

Incluso Vincent, cuyo optimismo en apariencia carente de esfuerzo era fruto de mucho trabajo, luchaba. Luchaba en el Consejo. Peleaba con los organismos gubernamentales y con los ayuntamientos. Sus artículos los sudaba. Incluso Holly trabajaba: trabajaba para hacer la vida más agradable. Cualquier reserva que Misty hubiera podido sentir hacia Holly se había disipado en su banquete de bodas. Al ver tanto trabajo y tanto cuidado, Misty había reparado en la lucha de Holly: ella luchaba para mantener a raya al mundo feo y caótico, para hacerse un rinconcito bonito y agradable en el que vivir.

Pero Gem ni trabajaba ni hilaba. Con Gem, Misty tenía la sensación de que, ante tamaña falta de esfuerzo, cualquier logro era fácil. Y Gem la desconcertaba. Había aparecido en el peor momento: Misty empezaba a descubrir lo mucho que Vincent significaba para ella; ya no pensaba solamente en ella; ahora pensaba en ella y también en Vincent. Hacer la compra para dos le resultaba ahora tan natural como antaño hacerla para uno. De vez en cuando se despertaba de un sueño profundo pensando en lo horrible que sería la vida sin él. Gem encarnaba una parte de Vincent que a Misty le quedaba muy lejos: esa parte deportista y guasona que tan bien se llevaba con el mundo, la parte que se había criado navegando y cazando. ¿Y si Vincent se cansaba de estar lejos de sí mismo?

Misty rondaba por el despacho con aire furtivo rompiendo lápices, tirando el abrigo por el suelo y soltando tacos encorvada sobre la calculadora. No soportaba trabajar mal. No soportaba la confusión mental. El temor a romper a llorar no la abandonaba.

—Solo de mirarte me entran escalofríos —le dijo Maria Teresa Warner el viernes por la mañana—. ¿Qué te cuentas?

—Voy a ir a pescar.

—¿Y qué tiene que ver eso con que estés tan insoportable? —preguntó Maria Teresa—. A mí me encantaría.

—Entonces ve tú —le soltó Misty con un gruñido.

—Vamos, vamos. ¿Es esa manera de tratar a un rayito de sol como yo?

—¿Por qué no te largas de aquí? O te sientas.

—Odio a los pesimistas agresivos —dijo Maria Teresa—. ¿Con quién vas a pescar?

—Con Vincent, Guido, Holly y la prima de Holly, Gem.

—Ah. Gem. Ese nombre no lo había oído nunca. ¿Es Gem la que te está poniendo de tan mal humor? Ya lo entiendo. ¿Y ella qué?

—Gem encarna, en una sola persona, a todas y cada una de las chicas de las que Vincent ha estado enamorado.

—Y tú las ves como un cuadro muy bonito en el que tú no cabes, ¿no es cierto? —dijo Maria Teresa.

—¿Cómo lo sabes?

—Vincent me habló una vez de una expresión tuya, la de «la única judía de la mesa». Si quieres sentirte marginada, prueba a ser católica irlandesa; la otra noche fui a una cena y todos se pusieron a pelear conmigo por lo de la transustanciación.

—No es lo mismo —dijo Misty.

—Sí que lo es. Y eso da absolutamente igual. No todo el mundo tiene por qué encajar. Decía santa Teresa que Dios se preocupaba de que a ella siempre la trataran bien aun cuando el único servicio que ella le hacía era ser quien era.

—¿Y?

—Pues que Dios te ama más de lo que tú te amas a ti misma —respondió Maria Teresa—. Eso me lo dijo una monja en el colegio y tenía razón.

—Y Dios ama a los pobres porque creó a muchísimos —contestó Misty—. ¿No?

—No, eres una ingrata. Tienes dudas y eso es malísimo. Vincent te quiere. Tú le quieres. Holly

tiene una prima y os vais todos a pescar.

—No lo entiendes —dijo Misty.

—No. ¿De verdad tienes celos?

—Sí.

—¡Vaya por Dios! Tienes celos. Es probable que te sienten bien. ¿Has hablado del asunto con Holly? Ella conoce a su prima y conoce a Vincent.

—Entre dos mujeres, una de las cuales siempre va muy bien vestida, la amistad es imposible —dijo Misty.

—Muy cierto —repuso Maria Teresa—. Ahora cambiemos de tema. Todas las semanas recibo una carta en latín de tu primo Stanley. ¿Serías tan amable de decirle que el único latín que recuerdo es del padrenuestro?

—Díselo tú. Me alegro mucho de que te escriba. Lo mantiene alejado de Sybel, esa niña horrible.

—Muchas gracias. Me largo de aquí. Tú quédate sola con tu tristeza. Recuerda lo que decía santa Teresa, que a las personas nunca hay que compararlas. Las comparaciones son odiosas. Eso va por ti y por Gem. Pero piensa que si Gem es odiosa y tú vas a pescar, siempre puedes ahogarla.

Salieron hacia Salt Harbor a primera hora del viernes. Gem y su acompañante iban a reunirse con ellos en La Posada del Pescador Escocés para cenar. En el coche trataron de averiguar cómo se llamaba el acompañante de Gem. Según Holly creía recordar, Raymond. Guido pensaba que Deering, aunque también se acordaba de que Gem se había dirigido a él como Perkins.

Exceptuando a Misty, todos estaban de buen humor. Vincent había tenido una semana difícil y se alegraba de que hubiera terminado, Guido había resuelto dos problemas urgentes de la fundación y Holly decía que sentía una sensación de mareo extrañísima.

—Esta es la primera vez que me separo de Juliana desde que nació —dijo—. Me siento muy joven y muy rara. Voy a acabar llamando a casa cada cinco minutos.

—Las suegras ya han aterrizado, supongo —dijo Vincent.

—A lo grande. Con gran cantidad de paquetes. Miles de millones de juguetes —respondió Guido—. Cuando volvamos a casa, Juliana será una mimada. Tendrías que haberla visto. Holly pensaba que Juliana se echaría a llorar cuando nos marcháramos, pero la única que lloró fue ella. Juliana parecía una pequeña Buda, pero en delgado. Nuestras madres estaban prácticamente postradas a sus pies.

El coche aceleraba por la autopista. Misty se quedó dormida apoyada en el hombro de Vincent. Cuando se despertó, vio estrellas en el cielo negro.

—Llegaremos dentro de media hora —dijo Vincent—. Baja la ventanilla, Guido. Quiero un poco de aire salado.

Durante la cena no se desveló el nombre del acompañante de Gem, que tan pronto lo llamaba Raymond como Deering o Perkins, nombres todos por los que él atendía. Era un hombretón de complexión robusta, piernas larguiruchas y el pelo de un rubio prácticamente verdoso.

Estuvieron comiendo sopa de almejas y platija frita en el restaurante de La Posada del

Pescador Escocés mientras Gem y su acompañante conversaban.

—Me he mudado a esa casa —decía ella—, a esa cochera pequeña. Es perfecta, ¿verdad, Raymond?

—¡Avante toda!

—Y me haré traer a *Bucky* a las caballerizas de Central Park, ¿verdad, Deering?

—Totalmente.

—¿Quién es *Bucky*? —preguntó Vincent.

—Mi yegua —respondió Gem—. La nueva. La antigua se murió. *Gretchen*, mi pequeña yegua de caza. Fue la yegua de mi adolescencia. Mi más vieja amiga. Para celebrar mi divorcio salí a cabalgar con ella y cuando esa noche fui a acostarla, me la encontré muerta. Matrimonio muerto, yegua muerta. Lloré y lloré y, cuando el servicio de recogida de reses muertas de Lou Petroldi vino a llevársela y vi cómo la levantaban para meterla en el camión, me dije: «Aquí termina mi infancia».

—Eso tendrías que escribirlo, Gem —dijo el acompañante de Gem.

—Ya lo anoté en mi diario —respondió Gem.

Al final de la cena hicieron planes. A la mañana siguiente, a las diez, se reunirían en el muelle y subirían al barco con el que saldrían a pescar en la corriente de marea.

—¡Avante toda! —dijo el amigo de Gem—. Cuatro campanadas, ¿entendido? Tengo que ir a pegarles un meneo a las matas para buscar más cebo. —Cogió a Gem del brazo y salió con ella a la calle.

Vincent se desplomó sobre la cama de matrimonio y suspiró.

—Por fin horizontal —dijo—. ¿Qué querrá decir eso de «pegarles un meneo a las matas»? ¿Y qué significa «brutal»? Él dijo que las lubinas rayadas eran brutales.

—Querrá decir que son grandes, evidentemente —dijo Misty.

—Me siento como un pez. Me siento como un pez grande, brutal, que de tan agotado no puede mover la aleta. Ahora voy a pegarle un meneo a esta almohada y a acostarme. —Vincent se desvistió y se metió en la cama tapándose con la manta hasta debajo de la barbilla—. Aquí hace frío. ¿Quieres hacer el favor de meterte en la cama inmediatamente? Uno podría congelarse mientras espera a que su mujer le dé calor.

A la mañana siguiente, Misty se levantó de la cama en cuanto la luz la despertó. Eran las siete. El cielo estaba de un color gris luminoso, y el agua, azul oscuro. Debajo de las sábanas, Vincent, dormido, sonreía. Él siempre decía que tenía un sueño recurrente sobre un ordenador, un sueño muy complicado y lleno de chistes. Por eso le divertía tanto dormir. Por las mañanas Misty solía oírlo reír, pero cuando Vincent se levantaba nunca se acordaba de ningún detalle.

Misty se envolvió en el abrigo y bajó hasta el mar. La playa, como una taza, describía una curva. La marea estaba baja. Caminaba con las manos en los bolsillos pensando en Vincent.

La gran sorpresa que su matrimonio con Vincent le había deparado era la satisfacción. Misty tenía sus momentos de desolación y sus momentos de inmensa felicidad, pero bajo todos ellos subyacía un sentimiento continuo. La propensión de Misty al pesimismo y la de Vincent al

optimismo se complementaban: Vincent no parecía haber perdido su alegría, y a Misty solo se la veía un poquito menos crítica, pero se diría que habían formado una tercera persona que limaba asperezas y hacía que la vida juntos fuera posible y provechosa. Misty excluía a Vincent del resto de la humanidad. Él tenía sus defectos, pero era auténticamente bueno y sincero. Jugaba limpio y era generoso. Lo que los distinguía era que Vincent creía, de verdad, que todo era siempre para bien, y Misty no; en el mundo de Misty, a la esposa acomodada, inteligente y feliz la abandona un tonto bueno y bienintencionado que se larga con una mujer cuya infancia había terminado por obra de un caballo muerto.

Por la otra punta de la playa apareció un puntito rojo. Iba acercándose. Era el acompañante de Gem con un impermeable rojo chillón.

—¡Pues vaya! —gritó él.

Misty, que no estaba muy segura de cuál era la respuesta adecuada a semejante saludo, le dio los buenos días. Se pusieron a caminar los dos juntos.

—¿Y tú cómo te llamas? —le preguntó al acompañante de Gem.

—John.

—Gem nunca te llama así —dijo Misty.

—A Gem le gusta llamar a la gente por su nombre completo. Me llamo John Raymond Deering Perkins.

—Eso lo explica todo, claro —dijo Misty.

—Gem nunca presenta —dijo John Perkins—. Qué escándalo de día, ¿sí o no?

—¿Sí o no?

—Un día de muerte, ¿a que sí?

—Sí —respondió Misty.

—¿Qué? —dijo John Perkins—. ¿Tú estás casada con ese o con el otro?

—Con el otro.

—Tenía la cosa muy difícil; Gem nunca presenta.

—¿A Gem la conoces de hace mucho?

—No, la verdad es que no. Yo conocía a su marido, Clifford van Allen. Un tipo ingenioso. Corría, carreras de coches y de caballos. Ahora se dedica a las finanzas internacionales, aunque a saber qué querrá decir eso ahora.

Misty notó que arrastraba ligeramente la erre.

—¿De dónde eres? —le preguntó.

—De la Costa Este. Maryland. ¿Has desayunado? Pues nada, oye, marchando al hostel a agenciarnos un buen café.

La cogió del brazo y juntos subieron las escaleras para entrar al hostel. Misty maldecía el día en el que había dejado de llevar lápiz y papel encima. Quería hacerlo hablar, pero no sabía muy bien cómo conseguirlo. Al final resultó que no necesitaba que lo animaran.

—La carretera a Harbor es un horror —dijo John Perkins—. Se pegan unas piñas morrocotudas. Hielo en invierno y niebla en verano. Pero en la corriente de marea se pesca de maravilla. Unas lubinas brutales. Ven, siéntate.

Ocuparon una mesita y Misty pidió café.

—Pero qué me dices, ¿no vas a desayunar? —dijo John Perkins—. ¡No me digas! Tienes que remojar el gaznate.

—Yo nunca desayuno.

—Y seguramente haces de maravilla. Desayunar es una costumbre nefasta. Con el estómago vacío yo no pito.

Mientras John Perkins esperaba a que le trajeran sus huevos, se puso a hablar del exmarido de Gem, Clifford van Allen.

—Después de lo del ahí te quedas, el pobre Clifford pasó un buen tiempo sin asomar la pata —dijo. Misty permanencia completamente inmóvil. Le costaba no mover los labios para ir memorizando mientras John Perkins hablaba. Hasta al más metafísico de los lingüistas le anima ser testigo de la invención de un nuevo idioma.

—Ni media patita —continuó John Perkins—. Cosa bárbara, ver a un hombre tan fastidiado. Chupaba a base de bien, ¿sabes?, pero eso ya es historia. Entonces se puso a picotear aquí y allá hasta que al final levantó cabeza. —John Perkins se inclinó sobre la mesa como si estuviera cerrando un trato algo turbio—. Mujeres. Sois mucho más fuertes que nosotros. Más resistentes. Soportáis mejor el frío y vivís más años. Sabéis aguantar mejor el estrés.

John Perkins se comió los huevos en tres grandes bocados.

—La comida no conviene engullirla —dijo Misty.

—Yo engullo. Siempre lo he hecho. Es malísimo, pero qué le vamos a hacer. ¡Avante toda! Salgo pitando. Tengo que despertar a Gem y acabar de montar todo el tinglado. Nos vemos en el muelle. ¡Sayonara, MacNamara!

Misty echó a correr por la playa. Por mucho que eso la repateara, aquel encuentro le había levantado la moral. Volvió al hostel, donde encontró a Vincent medio despierto y envuelto en una manta.

—¿Dónde estabas? —le preguntó—. Me despierto en esta habitación extraña y no te encuentro. Pensé que toda mi vida era un sueño y que no te había conocido. Ven para acá.

La tapó con las matas y le dio un beso.

—Has estado bebiendo café —le dijo—. ¿De dónde lo has sacado? ¿Dónde está el mío?

—Me he tomado un café con el amigo de Gem.

—¿Ah, sí? ¿Mientras yo dormía?

—Habla un idioma distinto, Vincent.

—Parece demasiado tonto como para hablar nada.

—Te equivocas. Dice «piñas morrocotudas», «sayonara, MacNamara», «ahí te quedas» y «qué escándalo de día». Tengo que apuntarlo todo.

—¿Significa eso que voy a tener que pasar la tarde escuchando ese galimatías?

—Eso espero. Tienes que escuchar con mucha atención, así esta noche comparamos apuntes.

—Bueno, pues sayonara, MacNamara. Voy a darme una ducha —dijo Vincent. Se envolvió una toalla en la cintura y se dirigió al baño.

En el barco cabían cinco y el capitán. Alguien iba a tener que quedarse en tierra.

—Me quedo yo —dijo Misty. Notaba que detrás de sus ojos se agolpaban las lágrimas, lágrimas de pura autocompasión. ¿No sería lo más justo que ella se quedara y dejara que la alegre y homogénea compañía se alejara flotando sin ella?

—Yo me quedo con Misty —dijo Vincent.

—Me quedo yo —dijo Guido—. La pesca vertical no me gusta, yo soy más de mosca.

—No —dijo Holly—. Me quedo yo. Odio pescar. Si Misty también lo odia, nos quedaremos las dos juntas.

Se quedaron las dos juntas en el muelle viendo cómo el barco se alejaba.

—Vamos a desayunar —dijo Holly—. Luego tendremos que bajar al pueblo. En nuestra habitación hay una cocina y había pensado que si los chicos están de suerte podríamos darnos un festín.

Caminaron por la playa hasta el hostel.

—¿Os pasa algo a Vincent y a ti? —preguntó Holly.

Misty siempre había mantenido una defensa elegante cuando Holly andaba cerca. Aunque tenían que llevarse bien, no tenían que ser amigas; si se tenían cariño era porque se aceptaban. Era la primera vez que Holly le preguntaba algo semejante.

—Sé que nunca hemos tenido una conversación íntima —continuó Holly—, pero la otra noche, cenando, te vi muy abatida, y en el coche y en la cena de ayer estabas muy callada. No es propio de ti.

Misty se envolvió con más fuerza en su abrigo. Tenía un nudo en la garganta. Holly pasó un brazo por debajo del de Misty, a quien aquel gesto la desarmó por completo. Misty se detuvo y se echó a llorar.

—¡Vaya por Dios! —dijo Holly—. Sí que estás triste. Siéntate.

Se sentaron sobre la fría arena. Holly le pasó a Misty un brazo por los hombros. Ella seguía llorando, pero paró de repente.

—Ya estoy bien —dijo.

—No estás bien, de ninguna manera —respondió Holly—. ¿Qué narices está pasando aquí?

—Nada. Me tengo lástima, nada más. Un pequeño arrebato.

Se quedaron calladas, sentadas en la arena y mirando a las gaviotas. Hasta que Holly habló.

—Sé que pasa algo y siento mucho que no quieras hablar conmigo —dijo—. A menudo he tenido ganas de que lo hicieras. Siempre me ha parecido que si te caigo bien es por compromiso, por la amistad que tienes con Guido y Vincent, pero que, si pudieras elegir, yo no te haría ni pizca de gracia.

—Eso no es verdad —dijo Misty.

—Yo creo que sí. En la cena de la otra noche, por ejemplo, me moría de miedo. La idiota de mi prima, venga a hablar, me estaba haciendo pasar muchísima vergüenza. Y pensé: «Qué afortunada es Misty. Tiene a Stanley, ese primo tan inteligente y adorable. Yo tengo una prima que me hace quedar mal». Y me dije: «Bueno, si Misty ha llegado a pensar alguna vez que soy una inútil, ahora ya no tendrá ninguna duda, vistos mis parientes».

Misty se había llevado un susto. Nunca había oído a Holly hablar así y estaba bastante preocupada. Ella estaba acostumbrada a la Holly relajada, fría e imperturbable.

—Y ahora —prosiguió Holly— es evidente que aquí pasa algo y que no hay nada que yo pueda hacer para ayudar.

—Si te digo lo que pasa, te reirás de mí —dijo Misty.

—Ponme a prueba —dijo Holly.

—Tenía celos de Gem —declaró Misty—. Unos celos violentos. En cuanto la vi, supe que era un compendio de todas las chicas de las que Vincent había estado enamorado. A veces pienso que Vincent se casó conmigo porque pensaba que le iría bien, que yo era la persona con quien iba a casarse para madurar, mientras que si se hubiera dejado llevar por sus gustos, su elección natural habría sido alguien como Gem.

—¡Qué extraordinario lo que llegamos a descubrir de la gente que creemos conocer! ¡Celosa de Gem! Dios mío, Gem es un manchurrón enmarcado. Gem es un fastidio público. Mira a la gente con la que anda, ese John Perkins que habla como un soldado de la marina británica de la segunda guerra mundial. Gem no vale ni el cuero de sus botas. ¡Gem! Gem no es digna ni de besarte el dobladillo de los tejanos.

—No importa... —dijo Misty—. Y ya ves. Tú crees que no me caes bien y yo estoy celosa de esta prima tuya que, en tu opinión, no es digna de besarme el dobladillo.

—¿Y tú crees que Gem está coqueteando con Vincent? —preguntó Holly.

—Sí.

—¿Y tú crees que Vincent coqueteará con ella?

—Vincent siempre coquetea. Coquetea hasta con Juliana.

—Ya que hablamos del asunto —dijo Holly—, voy a decirte lo que pensé la noche en la que te conocí. Venías a cenar, ¿te acuerdas? Me tenías muerta de miedo. He aquí una chica capaz de darle a Vincent un buen dolor de cabeza, me dije. La suerte y la inteligencia que había tenido al enamorarse de ti me maravillaban. Al cabo de unos días, comimos los dos juntos. Quizá Vincent nunca te lo haya contado, los hombres tienen una memoria emocional malísima para estas cosas. Recuerdo que él quería saber qué opinaba yo de ti, pero le daba vergüenza preguntármelo. Así que se lo dije yo.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que si no se casaba contigo enseguida estaría cometiendo el error de su vida. Le dije que tenía que pescarte deprisa antes de que te escaparas. Le dije: «¿Crees que llegará a darme el visto bueno?».

—¿El visto bueno?

—No trabajo —dijo Holly—. Soy perezosa. No hago nada muy importante. Ni siquiera sé lo inteligente que soy. Me limito a vivir al día y a divertirme.

—Me siento fatal. Con tu desayuno de bodas estaba tan agradecida que no sabía que decir. Soy tan sensiblera que, para poder contenerme, nunca digo nada. Soy terca. Nunca le doy una oportunidad a nadie.

—Vamos, vamos —dijo Holly—, basta de tanta autocrítica. Después de todo, yo soy bastante inescrutable. Al menos eso es lo que me dice Guido. Estoy segura de que es bastante lógico que se hayan casado con nosotras. Les gusta la frialdad aparente. Siempre he pensado que no hay nada mejor que las convenciones para que la gente siga encantada de conocerse. Me alegro muchísimo de que no vayamos en ese barco. ¿Estás mejor?

—Mucho mejor, muchísimo mejor. Gracias.

—Haré una llamada a casa para ver cómo está Juliana y después iremos al pueblo a desayunar y a comprar —dijo Holly—. Y pasamos unas horas cotilleando, ¿o es que no me vas a dar el visto

bueno?

—No son cotilleos —repuso Misty—. Yo prefiero llamarlos «conjeturas emocionales». Se cogieron del brazo y echaron a andar por la playa hasta la posada.

El barco regresó a media tarde. Vincent volvía colorado y despeinado por el viento, John Perkins y Gem estaban un poco verdes, y Guido cargaba con una lubina rayada muy grande.

—La hemos pescado Vincent y yo —dijo Guido—. Qué lucha. La cosa esta debe de pesar cinco kilos y medio.

—Nosotros tenemos que marcharnos —dijo Gem—. Llévame contigo, Deering. Esta noche vamos a una cena que los Maynard dan en su casa.

—¡Avante toda! —dijo John Perkins y, con Gem, se montó en su pequeño deportivo rojo y se alejaron.

—¡Menos mal! No solo son aburridos sino que, además, para ser dos marinos curtidos estaban muy mareados y no han parado de quejarse. Deering o como se llame dice que cuando pesca al curricán siempre acaba mareado. —Vincent se sacó un cuaderno del bolsillo—. ¿Ves cómo hago exactamente lo que me ordenan? Ha dicho «Así se hace, chico, qué carajo» tres veces. Ha dicho «Al paio, amiguito». Ha dicho «Endereza el timón, mujer». A ver, esto no lo leo. ¿Así ya está bien?

—Qué mal lo habréis pasado los dos —dijo Holly—. Ahora id a limpiar el pescado y nos vemos en nuestra habitación para la cena.

Vincent y Misty tuvieron una conversación en la ducha.

—Estaba celosa de Gem —le dijo Misty a Vincent mientras le enjabonaba la espalda.

—Ya lo sé. Me alegro.

—¿Te alegras?

—Yo siempre estoy celoso —dijo Vincent—. Siempre tengo miedo de que el erudito talmúdico de tus sueños venga a buscarte con sus quince títulos de universidades francesas.

—No te creo —dijo Misty.

—Pues es verdad. Conque ahora la celosa eres tú, aunque podrías haber tenido la amabilidad de escoger a alguien un poco más digno de tus celos.

—Holly dijo que te alegrarías.

—¿Has pasado el día hablando de nosotros con Holly? —preguntó Vincent.

—Sí. Ha sido genial.

—Esto tiene una pinta muy peligrosa, pero, volviendo a tus celos, ¿cuántos tenías?

—Muchos —respondió Misty.

—Excelente —dijo Vincent—. Bueno, te perdono. Ahora puedes darme un beso y decirme lo maravilloso que soy y lo espantosamente mal que te sentirías sin mí.

Se besaron bajo el agua que caía entrelazando los brazos llenos de jabón. Misty le dijo a Vincent que era maravilloso.

Holly había llevado a Salt Harbor una cesta de mimbre con cuatro platos, cuatro vasos de vino, cuatro juegos de cubiertos de plata y servilletas de lino. La Posada del Pescador Escocés alquilaba habitaciones con cocina para los que quisieran comerse su captura. En el pueblo, Holly y Misty habían comprado lechuga, patatas y una tarta Lady Baltimore. Holly no se había olvidado de su aliño para ensalada casero. También había cargado un candelabro de madera y cuatro velas de cera de abeja y una botella de champán.

—Perfecto —dijo Holly.

El aire de mar les había dado un hambre tremenda. Liquidaron toda la cena, pero cuando el champán se terminó, los invadió una tristeza repentina.

—No os preocupéis —dijo Vincent—. Hay otra botella. Está en nuestra habitación. Voy a buscarla. —Salió disparado y regresó con la botella bajo el brazo.

—No me acuerdo de por qué la compré —dijo Vincent—. ¿Me pediste tú que la comprara, Misty? ¿No? ¿Holly? Da igual. Abre el trasto este, Guido. Siempre que las abro yo se oye una explosión brutal.

—Bueno, pues aquí estamos todos —dijo Guido mientras hacía saltar el corcho—. Todos menos Juliana. Siempre acabamos alrededor de una mesa bebiendo champán.

—Me parece muy apropiado —dijo Vincent.

—¿Por qué vamos a brindar? —preguntó Holly—. También acabamos brindando siempre.

—Por la amistad —dijo Vincent.

Todos bebieron.

—¿Y ahora qué? —preguntó Guido—. Tenemos que brindar por otra cosa.

—Muy bien —dijo Misty—. Brindemos por una vida verdaderamente maravillosa.

Levantaron las copas y, a la luz de las velas, brindaron por una vida verdaderamente maravillosa.